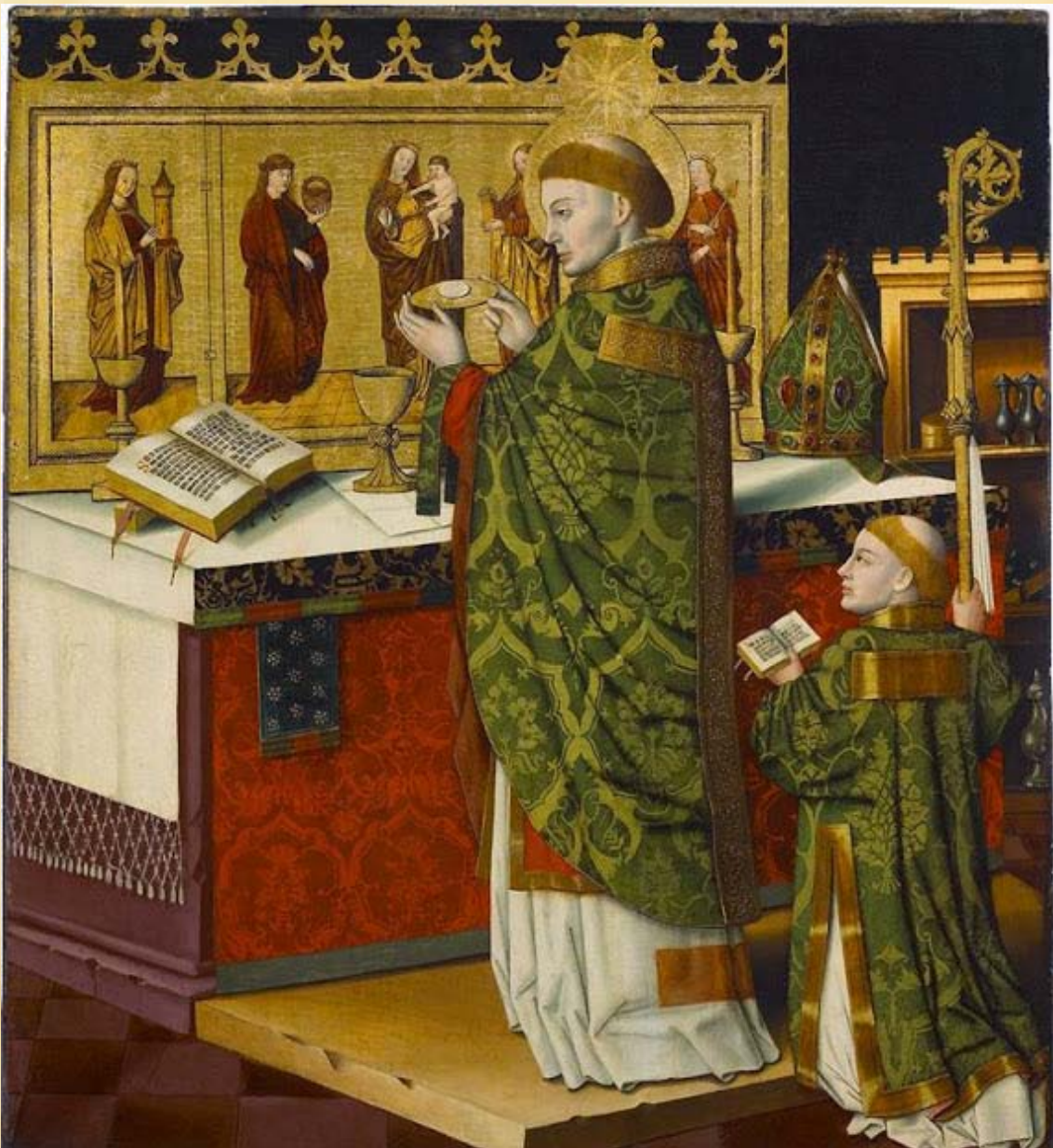


Las aguas vivas que borbotean

Consideraciones espirituales acerca de cada una de
las partes de la Misa, para que el sacerdote celebre y viva el
Santo Sacrificio con mayor devoción



J.A
Fortea



Editorial Dos Latidos
Zaragoza, España, 2015
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
Publicación en formato electrónico en febrero de 2015
www.fortea.ws

Versión para tablet

La Santa Misa

Consideraciones espirituales acerca de cada una de las partes de la Misa, para que el sacerdote celebre y viva el Santo Sacrificio con mayor devoción



José Antonio Fortea

Índice

ÍNDICE BREVE



Introducción



La Palabra de Dios y la palabra de la Iglesia



Antes de la misa



Ritos iniciales



Liturgia de la Palabra



Liturgia eucarística



Ritos finales



Después de la misa



Reflexiones varias



Conclusión

í n d í c e

Í N D I C E E X T E N S O



Introducción	12
La Palabra de Dios y la palabra de la Iglesia	17
La preparación remota	20
Preparación próxima	20
La sacristía	21
La intención de la misa	22
La vestición	22
Simbolismo de las prendas	24
La inminencia del comienzo	27
Camino del altar	28
Las manos juntas	29
La inclinación ante el altar	31
Las velas	33
El crucifijo	36
El mantel	37
El ósculo	38
Incensación	39
El sacerdote se dirige a la sede	40
La señal de la cruz	43
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén	43
El Señor esté con vosotros.	43
Y con tu espíritu.	45
Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos.	47
Que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión.	48

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa	48
Señor, ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad.....	50
El Himno del Gloria.....	50
Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.....	51
Porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor,	53
Oremos.....	53
Oración Colecta	54
El Pueblo contesta <i>Amén</i>	57
Primera lectura.....	60
Palabra de Dios.....	62
Te alabamos, Señor.	62
Salmo.....	62
La antífona del salmo	63
Segunda Lectura	64
Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.....	65
Aleluya.....	65
Inclinación del sacerdote ante el altar	66
El Señor esté con vosotros.	67
Y con tu espíritu.	68
Lectura del Santo Evangelio según San Mateo.	68
El sacerdote signa el Evangelio	70
Se da comienzo a la lectura del Evangelio	71
Palabra del Señor.	72
Gloria a ti, Señor Jesús.	73
Ósculo del Evangelio.	74
Oración Secreta	74
Homilía	74
Credo	83
Oración de los fieles	84
El sacerdote prepara las cosas sobre el altar	88
Los fieles trayendo los dones en procesión	90
Ofertorio.....	91

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan...	91
Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino...	92
Inclinación profunda	93
El lavabo	93
Orad hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro.....	96
El sacerdote al mientras pronuncia esta petición abre y cierra los brazos.....	98
El Señor reciba de tus manos este sacrificio... ..	99
Oración sobre las ofrendas	99
El prefacio.....	100
El Señor esté con vosotros	101
Levantemos el corazón.....	102
Demos gracias a Dios.....	103
El Sanctus	104
El tránsito del prefacio al canon.....	104
Acabado el <i>Sanctus</i> el celebrante extiende los brazos	107
El canon	108
Ante todo por tu Iglesia santa y católica.....	113
Acuérdate Señor, de tus hijos	113
Reunidos en comunión con toda la Iglesia.....	114
Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda	115
Bendice y santifica, oh Padre,	116
El cual, la víspera de su Pasión	117
esto es mi cuerpo	119
éste es el cáliz de mi sangre	121
Éste es el Misterio de la fe	123
Por eso, Padre, nosotros, tus siervos	123
Mira con ojos de bondad esta ofrenda	124
Inclinado, con las manos juntas, prosigue:	124
Te pedimos humildemente	125
...seamos colmados de gracia y bendición.	125
Acuérdate también, Señor, de tus hijos.....	125
A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo	126
Con la mano derecha se golpea el pecho, diciendo.....	126
Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos	126

Acéptanos en su compañía no por nuestros méritos	127
Por Cristo, Señor nuestro, por quien sigues creando todos los bienes	127
Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente	128
Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza.....	138
Padrenuestro.....	139
Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: <i>La paz os dejo</i>	140
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.....	140
La paz del Señor esté siempre con vosotros.	141
Daos fraternalmente la paz.....	143
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.....	144
La fracción del Pan	145
La commixtio	147
Haec commixtio Corporis et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi.....	147
La segunda oración secreta tras la commixtio	148
El sacerdote muestra a todos los presentes la Forma consagrada.....	149
Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.	151
Dichosos los invitados a la cena del Señor.....	152
Señor, no soy digno de que entres en mi casa.....	153
Corpus Christi custodiat me in vitam aeternam.	154
La comunión del Pan bajado del Cielo	155
Al beber del Cáliz de la Salvación	156
La administración de la comunión a los fieles	157
Al abrir el sagrario para dejar el copón.....	159
La purificación de los vasos sagrados.....	160
El sacerdote se retira a la sede.....	165
Oremos.....	166
La oración post comunión.....	167
Los avisos antes de la bendición	168
El Señor esté con vosotros	169
La bendición	170
Podéis ir en paz	171
Demos gracias a Dios.....	171

El beso al altar	172
La inclinación al altar	172
DESPUÉS DE LA MISA	174
Reflexiones varias.....	183
La vida de Cristo en la misa	184
María en la misa	187
Pasaje de María Magdalena en el banquete de Jesús	189
Concelebraciones	190
El cirio pascual.....	192
El Templo de Salomón.....	193
El sacerdote en el confesionario antes de la misa	195
La intención de la misa	196
En las grandes solemnidades	198
El diácono toma el evangelario	200
Aspectos estéticos menores.....	201
La misa tridentina y la del Vaticano II	203
Los enemigos de la liturgia	206
Conclusión	208

Introducción

Resulta imposible para los sacerdotes, cada vez que celebramos la misa, tener presentes todas las riquezas, simbolismos y tesoros espirituales contenidos en la liturgia del sacrificio eucarístico. Éste es un libro pensado para que el sacerdote en la sacristía, ya revestido, lea unas pocas líneas de él cada día antes de salir a celebrar la misa. Bastará con fijarse en unos pocos de esos simbolismos o, incluso, en uno solo de ellos.

El esfuerzo de fijarnos en uno o dos detalles de la liturgia, bastará para cambiar la forma de vivirla. Es como un poco de sal que cambia el sabor de todo el plato. De ningún modo aconsejo leer todo el libro seguido, porque se trata de un libro escrito para la meditación. Cada libro tiene su forma ideal de ser leído. Quiero remachar la advertencia de que el mejor modo de aprovechar esta obra es leer de ella unas líneas cada día.

El libro lo escribí pensando en los sacerdotes. Pero, por supuesto, los laicos podrán aprovecharse igualmente del libro. De hecho, hay laicos que tienen un alma más sacerdotal que algunos que han recibido el sacramento. Un laico sentado en un banco del final de la iglesia puede vivir de un modo más profundo la misa de lo que tal vez lo haga su párroco. Esto no es algo lamentable, ¿por qué el sacerdote debe ser más santo que el laico? El sacerdote debería ser santo, pero en ningún lugar está escrito que el sacerdote deba ser más santo que un laico. Tanto el laico como el sacerdote están llamados a la más eximia santidad.

El sacerdote debería ser santo por las cosas santas que toca y las funciones sagradas que realiza. Pero el laico no está llamado a una santidad menor. Ambos están llamados a vivir la liturgia eucarística con la mayor devoción que les sea posible. Escribí este libro para los presbíteros, pero no tengo la menor duda de que habrá laicos que aprovecharán este libro muchísimo más muchos sacerdotes.

Otro punto que hay que explicar antes de proceder a la lectura de este libro, es que hay muchas formas de celebrar la misa. Leyendo la presente obra se podría sacar la falsa impresión de que la eucaristía bien celebrada es la de aquel sacerdote que se muestra frío, hierático, apartado del pueblo fiel. Ciertamente que cuando en una obra se insiste mucho en que el presbítero se concentre mucho en las oraciones que está haciendo, se ofrece la fácil idea de que celebrante devoto es aquél que se muestra a los fieles como aislado y concentrado en sí mismo.

Los consejos y reflexiones que se ofrecen en este libro donde más fácil se podrán aplicar será en la misa de un monje que celebra solo sin prisas en una capilla de su abadía. Pero no es lo mismo una misa monástica celebrada en completa soledad que una misa de campo con niños durante una excursión. No es lo mismo un gran pontifical en la catedral que una misa en una parroquia situada en los bajos de un edificio de viviendas y que cuenta sólo con lo mínimo indispensable para celebrar. No es lo mismo la misa recitada con toda lentitud por el capellán de un convento de carmelitas, que la misa de un párroco que está celebrando su tercera misa dominical esa mañana.

Hay muchos modos de celebrar la misa y hay muchas circunstancias. A veces, las circunstancias indicarán qué modo de celebrar es el más conveniente. Aquí, en estas páginas, se ofrecen

pensamientos espirituales ideales para meditar y recordar durante la misa. Pero lo que aquí se ofrece no es un modo ideal, óptimo, de celebrar; porque no existe un único modo al que todos se tengan que adaptar. Si los pensamientos que aquí se exponen, resultan de utilidad para un sacerdote, éste tendrá que adaptarlos a su entorno y a su propia espiritualidad.

Ya para empezar supone un modo muy distinto de vivir la misa, concelebrar en una basílica romana con un obispo que parece un antiguo sumo sacerdote levítico oficiando en el *Sancta Sanctorum*, rodeado de toda la gloria del Templo; a celebrar la misa en una humilde cabaña de un lugar de misión en una isla de Indonesia. En un caso, se resalta la espiritualidad de asistir a una magnificente liturgia sacrificial rodeada de toda la gloria posible. Y, en el otro caso, la escena recuerda a San Pablo partiendo el pan a una pequeña comunidad congregada en torno a la mesa de la Última Cena. Hay quien prefiere hacer su oración en un gran templo gótico y hay quien prefiere hacerla en una capillita sencilla, pequeña y lo más desnuda posible.

Pero el presente libro puede ser una aportación para todos, sean cuales sean sus preferencias. Porque todos pueden aprovechar algún detalle, algún pensamiento de los aquí reunidos. Este libro nace de mis apuntes personales. A lo largo de muchos años, iba reuniendo anotaciones cuyo destinatario era yo mismo. Durante la celebración de la misa, me venían a veces inspiraciones que anotaba después, al acabar, porque quería recordarlas más días en celebraciones posteriores. Esas anotaciones tampoco pretendían avivar mi devoción más allá de unos cuantos días.

Ahora os comparto a todos de esas anotaciones, las cuales son muy subjetivas. Por ejemplo, donde veo simbolizada la presencia de la Virgen María en la misa, o la Ascensión de Jesús.

Alguien podría acusar a ciertos pensamientos de este libro de, precisamente eso, ser muy subjetivos. Y tendría razón. En esta obra os hago partícipes de una recopilación de pensamientos de tinte muy personal, no lo oculto. Comprenderé perfectamente que lo que a mí me pudiera llenar de devoción a otro le deje frío.

También se me podrá acusar de descender, en ciertos momentos, a detalles demasiado materiales. Por ejemplo, acerca de donde colocar el pañuelo para no tener que buscarlo en el bolsillo del pantalón bajo el alba. Habrá quien diga que ciertas recomendaciones prácticas son mejor para ser corregidas o aconsejadas de forma personal y de viva voz. Pero lo cierto es que *los unos por los otros, la casa sin barrer*, como reza el refrán.

Esos apuntes personales, en esta obra, se han completado con brevísimas explicaciones históricas para que sea una obra útil al lector. Hay varias explicaciones que dejo para el final del libro. Podría haberlas incluido en sus lugares correspondientes conforme avanzaba la obra. Pero he preferido no interrumpir una lectura ágil con explicaciones de detalle, formando al final una especie de parte que completa todo lo dicho.

Una última nota antes de proseguir con el libro. El título se inspira en un versículo del profeta Zacarías que reza así: *Y será en ese día que saldrán aguas vivas de Jerusalén, la mitad de ellas hacia el mar oriental y la mitad de ellas hacia el mar occidental* (Zacarías 14, 8). El verbo hebreo *yatsa* significa “salir”. Como he dicho, únicamente me he inspirado en ese versículo. El verbo *borbotear* refleja mejor esa fuerza con la que siento en mi alma la gracia que surge del altar.

Lo que está claro que el profeta habla del día de la Crucifixión. De la Cruz salen esas aguas vivas hacia toda la Humanidad; del altar de la misa siguen brotando esas aguas.

La Palabra de Dios y la palabra de la Iglesia

El ritual de la misa no es Palabra de Dios. La liturgia es una lógica irradiación de la Palabra de Dios, en cuanto que las Sagradas Escrituras nos incitan a la adoración y eso lleva a que la Iglesia cree la liturgia. La liturgia es como una natural emanación de gloria alrededor de la Voz de Dios. Los rituales y ceremonias con los que glorificamos a Dios son la consecuencia natural del mensaje de la Biblia.

La diferencia entre Palabra de Dios y Palabra de la Iglesia es nítida y radical. En la Biblia, Dios nos habla. En la liturgia, nosotros hablamos a Dios. En la Biblia, nada está sujeto a cambio, es inmutable. En la liturgia, caben los cambios, las mejoras.

La liturgia es una obra humana, aunque haya pululado en ella la inspiración del Espíritu Santo. Mientras que la Biblia es Palabra de Dios, enseñanza de Dios, aunque haya sido dada a través de voces humanas.

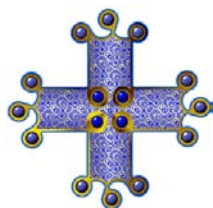
La Biblia es inmejorable, porque las cosas se han dicho en ella como Dios ha querido: lo que Dios ha querido, como Dios ha querido. Las ceremonias sí que son mejorables. Normalmente no tocamos a la liturgia por respeto a la tradición, por la venerabilidad de la antigüedad, pero es una obra humana a infinita distancia del libro que contiene las palabras que Dios nos ha dicho a sus hijos.

Nos acercamos a los rituales con veneración, pero siempre conscientes de que no son Palabra de Dios, son palabra humana. Ahora bien, son el medio a través del cual adoramos a Dios y por

eso esos rituales son venerables. Incluso en rituales nuevos como la misa del Concilio Vaticano II, late la tradición de veinte siglos. Y esa misa, por tanto, hay que verla como el último estado de una tradición, como una recapitulación. En el misal que usamos hoy día contemplo la continuidad litúrgica de toda la Historia de la Iglesia.

Habiendo dejado muy claro que sólo la Biblia es Palabra de Dios, la liturgia de la Iglesia no ha estado exenta de la inspiración del Espíritu Santo que cuida a la Iglesia. Si Dios inspira a los santos y a los místicos, ¿cómo no iba a inspirar a la Iglesia en el modo en que ésta iba a adorar a Dios? Dios inspira a los hombres santos, a los sabios, a los obispos, acerca de cómo quiere ser adorado. En ese sentido, la liturgia es una obra coral, resultado de una acción del Espíritu que ha durado siglos. Por eso debemos acercarnos a ella con reverencia.

ANTES DE LA MISA



La preparación remota

Los buenos padres del seminario donde yo me preparé al sacerdocio, nos enseñaban a prepararnos para la misa desde la noche del día anterior. Nos aconsejaban que, ya metidos en la cama, meditáramos el gran misterio que íbamos a vivir a la mañana siguiente asistiendo a la celebración de la misa.

Cuanto más te preparas, más recibes. Ésta es una regla general para todos los sacramentos y ceremonias: cuanto mayor es la preparación, mayores son las gracias que se reciben.

Mañana seré invitado a cenar con Jesús. ¿Cómo me prepararía si supiera que, al día siguiente, iba yo a participar de la Última Cena con los doce apóstoles?

Mañana asistiré en el Calvario a la Cruz.

San Ignacio de Loyola se preparó durante varios meses para celebrar su primera misa.

Preparación próxima

Un sacerdote nunca debería pasar de sus ocupaciones pastorales directamente a la celebración de la Santa Misa. Es

decir, no deberíamos pasar del despacho, de la catequesis, o de recibir a los feligreses, a estos sagrados misterios. Siempre debería mediar un tiempo de preparación por breve que sea.

Podemos excusarnos con que nos vemos obligados a ello, con que no tenemos alternativa dados los horarios. Pero, normalmente, somos nosotros los que organizamos nuestro horario. De manera, que casi todos los sacerdotes podrán disponer de un tiempo para aquietar el alma y prepararse.

Lo normal es que cada sacerdote dedique media hora de oración mental por la mañana y otra media por la tarde. Lo óptimo es colocar la media de oración antes de la misa.

La sacristía

Recordemos que, en el Templo de Salomón, Dios determinó que hubiera unas cámaras laterales para guardar los objetos necesarios para el culto.

La sacristía debería ser como la capilla privada del sacerdote. Es decir, el lugar donde se prepara para la celebración justo antes de ésta. La sacristía debería ser el atrio antes del gran acto.

Ese espacio es un lugar sagrado, pues es donde se guardan los vasos sagrados y las vestiduras litúrgicas. Comer o fumar en ese lugar es totalmente impropio.

El lugar debe respirar orden, limpieza y silencio. Resulta triste ver cómo algunos sacerdotes han convertido sus sacristías en cuartos trasteros, donde se acumula todo lo que no se sabe dónde meter.

La intención de la misa

Justo antes de comenzar a revestirse con los ornamentos, es el mejor momento para que el sacerdote lea en el libro de misas cuál es la intención para esa misa. El acto de leer el libro de misas y hacer internamente la intención de ofrecer por esa intención el sacrificio, es conveniente hacerlo siempre en un momento fijo. Porque si no uno puede olvidarse. Si uno lo hace justo antes de revestirse, se convertirá en una costumbre y es un momento en el que uno puede hacer la intención de un modo tranquilo y más concentrado.

Ya que esa persona ha dado una limosna, quizá con gran esfuerzo, resulta encomiable que la intercesión del sacerdote por ella ante Dios sea intensa y verdadera. No una sola vez a toda prisa y como por obligación. Algunos sacerdotes se limitan únicamente a leer un papel con un nombre. Eso no tiene nada que ver con una intercesión verdadera y profunda que es el sentido de todo eso. Dios suplirá porque mirará la limosna del fiel, pero el presbítero debe hacer bien las cosas.

La vestición

Lo lógico es que el sacerdote salude a los monaguillos e intercambien unas palabras. Pero una vez que el sacerdote se comienza a revestir con los ornamentos sagrados, los monaguillos deben estar enseñados a guardar silencio en ese momento y no distraer al sacerdote. Si los monaguillos se convierten en una fuente de distracción, antes de la misa y durante ésta, entonces es mejor que no haya monaguillos. Si los monaguillos en vez de ayudar estorban, hay que prescindir de ellos.

Recuerda antes de vestirte que son prendas sagradas. Que te estés recubriendo con ornamentos que han sido bendecidos con el poder de la Iglesia y que se usan para realizar los sagrados misterios.

Qué misa celebrará el que está charlando de asuntos mundanos con los sacristanes mientras uno se reviste. Uno debería orar mientras se va colocando esas prendas, reflexionando sobre el simbolismo de cada una, pues cada una es una predicación.

Resulta formidable la santificación que viene al alma del sacerdote si se preocupa de realizar la preparación remota para la misa. Pero si ésta no se ha realizado, al menos no descuidemos la preparación próxima. Y si tampoco ésta se ha realizado, al menos nos queda esta última posibilidad, verdaderamente la última, de revestirnos haciendo de corazón las oraciones que acompañan a cada ornamento.

Desde luego, en el momento en el que uno se dispone a colocarse sobre sí la primera prenda, debería ya sólo pensar en cosas celestiales. Para los monaguillos presentes resulta un sermón silencioso ver a su párroco revestirse devotamente con los ornamentos y arrodillarse en un reclinatorio ante la cruz con los ojos cerrados y meditar antes de salir de la sacristía. Cuando sean mayores nunca olvidarán ese ambiente de recogimiento del párroco antes de salir.

Al revestirnos, podemos pensar que Dios nos reviste de dones y tesoros espirituales para poder servirle en su presencia. Yo no soy nada, pero el Omnipotente me ha cubierto con sus santos tesoros para no ser fulminado ante el fuego de su Santidad yo que soy indigno de comparecer ante Él. Recubro mi miseria con sus dones. Esos dones que son los que contiene el sacerdocio, están representados por esas prendas.

Tradicionalmente, en las sacristías de todas las iglesias estaban presentes las siguientes oraciones ante los ojos del presbítero cuando se revestía:

 **Ad Amictum:**

Impone, Domine, capiti meo galeam salutis, ad expugnandos diabolicos incursus.

 **Ad Albam:**

Dealba me, Domine, et munda cor meum; ut, in sanguine Agni dealbatus, gaudiis perfruar sempiternis.

 **Ad Cingulum:**

Praecinge me, Domine, cingulo puritatis, et extingue in lumbis meis humorem libidinis; ut maneat in me virtus continentiae et castitatis.

 **Ad Stulam:**

Redde mihi, Dómine, óbsecro, stulam immortalitátis, quam pérdidi in praevaricatióne primi paréntis: et, quamvis indígnus accédere praesúmo ad tuum sacrum mystérium cum hoc ornamento, praesta, ut in eódem in perpétuum mérear laetári.

 **Ad Casulam:**

Dómine, qui dixísti: Jugum meum suáve est et onus meum leve: praesta, ut illud portáre sic váleam, quod possim cónsequi tuam grátiam.

Simbolismo de las prendas

Para aquellos que quieran más información, podrán encontrarla en una obra mía dedicada toda ella a analizar el simbolismo de las vestiduras litúrgicas. Esa obra se titula *La Vestición del Obispo*. Pero coloco aquí el simbolismo esencial de los ornamentos litúrgicos y añado una pequeña oración para cada uno de ellos.

Amito

Si el alba simboliza ese recubrirse para entrar en contacto con lo sagrado, el amito simboliza el cubrirse enteramente. Las vestiduras eclesíásticas que se verían asomar en la parte del cuello, son envueltas por lo sagrado para entrar a la presencia de la Divinidad.

oración: Señor, cúbreme enteramente con tu blancura. Revestido de la blancura del Cielo para un oficio verdaderamente divino.

oración alternativa: Dios inmenso y Todopoderoso, si hasta ahora no me he transformado internamente, al menos cubre mis faltas con tu blancura.

Alba

Las vestiduras eclesíásticas que cubro (el clergyman o la sotana) son eclesíásticas pero son las vestiduras litúrgicas las que son sagradas, y no las primeras. Desde el cuello hasta mis talones, el presbítero queda cubierto por la santidad de estas ropas.

oración: Al ponerme el alba debo pensar: me recubro del hombre nuevo. Mi Padre Celestial me reviste con su gracia. Blanquea mi alma con tu luz. Lávame, para que quede blanco como la nieve.

oración alternativa: Merecería ser tratado como un mercenario ahora que entro a su presencia, pero mi Padre me recibe en casa y me pone un traje nuevo, de gala, y hace un banquete al que me invita y me sienta en lugar preferente.

El cíngulo

Simboliza la vida ascética que te constriñe, que te aprieta, que te ata a Jesús. La libertad de las pasiones desordenadas se contraponen a este acto de atarnos. Las borlas que cuelgan de sus

extremos tienen muchos flecos, los cuales representan las almas que penden de tu ascetismo.

oración: Jesús, me ato a ti. No me dejes suelto, sin ti me perdería. Quiero estar enteramente unido a ti.

La estola

Simboliza la *potestas Christi*. De nuevo si tiene flecos en sus extremos, éstos representan las almas que dependen de ti. Unas almas dependen de tu vida ascética (representada por el cíngulo), y otras de tu poder sacerdotal (por eso otras penden de la estola).

La estola es vertical para simbolizar que el poder sacerdotal es un poder vertical, que viene de Dios al presbítero.

oración: Señor, gracias por el poder sacerdotal que me concediste. Hazme digno de un don tan grande.

La casulla

Su nombre significa *pequeña casa* (casa, casula). Es como si nos metiéramos dentro de ella y nos recogiéramos con el Señor.

Para aproximarnos a esos misterios del altar, no basta sólo con la pureza (la blancura del alba), sino que debemos añadir la belleza de las virtudes (simbolizada por las ricas telas de la casulla).

Por eso ya en el Antiguo Testamento, Dios ordenó que al entrar en la Tienda de la Reunión, el sacerdote sobre la túnica blanca se colocara el efod de variados colores.

oración: Cúbreme, Altísimo Dios, con los tesoros de la Redención. Cubre todo mi ser con la gloria del Reino de los Cielos. Que sobre mis hombros lleve tu yugo con alegría y agradecimiento.

La inminencia del comienzo

Los sacerdotes debemos ser puntualísimos a la hora de salir de la sacristía. Empezar tarde la misa es una desconsideración hacia los fieles. Ellos han hecho un esfuerzo por llegar a la hora para la misa. Consideran ese acto tan importante que han dejado sus ocupaciones, su descanso, para ser puntuales. No menos debe hacer el celebrante. Llegar siempre con prisas, a grandes zancadas, a la sacristía, justo al límite de la hora, es toda una muestra de cómo va la vida interior del presbítero.

El sacerdote, ya revestido, cada día, tiene que esperar en la sacristía a que suene la hora de salida. Es el sacerdote el que tiene que esperar en la sacristía. No son los fieles los que tienen que esperar al sacerdote.

La falta de puntualidad es un modo de decir: no os considero importantes, no me importa vuestro tiempo. Cuando uno tiene deferencia hacia alguien importante, uno siempre es puntual. Eso es así en todos los ámbitos de la sociedad y, por supuesto, también en éste.

Varias veces me he referido en esta obra a la imagen del sacerdote que arrodillado espera en oración el comienzo de la misa. El mismo Misal Romano trae en un apéndice bellísimas oraciones para que el sacerdote se prepare al augusto sacrificio.

RITOS INICIALES



Camino del altar

Unos sacerdotes, camino del altar, prefieren mirar a la gente con cariño, sonreírles e, incluso, saludarles, otros prefieren ir concentrados en el sacrificio que van a ofrecer. Ambas formas de dirigirse al altar son buenas y loables. Es agradable a Dios, tanto el sacerdote que se dirige hacia el altar concentrado en la acción sagrada que va a realizar, como el sacerdote-padre que saluda a sus hijos, el padre de familia que va a partir el pan de la Palabra y de la Eucaristía a sus hijos.

La celebración dominical se presta más a lo festivo en ese recorrido, es decir, al presbítero-padre que saluda y sonríe a sus hijos con la mirada. La celebración diaria se presta más a no perder la concentración en el camino hacia el altar.

En el caso de que uno vaya hacia el altar recogido dentro de sí, inmerso en pensamientos espirituales, el sacerdote puede imaginar que se dirige hacia el monte Calvario.

También puede meditar en el camino del Éxodo, sobre todo si el sacerdote y los acólitos atraviesan el pasillo central entre la gente, como el Pueblo Elegido pasó por en medio del mar. En

cierto modo, se puede afirmar que al pueblo hebreo le tomó dos millares de años recorrer el camino hasta el altar.

Las manos juntas

El sacerdote se acerca al altar con las manos juntas sobre el pecho. Este gesto de las manos es símbolo de obediencia, de recogimiento, como si quisiéramos resguardar con nuestras manos la oración de nuestro corazón, como si llevásemos el amor de Dios entre nuestras pobres manos.

Hay dos formas de unir las manos sobre el pecho. Una es con las dos manos extendidas, es decir, con las manos completamente paralelas. La otra forma es con los dedos entrelazados. Para ahorrar tiempo, llamaré al primero *modo extendido*, y al segundo *modo entrelazado*.

Las manos juntas sobre el pecho en el modo extendido, es símbolo de máxima adoración del espíritu. Simboliza la máxima tensión del adorador. El modo entrelazado es un modo más relajado, más sereno, de mantener las manos unidas.

Cada sacerdote obre como sienta más devoción respecto a esto, pues ambos modos son adecuados y dignos. Hay momentos de la misa en que prefiero el modo extendido, como cuando hago la genuflexión tras la transustanciación. Mientras que normalmente durante el transcurso de la misa uso el modo entrelazado. Aunque en determinadas partes de la ceremonia uso el modo extendido sin pensarlo, como una expresión natural de que intento concentrarme más. Por ejemplo, cuando digo *oremos*. Pues es un modo de decirme a mí mismo que debo meterme dentro de mí mismo. Otro momento en que, tiendo a usar el modo extendido, es cuando digo: *Para celebrar dignamente estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados*. El

modo en que colocamos las manos, unido al cerrar de los ojos para recogernos, invita a los fieles a recogerse dentro de ellos mismos. Ellos sienten esa invitación incluso aunque no digamos nada, simplemente por lo que ven.

Pero hay otras partes en las que usualmente prefiero unir las manos de un modo más relajado, como el momento en que digo a los allí congregados: *fieles a la recomendación del Señor...*

Actúe en esto el celebrante como sienta en su corazón. Sin sentirse obligado ni a un modo, ni a otro. Pero mantenga las manos sobre el pecho. El gesto de unir las manos pierde su simbolismo si las manos se ponen por debajo del pecho. Todos hemos visto algún que otro sacerdote obeso que coloca sus manos sobre la barriga casi del mismo modo que lo haría una embarazada. Recuerdo otro sacerdote que durante la misa tenía la manía de cruzar los brazos sobre el pecho del mismo modo que lo hubiera hecho esperando el autobús en una parada.

Los arciprestes tienen el deber de procurar que las funciones religiosas se celebren según las prescripciones de la sagrada liturgia (canon 555). Sería loable que los arciprestes no interviniesen únicamente cuando se producen abusos graves, sino que también corrigiesen fraternalmente este tipo de defectos que los notan los fieles pero que no se atreven a decírselos a sus pastores.

Los arciprestes suelen albergar temor a corregir. Pero si estas cosas primero se hablan amigablemente en una reunión y se acuerda que entre todos se van a ayudar a advertirse mutuamente aquellos defectos que sean evidentes, la corrección se puede hacer en un ambiente de camaradería, sin ninguna crispación y, por tanto, sin ninguna humillación del corregido.

La inclinación ante el altar

Si el sagrario está emplazado en el presbiterio, se hace genuflexión hacia el sagrario y se omite la inclinación al altar. Esto es lógico, porque si Jesucristo está en el presbiterio, es a Él al que se le debe hacer una reverencia, y no a aquello que simboliza a Cristo.

La liturgia distingue entre inclinación profunda y la inclinación de cabeza. Ante el altar se hace inclinación profunda. Es decir, el ministro inclina un poco el tronco entero. Es un gesto de reverencia ante el altar sagrado. El gesto no es de genuflexión porque el altar no es Dios. Pero es lo más sagrado, después del sagrario. Incluso la cruz que hay sobre el altar (o cerca de él) es, en cierto modo, un ornato del altar, y no al revés.

El altar simboliza el ara de la Cruz en la que se ofreció Jesucristo. Primero fue el altar, después se añadió la cruz sobre éste. Pero la cruz simboliza de modo más visible lo que el altar es. Sobre la cruz del altar no se ofrece Cristo. Mientras que sobre el altar sí que se va a ofrecer Cristo, como lo hizo en la Cruz.

Antiguamente, en el Prefacio de consagración de un altar, el obispo decía: *Celébrese, pues, en estos altares el culto de la inocencia, inmólese el orgullo, degüéllese la ira, húndase la cuchilla en la lujuria, ofrezcan en ellos las tórtolas el sacrificio de su castidad, y las palomas de su inocencia.*

La reliquia en el ara es recuerdo de que, en la antigüedad, se celebraba la misa sobre los sepulcros de los mártires. Además, aumenta la sacralidad del ara. Pues es como pedir a un santo que esté presente junto a ese altar cuando se realice el sacrificio.

Antiguamente, el ciborio alrededor del altar, con un velo alrededor, reforzaba la idea del altar como lugar sacratísimo. Como si ese lugar fuera el Sancta Sanctorum del nuevo culto.

El altar simboliza varias cosas:

1. La Cruz
2. El Gólgota, como lugar elevado con la cruz sobre él.
3. El trono de Dios.
4. La piedra fundacional de la Iglesia, la piedra angular que es Cristo. *Y todos bebieron la misma bebida espiritual, puesto que bebían de una piedra espiritual, que les iba siguiendo, y la piedra era Cristo (I Cor 10, 4).*
5. El centro del mundo. El altar, situado en el centro del ábside, o del transepto, simboliza que allí, justamente allí, está el centro del mundo. Nada ocurre más importante en todo el planeta, que lo que va a ocurrir durante la misa sobre ese altar. Todo lo que suceda en cualquier lugar de la tierra, en cierto modo, depende de lo que ocurre sobre ese altar; puesto que todo depende de la voluntad de Dios. El altar se convierte también en el centro de la Iglesia, de toda la Iglesia extendida por el Orbe. El sacerdote puede hacerse consciente de que cuando se aproxima al altar, se aproxima al centro de la Historia.
6. La mesa sobre la que se celebró la Última Cena. La mesa del banquete de los cristianos.
7. El altar es Cristo. Podemos ver un símbolo de eso en la unción del ara. Y las cinco cruces que se hacen sobre su piedra, símbolo de las cinco llagas. El Jueves Santo se despoja del mantel, lo mismo que Cristo fue desnudado de sus vestiduras.
8. Es la piedra de Jacob, sobre la que apoyando su cabeza, tuvo el sueño de la Escalera de los Ángeles. Esa Escalera de ángeles subiendo y bajando es, también, ese altar. *En verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre (Jn 1, 51).*
9. El altar estaba prefigurado en aquellas piedras con las que Abraham, Isaac y Jacob levantaban sus altares.
10. El altar cristiano es, al mismo tiempo, el altar de los holocaustos, el altar de los perfumes y la mesa de los panes. Pues nuestro altar cumple esas tres funciones.
11. El altar es símbolo del corazón de Cristo.
12. El altar de oro que vio San Juan en el Cielo, y sobre el cual se ofrecen las ofrendas ante el Padre.
13. La mesa de piedra sobre la que fue depositado el Cuerpo de Cristo en el sepulcro, y en el que resucitó.

Desde el comienzo de la misa, el centro de la celebración pasa a ser el altar, no el sagrario. No sólo sobre él depositamos el incienso de nuestras plegarias y alabanzas a Dios, sino que esperamos la aparición de Cristo sobre el altar. Sobre el altar se nos aparecerá Cristo lo mismo que se les apareció a los

Apóstoles después de la Resurrección. La misa es ese tiempo de espera, de espera de esa presencia.

La rúbrica dice que si en el presbiterio está el sagrario, aunque esté a un lado, debe suprimirse la inclinación y hacer genuflexión.

Las velas

Las velas, en número de dos, cuatro o seis:

1. Simbolizan el fuego que se colocaba sobre el altar de los holocaustos.
2. La luz que proviene de Cristo
3. El fuego de nuestro amor colocado sobre el altar

El altar cristiano se convierte en el altar de los holocaustos, en el candelabro de los siete brazos y en la mesa de los panes de la proposición. Y, dado que se incienso, también se convierte en el altar del incienso: *Harás un altar para quemar incienso* (Ex 30, 1). En el cristianismo, esos cuatro elementos se unifican en el altar.

Los panes de la proposición o “pan de la presencia” de Ex 25, 30, literalmente se traduce por el “pan de delante” o el “pan de la cara”. Es decir, es el pan que está delante de Dios Padre, que se transforma en el Pan de la Cara de Jesucristo.

El candelabro de los siete brazos pasa a estar representando en las seis velas del altar. Siendo la séptima vela, la central, Cristo mismo, representado por el crucifijo. Crucifijo cuya luz es espiritual y no de fuego material.

El altar es un símbolo poderosísimo en su sencillez. Nada más se debe apoyar sobre la santísima superficie del altar que lo prescrito. Habiendo acólitos resulta preferible que el atril del misal se coloque sólo cuando vaya a ser usado.

Esta simetría de los elementos del altar se destruye con la extendida costumbre de colocar dos velas a un lado y una maceta con flores en el otro. El altar no es un lugar sobre el que colocar macetas, ni grandes ramos de flores.

Sobre el altar siempre debería haber velas naturales. Las velas que son tubos de plástico rompen todo el simbolismo propio de los cirios. Es cierto que las velas artificiales dan menos trabajo. Pero el modo de ahorrar completamente el trabajo, es no celebrar la misa. Si se celebra la misa debe hacerse con la mayor dignidad posible.

La única razón para la presencia de las velas sobre el altar, es su simbolismo. Si quebrantamos ese simbolismo con sucedáneos sin belleza, ni poesía, también rompemos la razón por la que están allí. Alguno puede excusarse con que no se nota si es natural o de plástico. Pues a lo mejor no se nota, pero yo no veo en ningún restaurante que pongan velas de plástico.

Los sacerdotes se quejan de que las velas naturales ensucian los altares. Eso es al principio. Con el tiempo uno aprende a calcular cuál debe ser el ancho de la vela para que no se derrame, y cuál debe ser el ancho de los platos que recojan la cera.

Si los cirios son demasiado gruesos, la llama se interna en la vela y deja de verse. Si son demasiado poco gruesos, la cera se derrama. Con el tiempo se aprende a calcular qué vela se necesita según el tiempo que dura la celebración y la temperatura del ambiente. Y así, al final, con un sacristán experimentado, es rara la vez en la que la cera se derrama fuera de la vela.

Personalmente, considero que los caperuzones en lo alto de las velas rompen buena parte del atractivo de los cirios. Lo mismo que rodear a las velas de cristal. Resulta llamativo comprobar cómo los presbíteros se han afanado en añadir tantas

cosas a la belleza del símbolo desnudo. Yo tengo velas de cera natural y sólo cae cera sobre el altar una vez cada varios meses.

Los candelabros sobre el altar si son bellos y dignos, tienen un gran simbolismo. De hecho, la Sagrada Escritura denomina a Cristo como *el que anda entre los candelabros* (Ap 2, 1).

Y me volví para ver de quién era la voz que hablaba conmigo. Y al volverme, vi siete candelabros de oro (Ap 1, 12).

Y en medio de los candelabros, vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies y ceñido por el pecho con un cinto de oro. (Ap 1, 13).

En cuanto al misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha y de los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias. (Ap 1, 20).

Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: "El que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que anda entre los siete candelabros de oro, dice esto" (Ap 2, 1).

Cuando el obispo celebra con solemnidad en una iglesia, se encienden siete velas. Símbolo de plenitud.

Estéticamente, siempre resulta muy bello un altar con las seis velas naturales sobre candelabros y con una cruz en el centro. El modo tradicional respetado durante siglos, tal como se muestra en pinturas e, incluso, iluminaciones de pergaminos (y que yo prefiero), es colocar las velas y el crucifijo a la misma distancia entre sí. Me parece estéticamente más bello que colocar las velas en dos grupos y la cruz en el centro más separada de las velas.

En cualquier caso, lo lógico es que la altura de los elementos sea proporcionada. O todas las velas de la misma altura, o las velas creciendo en altura hacia el centro y la cruz sobresaliendo en altura sobre las velas. No sería adecuado que la cruz fuera más baja que las velas. Ya que entre ellas, la cruz es más importante y eso también se manifiesta en la altura de los elementos.

El crucifijo

Las disposiciones litúrgicas indican que el crucifijo se coloque sobre el altar o cerca de éste. Las normas indican la obligación del crucifijo, porque es el recuerdo de que la misa es el mismo sacrificio del Calvario.

Parece muy natural que haya un crucifijo que sea glorioso recuerdo de esa realidad teológica que es la esencia de la misa. Un recuerdo glorioso, bellísimo, en relación a la dignidad de lo que representa. No un recuerdo pobre, que se nota que es barato y muy barato, carente de toda belleza.

He preferido hablar antes de las velas, para expresar mi opinión acerca de la importancia de la simetría de los elementos que se colocan sobre el altar. Soy más partidario de que se coloque el crucifijo sobre el altar (mejor que cerca de él), pues sobre el altar va a estar la verdadera Cruz de la Pasión, aunque no la veamos.

Y si el crucifijo está sobre el altar, debe estar en el centro. Ya que la cruz no es un elemento más sobre el altar, sino su centro. Es como el renuevo del Árbol Jesé que brota de esa ara. Es como el Árbol de la Vida que brota en el centro del altar.

Si el crucifijo está situado en el centro y algo elevado sobre la altura de las velas, la vista del sacerdote tenderá de un modo natural hacia el crucificado, y muchas de sus oraciones las hará dirigiéndose a esa imagen de Jesús.

Después del altar, lo más sagrado que hay sobre él es el crucifijo. El altar es consagrado con unas oraciones y unciones más sagradas que la bendición del crucifijo. Pero nada hay sobre el altar más sagrado que el crucifijo. Por eso debe ser digno. Hay que buscar crucifijos que nos den devoción al celebrar. Vamos a

mirarlo cada día al celebrar misa. El crucifijo, por tanto, es algo que debe ser escogido con gran cuidado por el presbítero.

Hay representaciones de Cristo en la Cruz que parecen estar mirando directamente al presbítero mientras celebra. Hay imágenes que son perfectas para imaginar que Jesús está allí delante de nosotros. En mis iglesias, siempre he buscado crucifijos que estuvieran a la altura de mis ojos o, incluso, algo más elevados, y he buscado cuidadosamente qué crucifijo colocar en mis parroquias, buscando algo que me diera verdadera devoción.

El crucifijo es el objeto más santo sobre el altar, aunque después, cuando se coloque la patena y el cáliz sobre el ara, estos son más sagrados que el crucifijo. Porque la cruz representa a Jesús en su Pasión, pero la patena y el cáliz realmente contendrán el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El mantel

El mantel simboliza:

1. El mantel de una mesa donde se celebra un banquete
2. La blancura inmaculada donde queremos depositar el Misterio Eucarístico. Y por tanto la blancura de nuestra alma.

Por tanto, un mantel sucio siempre es símbolo de que el sacerdote ha perdido el celo por las cosas de Dios. La gente saca conclusiones evidentes, aunque no lo diga, si está sucio lo que más limpio debería estar en todo el templo.

Sobre el altar sólo debe estar la cruz, los cirios y el misal. Todo lo demás debe situarse en las credencias. Sobre el altar sólo debe colocarse lo que se va a ofrecer a Dios. Hay sacerdotes que para ahorrar tiempo colocan allí el vino, el agua y la jarrita de agua para lavarse las manos. La liturgia es hacer cosas también,

no sólo ofrecer oraciones. Es parte de la liturgia acercar cosas al altar, moverse, mezclar elementos, purificar. Este afán por ahorrarse desplazamientos por el presbiterio no tiene nada de litúrgico.

Ni siquiera se debe colocar una mesa al lado del altar. El altar es algo único, y como tal debe aparecer en el presbiterio. Uno acerca las cosas al altar. No colocamos todo junto a él. La costumbre de la mesa adosada al altar no es loable.

Las credencias son las repisas donde se apoyan los elementos necesarios para el sacrificio de la misa. Algún sacerdote se preguntará por qué en otras épocas no descubrieron que se ahorraba tiempo si se dejaba todo sobre el ara. Y es que en otros siglos se tenía una conciencia mucho más vívida de la liturgia como misterio.

Por supuesto que es mucho peor cuando un sacerdote deja sobre el altar el libro de preces, varios folletos, sus gafas e incluso el mando de los altavoces. Es incomprensible la afición de algunos sacerdotes a dejar papeles y más papeles sobre el mantel.

También resulta reprobable la costumbre que tienen algunos de dejar sobre los candelabros el mechero para encender las velas o las cerillas usadas. Habiendo acólitos, lo ideal, incluso, es que el misal se lleve al altar en la liturgia eucarística y se retire tras la purificación de los vasos sagrados. En algunas misas solemnes, acertadamente, el acólito sólo coloca el misal sobre el altar tras la incensación de los dones.

El ósculo

Se besa el lugar sagrado que es el altar, se besa el lugar sobre el que se colocará el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Se besa su mantel que es la sábana con la que se le enterró y en la que resucitó.

Al besar el altar que es el lugar del sacrificio, besamos y renovamos el sacrificio de nuestra propia vida.

Es como decir: me vuelvo a inmolar ante ti, Señor.

El marido al llegar a casa, besa a su mujer. El sacerdote al llegar al centro de la casa de Dios, besa su propia inmolación.

Incensación

En las misas en las que se realiza la incensación, el defecto más repetido es que el celebrante por la presión de tanta gente llenando el templo (fiestas patronales, grandes solemnidades, etc) suele hacer ese acto de forma tensa, con una nerviosa celeridad. Muy por el contrario, hay que deleitarse en ese acto de la incensación. Es decir, hay que hacerlo orando, conscientes de la solemnidad de lo que se hace, como queriendo incensar todos los rincones del altar. Insisto, hay que deleitarse en la incensación.

Tras la incensación, a mí me gusta que un acólito deje el incensario en el suelo, a los pies del altar, en el centro. Pues resulta bello ver el humo aromático ascendiendo desde la base del altar. No tiene mucho sentido, como en muchos lugares se hace, retirar el incienso, cuanto antes, a un lugar donde no se vea.

Hay sacerdotes que usan sólo incienso molido, con lo cual el humo se extingue en un par de minutos. Otros usan incienso en grano, y cuando van a incensar el altar, apenas sale humo del incensario por más que los carbones estén ardientes como brasas.

Si se va a dejar el incensario a los pies del altar, aconsejo poner en la naveta una mezcla de incienso molido e incienso en grano. El incienso molido ofrece, desde el primer momento, en

cuanto se empieza a incensar, una nube de humo. El incienso en grano posibilita que ese humo siga subiendo como una columna junto al altar, incluso durante más de diez minutos si los granos son grandes.

El sacerdote deseoso de ofrecer a Dios un verdadero sacrificio aromático, puede tener en la sacristía cuatro o cinco frascos con distintas variedades de inciensos. E ir variando de tipo de incienso en cada solemnidad.

El sacerdote se dirige a la sede

Algunos sacerdotes realizan todas las plegarias de los ritos iniciales en el altar, alegando que es allí donde hay micrófono. Si no hay micrófono en la sede, ciertamente, está permitido hacerlo allí. Pero hay que darse cuenta de que el lugar propio de los ritos iniciales es la sede. Hay una traslación del centro de la liturgia durante la celebración: de la sede al ambón, del ambón al altar. Si directamente comenzamos en el altar, desvirtuamos un poco ese sentido de la progresividad.

La sede, además, no es un mero lugar para sentarse, sino todo un símbolo de la autoridad del pastor, pues desde allí preside. Está en un lugar de honor desde donde el pastor puede mirar a todo su rebaño y todas sus ovejas pueden mirarle a él.

La sede debe ser noble, pero nunca debe dar impresión de lujo, ni de soberbia. El trono de un rey posee un carácter radicalmente diverso respecto a la sede de un pastor.

Se podría afirmar que el presbítero es:

Pastor en la sede

Maestro en el ambón

Sacerdote en el altar

El sacerdote comienza los ritos iniciales en la sede, porque allí está presidiendo al Pueblo de Dios como Moisés lo hacía en el desierto. En la sede, el presbítero es como un sucesor de Moisés, como un continuador de Pablo, como un Cirilo de Jerusalén o un Eusebio de Cesarea

El simbolismo de la sede resulta totalmente bíblico. Jesús dijo que *sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos, por tanto, todas las cosas que os puedan decir, guardadlas* (Mt 23, 2-3).

Los primeros ritos nada tienen que ver con el altar, ni tampoco con la lectura y escucha Palabra. El lugar natural, por tanto, es la sede.

Lo ideal es que el libro de la sede sea sostenido por un acólito. Eso ofrece una imagen dignísima y solemne. Pero si no se dispone de acólitos, el atril que sostiene el libro debe ser un pequeño facistol, no un mueble grande como un ambón, lo cual desdibuja el carácter único del ambón como Sede de la Palabra, ofreciendo la sensación de que en el presbiterio hay un altar entre dos ambones. Cuando los elementos deberían ser: altar, ambón y sede; no un ambón de la Palabra y otro ambón de la sede.

Además, un facistol pequeño y ligero permite ponerlo a un lado una vez que se ha rezado la oración colecta. De lo contrario, por discreto que sea el tamaño del facistol, cuando el sacerdote toma asiento en la sede, siempre supone un notable obstáculo visual entre el sacerdote y el pueblo congregado. Desde la perspectiva de los fieles sentados en muchos bancos, resulta común, en no pocos casos, que sólo parte de la cabeza del presbítero asome por encima de ese segundo ambón.

En el convento de religiosas donde yo celebro, una vez que acabo la oración colecta, sólo tengo que hacer un ligero

movimiento y el facistol queda a un lado, dejando libre el espacio delante de mí. Pero úsese el facistol allí donde no hay un acólito que pueda sostener el libro de la sede, que siempre es lo más digno.

En los presbiterios de algunas iglesias, aunque celebre un solo sacerdote, hay siempre diez o veinte asientos, aunque sólo se usen en dos o tres solemnidades al año. Los asientos vacíos ofrecen una nada agradable impresión de vacío. Es preferible guardar esas sillas en otro lugar y llevarlas al presbiterio cuando se vayan a usar. El presbiterio debería siempre estar lo menos recargado que se pueda: pocos elementos y estos nobles. Pero pocas cosas son menos propicias para llenar un presbiterio que de sillas vacías.

Incluso si en una iglesia casi nunca hay monaguillos, es mejor que la sede del presbítero aparezca sin dos asientos vacíos. Si algún día hay un monaguillo, ya se le colocará un asiento al lado del presbítero.

La señal de la cruz

La señal de la cruz tiene varios simbolismos:

1. Es un modo de marcar con el sello de Cristo todo el ser.
2. Es toda una profesión de fe.
3. Es una invocación de la gracia de Dios, apelando a la Cruz de Jesucristo.
4. Es un recuerdo de que toda gracia nos proviene gracias a la Pasión de Cristo

Se pide al Señor que envíe una gracia misteriosa a nuestra alma, implorando esa gracia por los méritos infinitos de la Cruz. Por este motivo van acompañados de la señal de la cruz todos los sacramentos y sacramentales.

El fiel que se signa, invoca la bendición de Dios. El presbítero con su poder sacerdotal, se bendice a sí mismo si tiene tal intención de bendecirse. Aplica sobre su propia persona el poder recibido en el sacramento del orden.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Al comienzo de todo, la Santísima Trinidad. Lo que vamos a hacer lo hacemos en su nombre. Es decir, realizamos ese acto de alabanza, porque así nos lo ha encargado el Dios Trino. No es una obra meramente humana, sino un encargo. Algo que se nos ha encomendado hacer.

El Señor esté con vosotros.

El ministro recuerda a los presentes, desea para ellos, pide al Señor, que Él esté con ellos. Es decir, después de mencionar a Dios, lo primero que se hace es recordar que todo lo que se va a hacer en la liturgia tiene como fin el que Dios esté más en nosotros, que nos acerquemos más a Dios.

Esto es tan esencial que se recuerda en el mismo comienzo y en el mismo final de este acto sagrado que es la misa. Debemos sentir que Dios Padre no está mirando desde lo alto, que está sobre esa asamblea, está con nosotros. El fin de todo es estar con Jesús, que Él esté en nuestros corazones. En el fondo, toda la liturgia tiene como fin la inhabitación divina, que seamos templos de Espíritu Santo.

A veces, para ayudarme a tener esta presencia de la Trinidad, me imagino al templo sin techo, y que desde lo alto se asoma la gigantesca imagen de Dios Padre. Me imagino a la Primera Persona de la Trinidad al modo de los óleos del siglo XV y XVI. Con un Dios Padre de rostro bondadoso y barba canosa, simplemente mirándonos, sonriéndonos, como un padre lo haría con sus hijos reunidos.

En ese momento de la misa, me imagino más a Dios Padre. Ya llegará el momento de la liturgia en que las plegarias y acciones remiten más a la figura de Dios Encarnado. También en ese momento, me imagino al Espíritu Santo como una niebla que sobrevuela a los congregados en ese recinto.

Cuando celebro la misa sin pueblo, frecuentemente me detengo en esta parte de la liturgia para imaginar a los ángeles que me acompañan y los santos y difuntos que he pedido que me ayuden a ofrecer a Dios ese sacrificio de alabanza. En las misas sin pueblo, cada una de las tres veces en que digo *el Señor esté con vosotros*, me detengo para pensar que allí están presentes esos ángeles y santos.

En la misa sin pueblo, dedico algunos segundos a imaginar concretamente donde están situados mi ángel custodio y el ángel de mi sacerdocio, así como otros espíritus angélicos superiores que me ven desde lo alto del Cielo. También coloco en un lugar determinado a los santos y difuntos a los que me encomiendo

para que me acompañen en esa misa en concreto. En mi imaginación, siempre coloco a los ángeles justo detrás de mí, como a dos diáconos para que me inspiren cerca del oído según vayan avanzando los ritos. Mientras que a un lado del altar suelo emplazar en mi imaginación a los santos, normalmente dos o tres. Y al otro lado coloco a familiares y conocidos ya fallecidos, también dos o tres. Si son pocos los santos a los que invoco, los puedo imaginar más vívidamente.

Y con tu espíritu.

Y todos los allí reunidos piden a Dios que Él esté con su ministro. Esto debe ser una verdadera petición, una petición de toda la comunidad por su ministro. El ministro ora por el Pueblo (pidiendo que esté con ellos, que esté dentro de sus almas), y los congregados oran por el que los representa ante Dios (pidiendo a Dios que esté con el espíritu de ese pastor que preside).

Hay que recordar al Pueblo, que esta contestación y *con tu espíritu*, debe hacerse como una sentida petición. De lo contrario, se convierte en algo maquinal y vacío. En la mayor parte de las comunidades, esta petición se ha convertido en una fórmula meramente material. Por eso, de tanto en tanto, hay que explicar la razón de ser del saludo-petición del presbítero y de la oración-contestación del pueblo.

Hermandos: para celebrar dignamente estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados.

La Misa no es un misterio, sino varios. Ante todo, el misterio doble de la transustanciación de las especies eucarísticas. Ya sólo por esto, se podría hablar de *misterios* en plural. Pues nos congregamos ante esos misterios.

Pero es cierto, además, que hay más misterios durante la misa. Entendidos esos misterios, como las invisibles interacciones entre el mundo celestial y el terrenal. Sabemos que se va a dar una oculta pero verdadera y eficaz intercesión de los congregados ante Dios por diversas intenciones, que el sacerdote va a realizar una serie de bendiciones sobre las almas, que se va a invocar la presencia de seres angélicos y santos, que el Espíritu Santo va a sobrevolar como una nube misteriosa sobre los allí presentes, haciendo algo invisible pero real en las almas de los que se abran a su acción.

Esta suma de acciones sagradas que son los ritos de la misa, se pueden celebrar más dignamente o menos. En la medida en que más nos purifiquemos, más dignamente celebraremos esos misterios.

Después que el sacerdote dice esas palabras invitando a reconocer nuestros pecados, debemos aprovechar la pausa que se nos ofrece para recordar nuestros pecados, para dolernos de ellos. La liturgia no sólo es una sucesión de palabras y gestos, sino también de silencios.

Las rúbricas prescriben a lo largo de la misa únicamente tres momentos de pausa y silencio, éste es uno de ellos. Los sacerdotes debemos dar tiempo a que los fieles puedan traer a la mente algunos de sus pecados. Incluso no pocos de los

sacerdotes que guardan la pausa, ésta no constituye más que algo testimonial. Resulta tan breve la pausa de muchos sacerdotes que no sirve para recordar ninguna falta.

Durante la pausa no es necesario que rememore todos los pecados de toda mi vida. Bastará con que me recuerde y me duela por lo menos de alguno en concreto, para aplicar sobre él mi petición de perdón. En cada misa, puedo fijarme en un pecado, variándolo de misa en misa, así recorreré la iniquidad de mi alma y podré pedir misericordia respecto a algo determinado. Después, rezo el *yo confieso* pidiendo que esa iniquidad sea deshecha, por lo menos en parte, por la confesión de mi culpa.

Si a la gente se le explica el por qué de ese tiempo de silencio, nadie se quejará, tampoco nadie le va a decir al presbítero: tenemos prisa. Al revés, una vez que se les explica la razón, este momento de pausa se convierte en un momento muy caro a los fieles.

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos.

Sin duda, la petición de perdón se hará proporcionalmente bien a la intensidad con que haya usado del tiempo de pausa.

Si hago bien esta primera parte de la misa, me purificaré para acceder ante la presencia de Dios.

Si me arrepiento en mi casa, se trata de un arrepentimiento personal a solas. Mientras que aquí y ahora hago un arrepentimiento no sólo ante Dios, sino también ante la comunidad. Me reconozco pecador, lo confieso ante los hermanos, ante los ángeles, y pido que me perdone la Divinidad infinitamente santa ante la que voy a officiar como sacerdote.

Que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión.

No hay tiempo ni en la pausa previa, ni durante la recitación de la oración, para recordar los pecados cometidos en cada una de estas cuatro formas. Pero en una misa, puedo recordar los pecados de pensamiento, en otra los de palabra, etc. De forma que las palabras que recito estén dotadas de contenido concreto.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Mis culpas son tan grandes, que no bastan las palabras. Preciso de los gestos (los golpes en el pecho) para manifestar el reconocimiento de mis faltas.

Con estos golpes, dejo claro que soy yo el responsable. Debo entender que cada decisión conlleva una consecuencia. Debo hacerme consciente de que los efectos de mis malas decisiones permanecen en mí, hasta que me purifique.

Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Es la primera mención de la Santísima Virgen María que se hace en la misa. En las misas ordinarias sólo hay dos menciones de ella en la eucaristía diaria: una en los ritos iniciales y otra en el canon. Durante las lecturas y plegarias de la misa, cada vez que se mencione el nombre de María, la Ordenación General del Misal Romano prescribe que se haga una inclinación de cabeza.

**Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
Amén.**

El perdón no se da por supuesto. Se pide que tenga misericordia. Recuerda que el publicano bajo del Templo justificado, y el publicano no. Cuántos sacerdotes, durante siglos, tras rezar esta oración, no quedaron ni mínimamente perdonados, ni del más pequeño pecado.

La misa es como un itinerario hacia la parte más interna de la Morada de Dios. El Templo de Jerusalén estaba dividido en tres partes. Y en la primera parte estaba la gran pila llamada *Mar de Bronce*, con cuya agua se purificaban los sacerdotes antes de officiar los ritos sagrados ante Dios.

Estaba colocada esa pila sobre la representación de doce bueyes, para representar el poder de Dios al perdonar. Esos bueyes simbolizan la fuerza con que Dios perdona. Nuestro pecado hace fuerza para tirar de nosotros hacia abajo, pero no puede compararse con la fuerza de esos doce bueyes que tiran de nosotros para arrancarnos del lodo del pecado.

Sí, la fuerza del buey, como bien sabían los israelitas, es impresionante. Por eso fue escogido ese animal para simbolizar el poder de Dios. Los símbolos del poder divino (esos bueyes) estaban situados como pedestal de la pila del agua de purificación, para simbolizar que Dios perdona con poder. Un buey ya hubiera simbolizado poder. Pero, bajo el símbolo del perdón, Dios colocó no uno, sino doce. También pueden simbolizar esos bueyes a las doce tribus. Es decir, que las doce tribus están bajo la misericordia divina. La Iglesia entera (con

sus nuevas doce tribus) descansa bajo ese mismo perdón que viene de lo alto.

Al igual que los levitas que se lavaban con ese agua de la pila al entrar a officiar, también nosotros comenzamos con los ritos penitenciales. Los ritos de purificación en la misa, si se realizan bien, son una verdadera agua de purificación, aunque esa agua lustral sea invisible e inmaterial. El mismo Jesús lavó los pies de sus discípulos antes de seguir adelante con los ritos de aquella primera eucaristía.

El Mar de Bronce era grande, para simbolizar que inmensa es la misericordia divina. Ese agua siempre es más que nuestra suciedad.

Señor, ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad.

Es tan necesaria la purificación, que la Iglesia nos indica que una vez que hemos pedido perdón, volvamos, de nuevo, a pedir perdón. Y no sólo eso, sino que, además, lo hagamos bajo una serie de seis repeticiones.

Sin duda, ya la primera petición de perdón (la del primer *Señor, ten piedad*) llegó al Trono de Dios. Pero debemos insistir en este afán de lavar nuestra alma antes de penetrar en el interior del Templo.

El Himno del Gloria

El comienzo de este himno fue literalmente cantado, palabra por palabra, por voces ángeles hace dos mil años. El pórtico del himno son palabras angélicas, escuchadas por primera vez por pastores en medio del campo.

En el *Liber Pontificalis* encontramos que fue el Papa Telesforo (128-139) el que ordenó que en el día del Nacimiento de Cristo se celebrasen misas nocturnas y que se recitase este himno angélico antes del Sacrificio. Fue el Papa Simmaco (498-514) el que ordenó que el himno se recitase todos los domingos. Al principio, como se ve, nace como parte integrante de la liturgia navideña. Después, en un segundo momento, pasa a recitarse en ciertas grandes fiestas. Pero, en esa época, era recitado sólo por el obispo en la misa. Después, los sacerdotes pudieron recitarlo durante los domingos de Pascua.

El texto forma parte de la misa (los días que está preceptuado), de forma que no puede cambiarse por otro cantico, aunque sea un canto de glorificación a Dios. Las normas indican que la música puede cambiarse, pero no el texto.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Una vez purificados, esparcimos a la entrada del Templo este himno que es incienso de glorificación. Este himno es incienso. Sobre todo, la primera parte de la primera frase *Gloria a Dios en el cielo*, debe pronunciarse con entusiasmo. No sería conveniente pronunciar esas palabras de un modo aburrido o mortecino. Pues es el cántico exultante de los ángeles, al que nos unimos en la tierra. El modo de pronunciar el comienzo de la frase, debe expresar dicha, alegría por la gloria de Dios.

Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso.

Meditar este himno, línea a línea, sin prisas, en la tranquilidad de la oración personal es algo muy aconsejable. Si el sacerdote lo hace, el himno le resplandecerá ya para siempre con una luz nueva en la liturgia.

Si nos fijamos en su misma primera línea, tras las palabras de los ángeles en el Evangelio, observamos que éste es un cántico de alabanza, bendición, adoración, glorificación y acción de gracias. Este momento del cántico resulta óptimo para recordar a los ángeles cantando en Belén ante el Nacimiento de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada. O a los coros angélicos alabando la grandeza de Dios allá en alto de los Cielos. El himno no debe quedarse sólo en nuestras bocas, debe penetrar en nuestras almas.

Señor, Hijo único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; Tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; Tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros.

A pesar de haber repetido dos veces la petición de perdón justo antes del Himno Angélico, de nuevo (inserto en el acto de glorificación) se pide perdón a Dios otras tres veces. Aunque si antes la petición de perdón tenía un carácter más personal, ahora tiene un carácter más colectivo. Pedimos por los pecados del mundo.

Incluso se puede afirmar que en el *yo confieso*, pido por mis pecados. En el *Señor, ten piedad*, es la comunidad allí reunida la que pide perdón, pues no hay ninguna referencia personal. Y ahora, en el *Gloria*, pedimos expresamente por *el pecado del mundo*.

Porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

El cántico acaba incensando a la Santísima Trinidad, mencionando, una a una, a las Tres Personas.

Cuando se menciona a las tres personas en una sola oración, la liturgia ordena que se haga una inclinación de cabeza.

Oremos

La pausa tras el *oremos*, es el segundo momento de silencio ordenado por las rúbricas. Hay que remarcar el hecho de que no se trata de una pausa potestativa, sino que está ordenada por la liturgia.

El sacerdote, en ese momento, puede pensar: ¿Quién soy yo, para dirigirme a un Dios tan grande, tan santo? No soy digno ni de dirigirme a Él. Debo hacerlo por mi trabajo sacerdotal, pero no soy digno.

Cuando el sacerdote dice *oremos*, evidentemente está invitando a orar. ¿Pero qué otra cosa se estaba haciendo desde que comenzó la misa? Sin embargo, en la liturgia eucarística no todas las oraciones tienen la misma solemnidad. Tres son las grandes oraciones de cada misa que marcan el comienzo, la

mitad y el final de esa liturgia: la oración colecta, la oración sobre las ofrendas y la oración post comunión. Estas oraciones son tres hitos.

El sacerdote debe hacerse consciente de que va a presentar una gran oración ante Dios, una oración que culmina todos esos ritos iniciales.

Resulta muy conveniente hacerse consciente de la presencia de Dios antes de este momento de especial solemnidad. Pues es la primera vez, en esa liturgia, en la que el oficiante va a elevar sus brazos para presentar solemnemente una oración ante el Ser Infinito. El oficiante debe sentir la sacralidad de ese momento.

Qué bello resulta juntar las manos sobre el pecho y decir *oremos* a la comunidad allí congregada, pedir a todos que oremos en silencio en el interior de nuestros corazones.

Oración Colecta

Esta oración se llama *colecta* porque viene del verbo *colligere* que significa *recoger*. Pues el sacerdote dice primero *oremos*, y deja un momento de silencio. Se supone que en ese momento de silencio, cada fiel hace en el silencio de su corazón sus peticiones personales en ese tiempo. Y así la oración colecta recoge todas esas peticiones y las presenta en una sola oración, que es la oración colecta.

Será muy útil que el sacerdote explique en alguna homilía el origen del nombre de esa oración. Pues los fieles con gusto emplearán ese tiempo para hacer sus peticiones, y sentirán que el sacerdote las presenta ante Dios de un modo solemne.

Por lo tanto, el otro sentido de esa pausa de silencio es que se supone que el sacerdote debe dejar tiempo suficiente, para que

los fieles puedan hacer una petición en su corazón. Un tiempo excesivamente breve desvirtúa el sentido de ese silencio tornándolo inútil.

El que el sacerdote eleve sus brazos, es un gesto presente en el sacerdocio de casi todas las culturas mucho antes del cristianismo. El sacerdote habla en nombre de la comunidad. Por eso eleva los brazos hacia Dios, como queriendo decir : estoy aquí, Señor, escúchame. Es como si quisiera atraer la atención desde lo alto. También es como si en sus palmas abiertas sostuviera la oración del pueblo allí congregado.

Una vez más hay que animar al oficiante a extender sus brazos de un modo solemne, pues solemne es la oración conclusiva en la que culminan los ritos iniciales. Todas las plegarias anteriores han constituido como un camino de ascenso hasta llegar a esa oración. No resulta estéticamente bello extender los brazos de manera que apenas si se separan del cuerpo.

Hay sacerdotes que, sin darse cuenta, recitan esta oración de un modo monocorde y aburrido, y con las manos tan juntas que parece que están sujetando en el aire un pequeño acordeón invisible. El sacerdote, por el contrario, debe traer a la mente cómo los hijos de Aarón avanzaban por el atrio hasta el umbral del santuario. Y una vez allí, con orgullo, extendían sus brazos para orar desde el atrio hacia el santuario. Sabiendo que, más allá de ese umbral, moraba la presencia de Dios.

Del mismo modo, el presbítero dirige su súplica a Dios desde el atrio de la misa, atrio que son esos ritos iniciales. Todavía Cristo no está sobre el altar, de forma que dirige su plegaria como mirando a lo lejos la presencia del Nuevo Templo que es el Cuerpo de Cristo.

Conviene que el sacerdote se haga consciente de que está dirigiéndose a Dios Padre. De manera que, al menos, al concluir la oración con la fórmula *por Nuestro Señor Jesucristo...* dirija su mirada a lo alto. Jesús dirigió su mirada a lo alto al dirigirse al Padre en el Padrenuestro. El mismo tenor de la oración colecta lleva a mirar a lo alto en su conclusión levantando la vista del libro.

Hay momentos en que el sacerdote, de forma natural, por el tenor de lo que dice, mirará a pueblo congregado ante él y al que se dirige. Otras veces mirará lo que venera: altar, evangeliario, etc. En otras ocasiones cerrará los ojos para concentrarse en la escucha de la Palabra. Pero otras veces lo lógico será mirar hacia lo alto pues se está dirigiendo al Padre.

Por Jesucristo Nuestro Señor...

En la oración colecta nos hemos dirigido a la Primera Persona de la Santísima Trinidad, pero al acabar nuestra petición recurrimos a la intercesión no sólo de la Segunda Persona, sino de Ésta encarnada. Es como decir, esto te lo pedimos no por nosotros (nosotros no valemos nada), sino por Aquél que sufrió tanto por nosotros y que ahora es nuestro intercesor.

De manera que la fórmula *Por Jesucristo...* viene a significar: nosotros no valemos nada, pero Él sí.

La oración sobre las ofrendas y la oración post comunión son concluidas con esta fórmula intercesora solo que abreviada. Pero ahora, al ser la primera vez que se menciona a Cristo como intercesor, se usa la conclusión más larga y solemne.

Una conclusión que es petición de intercesión y acto de fe en la Trinidad, en que Jesús vive con el Padre, y en su Divinidad.

El Pueblo contesta *Amén*.

Y todo el pueblo dijo: amén. Y alabó a Yahveh (I Cron 16, 36).

Hay que recordar a los participantes el sentido del *amén*, para que sean sus almas, y no sólo los cuerpos, los que se unan de un modo verdadero a las oraciones litúrgicas con esa palabra hebrea.

LITURGIA DE LA PALABRA



De La Imitación de Cristo:

Porque yo siento que dos son las cosas que principalmente necesito en esta vida, sin las cuales no podría soportar sus miserias. Preso en el oscuro calabozo del cuerpo, dos cosas declaro que necesito: alimento y luz. Me diste **tu Cuerpo Sagrado, como alimento del alma y del cuerpo**, para sostener mi debilidad, y pusiste **‘tus palabras como antorcha para mis pasos’** (Sal. 118,115). Sin estas dos cosas no podría vivir: porque **la Palabra de Dios es la luz de mi alma; la Eucaristía, el pan de vida.**

El Misterio Eucarístico nos habla a través de su Liturgia de la Palabra. Jesús nos habla tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La Palabra de Dios forma una unidad en la que aletea la Santísima Trinidad. Cristo nos enseña en los dos testamentos.

En la misa hay dos mesas, la Mesa de la Palabra y la Mesa Eucarística. Dos banquetes, dos alimentos. Hay que alimentarse de ambos.

El sacerdote, precisamente porque se conoce los textos desde hace muchos años, corre el riesgo de limitarse a guardar silencio sin escuchar.

Antes, sólo era el sacerdote oficiante el que leía las lecturas bíblicas de la misa. Ahora los laicos leen las lecturas en la misa, porque el Concilio Vaticano II quería que ellos no sólo estuviesen allí como espectadores de las acciones del sacerdote, sino que también ellos participasen. Por eso ponen voz a la Palabra de Dios.

Cuando el primer lector se dirige a leer la primera lectura, sacerdote debe aprestarse a escuchar lo que Dios tenga que enseñarle en ese momento.

La postura de estar sentado es la postura del estudiante, del discípulo que escucha a su maestro. Dios me va a hablar, Dios me va a enseñar.

Oír no es lo mismo que escuchar. Cuántas veces cuando el lector comienza, nuestra mente no se halla en una situación de verdadera escucha.

Hay sacerdotes que consideran las lecturas como un mero prólogo a su sermón. Las lecturas están bien, pero lo que realmente interesa es mi sermón. Como si lo que realmente le interesara a la gente fuesen sus palabras, que el presbítero considera graciosas o, por el contrario, ardientes. Un párroco que inconscientemente piensa así, no enseñará a sus fieles a escuchar la Palabra. El párroco que escucha la Palabra, enseñará a sus fieles el amor a la escucha de esa Palabra.

El templo de Salomón puede ser entendido místicamente como un símbolo de la liturgia eucarística. Tras habernos purificado en el Mar de Bronce (*yo confieso* y Kyrie Eleison), tras haber incensado desde el atrio hacia el santuario (el Gloria)

y haber abierto los brazos para orar solemnemente en esa dirección (oración colecta), el sacerdote penetra en el santuario. Y lo primero que encuentra al entrar es la luz del candelabro de los siete brazos que representa a la Palabra de Dios que ilumina.

Ese candelabro simboliza la Biblia que con su luz imperecedera, nos ilumina y guía. Siete brazos: el brazo central es el Evangelio de Jesucristo, los tres brazos que le preceden son los escritos de los profetas, los tres brazos que le siguen son los escritos de los Apóstoles.

Dentro del santuario, el candelabro brillaba majestuosamente porque había una cierta penumbra incluso durante el día. Del mismo modo, si cerramos las ventanas de los sentidos, entonces brillará la Palabra en nuestro corazón.

A un lado del candelabro, estaba el altar del incienso. El sacerdote toma de ese incienso, para incensar el Evangelio en esta parte de la liturgia.

La liturgia no sólo es la acción de honrar a Dios, también es escucha. Le honramos escuchándole.

Durante la lectura, el templo se convierte el lugar donde resuena la voz de Dios.

La Palabra de Dios como fuente de gracia.

Vivir de la Palabra, vivir en la Palabra.

Primera lectura

Ayudará imaginarse a Moisés o a Jeremías o a Isaías o cualquier otro profeta enseñando a la comunidad desde el ambón. Uno también puede imaginarse que es Dios directamente el que está contando una historia a la comunidad allí congregada,

como si la voz de Dios viniera directamente desde el cielo y fuera audible por todos en ese lugar sagrado.

Yo abrí la boca, y él me hizo comer el rollo. Y me dijo : Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo, que yo te doy. Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel (Ez 3, 2).

Grande cosa es leer la Ley ante el Pueblo de Dios. Uno puede ver el hambre de escuchar la Palabra que tenían los israelitas al regresar del exilio de Babilonia :

Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la Puerta del Agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahveh había prescrito a Israel (...).

Leyó una parte en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, **desde el alba hasta el mediodía**, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y **los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley**.

El escriba Esdras estaba de pie **sobre un estrado de madera** levantado para esta ocasión (...).

Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo - pues estaba más alto que todo el pueblo - y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie.

Esdras bendijo a Yahveh, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: «¡Amén! ¡Amén!»; e inclinándose se postraron ante Yahveh, rostro en tierra (...) .Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios, **aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura**. Nehemías 8, 1-8

En este texto vemos cómo al Pueblo no le importaba escuchar la Ley del Señor durante varias horas, tenía hambre de Dios. También vemos el ambón prefigurado en ese estrado de madera. Y ahora el presbítero hace lo que hacía entonces el escriba Esdras: aclarar e interpretar las Escrituras.

Palabra de Dios.

El lector debe decir esto como una gran afirmación, con fuerza.

Se trata de una proclamación. Se proclama que lo proferido son palabras que provienen del Todopoderoso Creador del Mundo.

Además, hay que enseñar a los lectores la grandísima conveniencia de dejar una pausa entre el final de la lectura y la enérgica proclamación que exclama *Palabra de Dios* con la fuerza de un acto de fe.

Te alabamos, Señor.

La alabanza debe ser la respuesta de nuestra alma a Dios que nos ha hablado. Para esta respuesta no se convierta en algo frío y mecánico, hay que enseñar a los fieles a orar a través de las respuestas.

A la escucha, sigue una alabanza, porque esta respuesta ya es alabanza. Cierto que es brevísima, sí; pero brevedad no implica que no sea intensa.

Salmo

El salmo es, simultáneamente, lectura y es oración.

Es la respuesta orante de la Palabra de Dios a la misma Palabra de Dios que se acaba de leer.

El salmo es un oasis de oración en medio de las lecturas.

El salmo es el quicio en el que esta parte de la liturgia, gira del Antiguo Testamento al Nuevo. Ciertamente los salmos forman parte del Antiguo Testamento. Pero en ellos está presente tanto la dureza de lo antiguo respecto a los enemigos, como el amor y el misticismo que se revelará plenamente en el Nuevo. Por eso son como la transición entre los dos testamentos.

Los salmos son el pensamiento de Cristo. Todos ellos juntos nos desvelan los pensamientos de Jesús, su oración al Padre. El evangelio nos ofrece la historia de Jesús, pero los salmos expresan su psicología, sus sentimientos.

Cada vez que se habla de los enemigos en los salmos, debemos pensar en los enemigos del alma. Nuestros únicos enemigos son el mundo, el demonio y la carne.

Los salmos fueron compuestos por Dios para ser, al mismo tiempo, palabra suya y oración. Es una parte de la Biblia con una finalidad concreta: ser un modo de orar, de hablar y de escuchar. En ellos escuchamos a Dios y hablamos a Dios.

En los salmos se escucha, a veces, la voz de Cristo a su Padre, la expresión de sus más íntimos sentimientos filiales. En este sentido, Ildefonso Schuster decía que hay un evangelio de la vida de Cristo, escrito por los cuatro evangelistas, y un evangelio de su corazón: los salmos.

La antífona del salmo

La antífona casi siempre está tomada de la Escritura, es un versículo escogido para responder al salmo. Porque la palabra griega *antifonon* está formada con unión de las palabras *anti* (opuesta) + *fone* (voz), de ahí que se podría traducir como *la voz que responde*.

La lectura del salmo y su antífona que se repite forman una unidad. Dios habla (en el salmo) y el Pueblo le contesta (con la antífona); y la misma antífona es parte de la Palabra de Dios. Es decir, se produce un diálogo entre Dios y los hombres. Un diálogo que es un eco: la Escritura habla (en el salmo), y la Escritura le contesta (con la antífona).

Si la antífona del salmo se canta, se añade el perfume de la música al texto. Pero el canto debe ayudar a la oración. En no pocas iglesias, la música de las antífonas tiene un tono bastante parece profano que no ofrece ninguna impresión de sacralidad.

Segunda Lectura

En la segunda lectura puede uno imaginarse a San Pablo, o a San Juan o a San Pedro u otro de los Apóstoles dirigiéndose a los presentes.

Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré. Y fue en mi boca dulce como la miel ; pero, cuando lo comí, se me amargaron las entrañas (Ap 10, 10).

El Antiguo Testamento nos enseña la bendición de Dios en las cosas materiales, como resultado de la obediencia a sus leyes, por eso Ezequiel nos habla sólo de su dulzura. El Nuevo Testamento nos enseña el valor de la cruz, de la ascesis, por eso San Juan nos habla de la corona de espinas que conlleva la escucha de la Palabra.

Es bueno que en la liturgia de la Palabra intervengan tres lectores, para así manifestar mejor que en esa parte de la misa es la asamblea la que participa. A estos tres lectores, se les pueden añadir dos cantores más para la antífona y el aleluya. Así cada lectura y antífona tiene su voz propia.

La lectura de San Pablo u otro Apóstol no va detrás del Evangelio, porque así esta parte de la misa ofrece una progresión, una ascensión. Y eso sin contar con que las cartas paulinas son varios años anteriores a la redacción final de los Evangelios.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

De nuevo, la proclamación de que entre nosotros está su Palabra, y de nuevo afirmamos que la escucha se ha transformado en alabanza. La escucha se torna alabanza.

Aleluya

Es el cántico que resuena desde su resurrección. Como si los ecos angélicos y humanos todavía continuaran desde entonces.

Si en la Liturgia de la Palabra, repasamos la historia de la Salvación, en este momento, litúrgicamente, revivimos el momento de la Resurrección. Cristo ha resucitado y le vamos a escuchar.

El aleluya est también el cántico de exultación con que recibimos la presencia de Jesús en su Evangelio.

La misma palabra *aleluya* es como si contuviese la esencia del Antiguo y el Nuevo Testamento. Pues el nombre de Yahvéh está contenido en esa palabra de forma abreviada. Y así, al mismo tiempo que el Nombre del Dios de Moisés se menciona, se canta para anunciar la Resurrección. Es una palabra que contiene la verdad de la fe en el Dios de Moisés que le habló en la zarza ardiente, y al mismo tiempo contiene la alegría de la Resurrección.

El canto del aleluya engarza dentro de sí un versículo de las Escrituras. Como si ese versículo fuera una joya. Y así esa antífona es alabanza que vamos a dar a Dios por su Santo Evangelio. Y qué mejor alabanza para preceder al Evangelio que la misma Palabra de Dios. El aleluya es alabanza, alegría que incienso espiritualmente el ambiente en el que va resonar la voz de Jesús.

En cuanto comienza el aleluya, toda la congregación se pone en pie porque está exultante. Los alumnos que estaban sentados se ponen de pie con alegría ante el Maestro que viene a hablarles directamente, sin la intermediación de profetas o apóstoles.

Inclinación del sacerdote ante el altar

De nuevo, la liturgia preceptúa una inclinación profunda. Cuando tu cuerpo se incline profundamente que también tu alma se incline profundamente.

Si la primera inclinación, al comienzo de la misa, es de reverencia. La segunda es también de reverencia pero con un sentido imprecatorio. Se le pide a Dios que uno anuncie dignamente el Evangelio. El sentido queda claro por la fórmula que el sacerdote pronuncia de forma secreta:

Munda cor meum ac labia mea, omnipotens Deus, ut sanctum Evangelium tuum digne valeam nuntiare.

La fórmula debe pronunciarse, no decirse mentalmente; ésa es la tradición. Además, la liturgia no impera hacer oraciones en el interior de la mente, sino pronunciar fórmulas. La fórmula debe pronunciarse, pero en voz baja. Se trata de una fórmula para el sacerdote, no para la comunidad. El presbítero pide para

sí, para su propia alma, como en todas las fórmulas secretas que indica el misal.

Algunos sacerdotes dicen en voz más baja, pero audible para todos, estas fórmulas secretas. Es un error. El ritual quiere que el pueblo fiel observe que el sacerdote ora para sí.

Pero lo más frecuente es observar que el ministro se inclina e inmediatamente se levanta, sin que tenga materialmente tiempo de pronunciar la fórmula. La oración secreta ha de ser dicha sin prisas.

Ésta oración secreta hace referencia a la dignidad del anuncio. Ya que no hay que dar por descontado que se hará dignamente. El anuncio de la Buena Nueva es algo tan grandioso que debemos purificarnos, pues a eso hace referencia esta oración personal. Y la dignidad de nuestro anuncio depende de la purificación, de nuestra preparación.

El Señor esté con vosotros.

De nuevo se nos recuerda que el fin de la lectura de ese texto, es que Dios esté en nuestra alma. Al comienzo de la misa, se pedía la presencia divina presencia antes de comenzar a purificarnos. Ahora pedimos su presencia para escuchar el anuncio de las cosas santas que sucedieron hace dos mil años.

Curiosamente, cuando se dice *el Señor esté con vosotros* antes del Evangelio, la rúbrica no indica que se extiendan los brazos. Por eso debe hacerse con las manos juntas sobre el pecho. Tampoco hay una razón especial para no extender las manos, pero las rúbricas deben ser obedecidas escrupulosamente. Los ritos deben ser realizados de forma fiel,

sin cambiar ni añadir nada. Pues estamos inmersos en la liturgia, no en nuestra liturgia.

Y con tu espíritu.

Otra vez, la comunidad pide por su ministro. Pide que Dios esté con su ministro. Qué necesario resulta esto. ¡Si nosotros los presbíteros fuésemos conscientes de que esto lo escuchamos cuatro veces en cada misa, trataríamos de que nuestro espíritu estuviera más con el Señor!

Tenemos que estar con Él, porque estamos inmersos en una liturgia que transforma.

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo.

El Evangelio es algo tan santo, que el aleluya es el pequeño atrio que le precede. Y la pronunciación solemne de *Lectura del Santo Evangelio según...* es la puerta que se abre majestuosamente y por la que entramos a esta parte del Templo donde resuena eternamente la Voz de Jesús.

Los presentes se ponen en pie para recibir a Jesús que les va a hablar. El obispo se descubre quitándose la mitra. El Evangeliario va del altar al ambón mostrando la unión que existe entre el altar y el ambón.

El laico no lee el evangelio, porque el clérigo representa a Cristo. Esa parte de la Biblia es algo tan sagrado que deben ser los labios del consagrado con el sacramento del orden los que lo proclamen.

No es que a nosotros nos llegue el Evangelio, sino que somos nosotros los que somos introducidos en las escenas que

tuvieron lugar hace dos milenios. En ese sentido, si estamos concentrados, somos nosotros los que entramos.

La Liturgia de la Palabra es un breve y ameno recorrido a través de las Escrituras, y así este peregrinaje culmina en Cristo mismo. Como si la Liturgia de la Palabra fuera una parte de ese Templo de Jerusalén con cinco salas: Antiguo Testamento, salmo, Nuevo Testamento, la antecámara del versículo del aleluya y, por fin, el Evangelio.

Ésta es la sala más profunda del recorrido de la Liturgia de la Palabra. El Evangelio es el corazón de la Biblia. Si la Biblia es el templo donde mora la Voz de Dios en todas sus salas, atrios y pasajes, el Evangelio es su *sancta sanctorum*. Toda las Escrituras están rodeando esta cámara interior.

En ese habitáculo interno, tras el velo de la Encarnación, es donde se hallan contenidas las mismísimas palabras de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad hecha hombre. Ninguna otra palabra se puede comparar a ésta.

Antes habíamos escuchado a Dios a través de profetas, después le escucharemos hablando a través de Apóstoles, pero aquí se le escucha hablar directamente. Cuando Jesús habla, Dios mismo habla. Yahveh Sebaot está hablando sin intermediaciones. Por eso el Evangelio es la tierra más santa de esa tierra santa que es el libro de las Santas Escrituras.

La lectura del Evangelio durante la misa es como vivir la escena en la que vemos a Jesús en Cafarnaúm cuando el Evangelio dice: *Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro, se sentó (...) y comenzó a decirles...* ¿Por qué es la misma escena? Porque después de haber leído el rollo de la Antigua Ley, pasamos a escuchar a Jesús. Pero recordemos que es la misma voz del Galileo la que nos lee el rollo de la Antigua Ley.

Es Jesús quien nos lee a Moisés o a Ezequiel, es Jesús el que nos lee a Pablo o a Pedro. Pero ahora tras leernos sus Escrituras, nos va hablar directamente como Maestro, como amigo, o nos va a hablar con sus obras.

El sacerdote signa el Evangelio

Es un acto de bendición. El texto ya de por sí es sagrado, pero el sacerdote lo bendice para que produzca más efecto en los que lo escuchan.

Después se bendice a sí mismo en la frente, los labios y el corazón. Los fieles se marcan esas partes. Pero el sacerdote por el poder que tiene, realmente se bendice si así quiere hacerlo. Es decir, se produce un efecto espiritual.

Se produce ese efecto en la medida que lo hace con fe. Si se hace sin prestar ninguna atención, maquinalmente, de forma distraída, Dios no tiene por qué conceder ninguna gracia al sacerdote en ese acto de bendecir estas tres partes de su cuerpo. Pero si se hace con fe y devoción, el acto siempre produce un efecto espiritual. Siempre vendrá una gracia en ese mismo momento, aun antes de escuchar las palabras de Jesús.

Frente: El sacerdote se bendice la frente, para que el Evangelio penetre en su mente, en sus pensamientos, para que quede ese mensaje en su recuerdo y lo paladee durante el día, y esas palabras de su mente se transformen en vida.

Labios: Bendice sus labios para purificarlos de todas las murmuraciones y faltas de caridad que haya cometido con esos mismos labios. Los bendice para purificarlos, pero también para santificarlos ya que por ellos van a pasar las palabras santas del Redentor.

Corazón: El sacerdote no bendice todo su pecho, sino que el gesto es sobre su corazón, para que el mensaje del Mesías penetre en su querer, en sus sentimientos. Bendice esa parte de su cuerpo porque Jesús dijo que *es de dentro, del corazón humano, de donde vienen las malas intenciones: la fornicación, el robo, el asesinato, el adulterio, la avaricia...* (Mc 7, 21).

Los fieles no se bendicen a sí mismos, pues no tienen ese poder. Al persignarse, es sólo como si se marcaran, como si pidieran esas cosas a Dios. El sacerdote puede simplemente marcarse como un fiel si no tiene intención de bendecirse. Pero si tiene intención, él tiene el poder de bendecir con sus manos.

Hay que notar que esta señal de la cruz es de persignación. Es decir, el dedo no da saltos, sino que marca una línea continua sobre el cuerpo. Al hacerse la señal de la cruz, no es lo mismo signarse que persignarse. Uno se signa en la señal de la cruz simple en la que la mano sí que salta de un punto a otro. Mientras que uno al persignarse, en esta señal de la cruz más solemne y formada por tres cruces, la mano forma una línea continua.

El sacerdote puede entender este acto con un simbolismo muy bonito, que consiste en pensar que su pulgar al persignar el texto de los Evangelios entra en contacto con la santidad de las palabras que salieron de la boca de Jesús. Y que esas palabras sagradas son como un óleo santo con el que se signa la frente, boca y corazón.

Se da comienzo a la lectura del Evangelio

A Jesús le escuchamos de pie como señal de respeto. Estar de pie nos recuerda a las multitudes que en plazas y pueblos se agolpaban para escucharle.

Podemos imaginarnos con todo de detalle la escena que escuchamos, metiéndonos en esa composición de lugar como un protagonista que está allí presente. O podemos imaginar que Jesús de Nazaret está en medio de nosotros enseñándonos desde el ambón, como lo hacía cuando estaba en la sinagoga. Escuchar el Evangelio como si Jesús mismo nos lo estuviera leyendo en el ambón, cambia totalmente nuestra escucha.

Hay que luchar contra la rutina que, de forma natural, viene al oír un texto muy conocido. Hay que decirse a sí mismo que se va a escuchar aquello, como si fuera la primera vez.

San Pablo escribe: “Por Dios me ha sido dada la gracia de ser ministro de Cristo Jesús entre los pueblos, ministrando el Evangelio de Dios, a fin de que las ofrendas de las naciones sean agradables, santificadas por el Espíritu Santo” (Rom. 15, 15-16). Lo que más me interesa recalcar de este texto es que *ministra el Evangelio de Dios*.

La palabra que usa en griego para decir que “ministra” es *hierourgounta*, del verbo “hierourgeo”. *Hierourgeo* significa “hacer el trabajo del templo, ofrecer ofrendas”. El verbo griego proviene de *hieron* (templo) y *ergón* (trabajo). Lo que quiere decir, por tanto, San Pablo es que los sacerdotes del antiguo templo ministraban con ovejas y otros sacrificios, pero que él ministra el anuncio de las palabras de Jesús como si ellas fueran cosas tan santas como las que manejaban los levitas en el Templo.

Palabra del Señor.

La proclamación del sacerdote al acabar es distinta a las proclamaciones de las dos lecturas anteriores (Palabra de Dios frente a Palabra del Señor), como también lo es la contestación del pueblo fiel, porque la Palabra escuchada es la parte más noble de la Escritura, son las palabras que salieron directamente de los labios de Jesús.

Cierto que Jesús habló en arameo, pero Dios se encargó de que la traducción fuese completamente fiel. Pudo haber más frases en una parábola, por ejemplo, e incluso más palabras en algunas frases: pero Jesús dijo exactamente eso. El texto del que

Dios es autor es el texto griego que nos ha llegado, porque así lo ha querido Dios.

También a Moisés le habló directamente Dios, y sus palabras fueron consignadas con toda fidelidad. Pero aquellas palabras estaban preparando el Evangelio, eran un camino hacia el Mesías. El Evangelio es el centro de la Biblia. Lo que sigue después en el Nuevo Testamento es explicación, glosa, profundización del Evangelio.

Acabada la lectura, antes de proclamar *Palabra de Señor*, conviene que el sacerdote guarde una pausa de silencio. Esa pausa es conveniente también al final de la primera y segunda lectura.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Y, de nuevo, la escucha tiene que convertirse en glorificación. En la Liturgia de la Palabra, tres veces la escucha se transforma en alabanza y gloria.

Cuando la liturgia nos repite algo, es que quiere insistir para que entendamos algo. Si no fuera así, hubiera bastado con decir esa contestación sólo al final del Evangelio. Pero la Iglesia quiere que repitamos esto tres veces.

Palabra de Dios.
Te alabamos, Señor.

Palabra de Dios.
Te alabamos, Señor.

Palabra del Señor.
Gloria a ti, Señor Jesús.

Las tres son proclamaciones que son actos de fe en la Biblia, pero se en ellas una ascensión. Al principio nos referimos a Dios que es Señor, pero al final proclamamos que ese Kyrios es Jesús de Nazaret. El Kyrios ha venido en persona a su viña y ha hablado a sus viñadores.

Ósculo del Evangelio.

Nuestros labios impuros besan sus santas palabras.

Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar y tocó mi boca diciendo. Como esto ha tocado tus labios, se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado (Is 6, 6-8).

Oración Secreta

El sacerdote pronuncia en voz baja: *Per evangelica dicta, deleantur nostra delicta.*

La tradición es dar el ósculo justo en mitad de la recitación oración secreta, como si ese beso estuviera rodeado por esa oración.

El haber proclamado el Evangelio verdaderamente nos purifica.

La mera proclamación, el contacto con esas palabras sagradas, nos limpia el alma.

Homilía

En Isaías, justo después de que el profeta haya sido purificado en sus labios, el versículo siguiente dice:

“Y percibí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá de nuestra parte?” Dije: “Yo mismo; envíame”. Respondió: Ve y di a este pueblo” (Is 6, 8).

Y en libro de Ezequiel hay una escena parecidísima, en la que el profeta tras comer el rollo que le tendió una mano:

Entonces me dijo: Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras (Ez 3, 4).

Es decir, el hombre de Dios debería predicar únicamente después de purificar sus labios y tras comer el rollo de la palabra divina. Purificación y *lectio*, sin ellas la homilía son palabras humanas, más o menos entretenidas, pero sin sabiduría celestial.

La santidad de esas páginas del Evangelio es tal, que debemos evitar el golpear el libro cuando estamos hablando apasionadamente durante el sermón. Cuando hacemos así, estamos siendo inconscientes de que lo hemos besado como algo santo. Y es que algunos sacerdotes golpean lo que tienen delante para reforzar lo que están diciendo, olvidando la santidad del libro. Debemos evitar eso, o colocar las manos como si tal cosa sobre él, menos todavía en verano si están sudadas.

Por incompetente, pecador e indigno que sea el predicador, el fiel debe decirse a sí mismo: Jesús me va a hablar a través de este sacerdote ahora. Si hace tal acto de fe, Jesús le hablará en algún momento de la homilía. Y esas pocas palabras le edificarán y darán más fervor que si hubiera escuchado un largo y óptimo sermón. Pues en la escucha de las palabras que nos hablan de Dios, no es la cantidad, sino la fuerza de la gracia lo que edifica.

El sacerdote dando un sermón, debería ser Jesús explicando las Escrituras. No debe sentirse como el que da un gran discurso, sino que debería sentirse como uno de los primitivos presbíteros hablando con sencillez y unción a una pequeña comunidad de

los primeros siglos. El predicador no debe sentirse como el catedrático que despliega una lección en una universidad, sino como un padre que explica las cosas de Dios a sus hijos.

Evite el sacerdote excusar la preparación del sermón con el pensamiento de que sabe improvisar muy bien. Cuando no se prepara la homilía, el único que no se da cuenta de que se repite, es el mismo predicador.

Difícilmente hallaremos un sacerdote que crea que predica mal. Todos los predicadores creen estar dotados de alguna notable virtud para esta tarea, al menos la de la amenidad o la de la humanidad; eso creen.

Si el sacerdote se ha tomado su tiempo investigando acerca del texto, leyendo a los Santos Padres, buscando en los libros de teología, escudriñando en los comentarios, podrá transmitir con gozo lo que él ha hallado en esa búsqueda personal. La transmisión de ese gozo se percibe. La homilía debería ser la semanal felicidad de transmitir a los fieles lo que uno ha descubierto en el texto.

La homilia debe suponer el acto de compartir la alegría de los descubrimientos hallados. La homilía debe ser siempre nueva, siempre radiante, el resultado de una búsqueda personal. De un tesoro enterrado que se ha hallado.

Aunque el sacerdote predique como los ángeles, la gente se comienza a distraer tras diez minutos. Eso ocurre con independencia de la calidad del sermón. La gente se distrae tras diez minutos, aunque estuviera escuchando a San Ambrosio o San Juan Crisóstomo. Es mejor condensar. Ofrecer el perfume de la predicación en un frasco pequeño.

No te engañes a ti mismo, los instruidos que desearán una predicación más larga, siempre serán un grupo reducido entre los presentes.

Cuando predique otro sacerdote, mira a las caras de los allí congregados. Los signos de la distracción, en realidad, comienzan antes de los diez minutos. Y si uno continúa, comenzarán a aparecer los signos del tedio. El único ciego a esta realidad es el esforzado predicador. Insisto, cuando predique otro, examina los rostros cuidadosamente. Esos rostros hablan con claridad si uno sabe leerlos.

La predicación no es una clase de teología, no debe ser un despliegue de erudición, sino que son palabras que deben llevar a la vida. Es un padre que habla a sus hijos allí congregados en torno a la mesa de la cena pascual. Por eso no se entiende por qué algunos predicadores han identificado predicar bien con gritar mucho. Hoy día con la megafonía se puede hablar con afabilidad. Qué distinto es un sermón afable, agradable, lleno de amor y optimismo, de un sermón a gritos, enfadado, en el que se muestra que todo está mal. Si analizamos la temática de los sermones, nos podríamos preguntar si predicamos el Bien o el Mal.

Las bromas están bien en los sermones, pero tampoco hay que pasarse con el prurito de querer ser muy gracioso en los sermones. El sermón no puede convertirse una serie de chistes. Qué simpático soy, debe pensar el sacerdote que deja el ambón habiendo contado una retahila de cosas graciosas. Otros dejan el ambón pensando: qué fuerza tengo, o qué humano soy, o cuántas anécdotas pongo en mis sermones, no como otros.

Mal predica el predicador que siempre está enfadado en el ambón, que siempre grita, que siempre habla de lo mal que está el mundo, que siempre habla del pecado. Hay que hablar de lo

positivo. Y, sobre todo, de Dios. Cuanto más hable de Dios el pastor, mucho mejor. La gente desea conocer a Dios, el Misterio de Dios.

En la homilía, hay que esforzarse por comentar las Escrituras, en vez de ofrecer un discurso humano. Hay homilías que son discursos humanos acerca de temas religiosos.

Yo, durante años, desde que me ordené hasta mucho después, al llegar al sermón, hablaba de lo que quería: temas morales, históricos, teológicos. Sólo después de mi doctorado en Roma, descubrí el placer que era leer ese texto en la lengua original, o ver qué habían dicho otros autores acerca de ese pasaje, o buscar con qué otros textos de la Escritura estaba conectado. Después esos datos debía sintetizarlos en diez minutos. Diez minutos que no debían ser una clase de teología. Diez minutos que debían ser entendidos por todos los presentes. El proceso de buscar, rumiar, asimilar y condensar todo, era un proceso placentero. El fruto de ese placer era la homilía.

Y si uno transmite con placer, los fieles lo captan. Qué distintas esas homilías de mi madurez como sacerdote, a aquellas primeras en que predicar bien tenía que ser reñir a la gente por sus pecados, gritar, gesticular. Necesité muchos años para entender que debía hablar como un padre habla a sus hijos, con la serenidad de un padre que les explica algunas cosas, con ese carácter apacible, sin prisas.

Comprendí que lo importante era el contenido, que sin querer, hasta entonces, me había repetido mucho. Desde entonces, siempre prediqué con el reloj delante de mí en el ambón. Debían ser diez minutos, ni uno más. Ese límite temporal me obligaba a sintetizar. Recuérdalo que es muy importante: no importa lo bien que hables, la gente se despista tras diez minutos. Los predicadores piensan: hablaré tan bien,

que nadie se despistar , aunque me pase del tiempo. Cándida ilusión.

También me impuse un límite temático a mi predicación: había que predicar del texto bíblico leído y sólo de eso. El texto no podía ser una excusa para hablar de otro tema. El objeto de la predicación, me dije, tiene que ser la Palabra de Dios que había leído. Puedo hablar de las conexiones de este texto con otros textos bíblicos, o lo que han dicho de ese texto otros autores teológicos o espirituales. Pero no debo usar el texto sagrado proclamado como un mero trampolín para saltar al tema que me apetezca. Eso se puede hacer alguna vez, pero no siempre. Lo razonable es predicar acerca de lo proclamado.

Lo que s  que se puede también hacer algunas veces, es predicar de un texto bíblico que hayamos leído esa semana y que nos haya impactado notablemente. Si ese texto lo hemos rumiado durante varios días, se va a notar en el sermón sin hacer ningún esfuerzo, sin recurrir a ninguna figura retórica.

Lo cierto es que con los años mi predicación se volvió cada vez más bíblica, cada vez más breve. Mis palabras se convirtieron en una glosa a la Escritura. Dej  de brillar yo y dej  que fuera la Palabra la que brillara.

Pero alguien de aspecto humano me tocó los labios (Dan 10, 16). Dios no va a tocarte los labios por las buenas, mientras est s tumbado en tu sof  viendo la televisión. Tocar  tus labios en la oración alimentada por la lectura. Eso, unido al estudio personal semanal de la Ciencia de Dios, es lo que hace que uno sea tocado en los labios.

Los  ngeles no van tocando los labios de los predicadores perezosos. Si lo hicieran, ellos pensarían: *El campo da fruto, no hace falta trabajarlo. Quizá aquellos con menos facilidad de*

palabra, tengan que esforzarse más. Por eso Dios no premia la pereza. Aunque, eso sí, muchos perezosos viven muy engañados acerca del valor de sus prédicas. Busca, trabaja, lee, esfuérzate y predicarás mejor porque Dios te ayudará.

Puedes hablarme, Señor, pues me has devuelto las fuerzas (Dan 10, 19). Medita acerca de la relación entre conversión, escucha y predicación.

Gracias sean dadas a Dios (...) que por nuestro medio difundo en todas partes el olor de su conocimiento (2 Cor 2, 14). Ojalá que difundas ese olor. Extender el conocimiento de Dios entre los hombres es la razón de ser tienen tus predicaciones. La explicación de la Palabra es para que brille la Palabra, no su pregonero.

Porque Dios que dijo “que brille la luz en la oscuridad”, hizo que su luz brillara en nuestros corazones con la irradiación del conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. (2 Cor 4, 6). El predicador en sus sermones en vez de regañar a los que han venido a misa, debe comunicar la irradiación del conocimiento de la gloria de Dios. Esto sí que es un sermón positivo, que llena de esperanza.

El presbítero debe buscar en la oración esa irradiación de la faz de Cristo. Debe colocarse ante esa irradiación para comunicar esa luz. La oración mental, la *lectio* de autores espirituales, la lectura personal de las Escrituras, la profundización en la teología nos llevará al conocimiento de su gloria. En verdad que hay no pocos predicadores que hace muchos años que ya no predicán acerca de la gloria de Dios, todo se ha reducido a la moral y lo mal que está todo.

Entendida así la labor de predicar, qué grandiosa resulta. Y qué triste es sólo predicar de pecados y contra los pecadores, riñendo. Qué deformación de esta bellísima tarea.

Predica sobre la gloria de Dios. La cual la encontrarás en tu oración estando con Jesús. Mira su rostro. Hay que predicar más acerca de Dios.

Una vez, un feligrés al salir de una misa de confirmación dijo que el celebrante le caía bien *pese a la larguísima homilía, prehomilía y subhomilía*. Y, en verdad, que hay predicadores que crean una homilía a partir de una veintena de elementos yuxtapuestos que no conforman ninguna unidad. De esta manera, la homilía se alarga mucho o demasiado según vayan viniendo a la mente esos elementos desconexos que, en el fondo, son lugares comunes.

Todos hemos conocido sermones que parece que van a aterrizar, pero que en el último momento cobran velocidad, seguridad en sí mismos y levantan el vuelo de nuevo. He estado de oyente en sermones con tres y hasta cuatro aterrizajes abortados *in extremis*. Finales ya presentidos por todos los presentes que vieron con desesperanza como una nueva idea volvía a iluminar la capacidad de improvisación de su viejo párroco.

Recuerdo a un colega que cuando iba a acabar iba bajando progresivamente la voz y las palabras surgían con más lentitud. Era entonces cuando se producía el aterrizaje suave y relajado. Pero había momentos así en los que cuando se le ocurría algo justo al final, justo ya antes de acabar, abría los ojos, levantaba la voz y hablaba velozmente, entusiasmado ante lo que acababa de descubrir en su mente. Los signos del aterrizaje eran conocidos ya por todos; y la desilusión por la prórroga homilética era siempre general. Todo lo contrario del párroco de

esa iglesia, que era de carácter muy serio, pero conciso e iba al grano.

Pero lo peor es cuando un predicador no sabe como acabar un sermón y lo alarga en busca de ese pensamiento final, que a veces se hace rogar. De entre todos, éste es el que más pone a prueba la paciencia de todos: el que no sabe cómo acabar. Y este tipo de sacerdotes, a menudo, he visto como acababan su sermón como el que saca una cimitarra, la agarra con las dos manos y corta su sermón de un tajo seco. Los finales de los sermones de un cura determinado casi asustaban, porque le estabas escuchando tranquilamente y, de pronto, los cortaba como el que corta el cuello de un pavo. Ni siquiera cinco segundos antes algo hacía preveer que iba a producirse la muerte súbita del pavo.

Todo esto es fruto de la improvisación, del párroco que no ha ido puliendo su arte con los años. Después, cuando le llegan críticas negativas al predicador, éste se limita a menear la cabeza diciendo: *Es que no hay amor de Dios.*

Querido predicador, no estás diciendo tu homilía a un grupo de santos, sino a las ovejas concretas que te han sido confiadas. Son ellas las que tienen que tener hambre de tus palabras. Tu homilía no es predicada para aparecer en un libro de bonita cubierta bajo el título de *Antología*. El único fin que tiene tu homilía es el bien de las almas, si no lo logras debes replantearte las cosas. Y el que tus homilías no les gusten a tus feligreses, no es precisamente un buen signo.

En algunas iglesias, además, hay que lamentar moniciones que, en el fondo, son otras pequeñas homilías. Moniciones que más bien deberían llamarse microsermones. Y esos áridos microsermones sí que están carentes de cualquier gracia por pequeña que sean.

Pero por el otro lado están los predicadores que siempre querrías escucharles más. Esos sacerdotes venerables cuya boca es un manantial de aguas bíblicas, verdaderos hombres de Dios cuyos labios son como los de un gran patriarca de los primeros siglos del cristianismo. De verdad que no exagero, daba la sensación de estar escuchando a un Pablo o un Pedro o a uno de los más grandes rabís del antiguo Israel. Se les escucha con gusto, con provecho espiritual y siempre el mismo lamento: ojalá hubiera hablado más.

He conocido ese tipo sabio santo y humilde al que se le imploraba más predicaciones y más tiempo. Y alguno predicaba incluso cada día, pero a la gente siempre les parecía poco. Las palabras de estos grandes pastores son alimento y delicia, profundizan en los abismos de la Palabra y, al mismo tiempo, te transmiten el deseo de cambiar y mejorar. Es el Altísimo el que ha colocado entre nosotros esos oasis. Ellos son dones de Dios que Él ha diseminado por el mundo y que debemos agradecer.

Credo

Tras la escucha de las Escrituras y su comentario (el sermón), viene la afirmación gozosa de los artículos de fe en los que creemos. Es decir, el Credo es la respuesta final a la Palabra.

El gran acto de fe del Credo es la conclusión a todo lo escuchado antes, a todo lo proclamado, hasta ahora, en la Liturgia de la Palabra.

El Credo no es Palabra de Dios, sino construcción teológica de la Iglesia. Por eso el Credo también simboliza el Magisterio. Tras la Palabra de Dios, viene el Magisterio de la Iglesia. Entendida así, la liturgia es un verdadero recorrido por la Historia de la Salvación que conecta con la Historia de la Iglesia.

En el momento en que declaramos nuestra fe en la Encarnación, el sacerdote y la comunidad hacen una inclinación profunda.

Oración de los fieles

La asamblea ha escuchado y ahora la asamblea participa orando. Es decir, tras escuchar a Dios, nos tomamos un tiempo para orar por las necesidades de los demás.

Oramos por la Iglesia, por el mundo, por la comunidad a la que pertenecemos. Es un momento para no ser egoistas y pedir únicamente por nuestras cosas, sino para preocuparnos por el bien de los otros. Es muy adecuado que se haga esto después de la escucha de la Palabra; pues tras la escucha, la caridad.

Debe evitarse colocar el libro de preces encima de las santas páginas abiertas del Evangelio. Si se lee en el mismo sitio, deben cerrarse las páginas del primer libro y retirarlo.

Si en el ambón no hay espacio para retirar el leccionario, hay que disponer de acólitos que puedan ayudar a hacer esta operación de forma digna. Los ministros están para cosas así: retiran y traen cosas. Dejarlo todo sobre el atril del ambón es un error. He visto atriles donde estaba el libro de preces sobre el leccionario, rodeado de hojas de cantos y cuartillas con avisos. En el ambón debe estar sólo y únicamente la Palabra. Si se va a leer otro libro desde allí, debe retirarse el leccionario.

El Concilio Vaticano II quiso felizmente recuperar esta antigua práctica de la Iglesia Primitiva de la oración de los fieles. Ya en el siglo II, antes del ofertorio había una gran oración intercesoria en la que participaban todos los fieles. San Justino las llama *orationes communes*. Tertuliano las designa con el término

petitiones. El papa Félix III es quien la llama por primera vez *oración de los fieles*. En la liturgia de Roma, así como en África, siempre su lugar litúrgico estuvo situado inmediatamente antes del ofertorio así.

Es muy conveniente que el sacerdote no lea las preces, para que se vea que los laicos ponen voz a las peticiones de la comunidad en este momento.

Incluso lo ideal es que las peticiones sean elaboradas por los fieles. Es decir, que esas preces sean la voz de la comunidad que quiere pedir a Dios. Por eso se llama “oración de los fieles”. En el resto de la liturgia, es el sacerdote el que ora en nombre de todos. Pero en este momento es el Pueblo Fiel el que presenta las necesidades con su propia voz. Siempre habrá algún feligrés que estará encantado de realizar esta tarea cada semana.

El sacerdote deberá evitar cosas improcedentes en esas peticiones. Hay laicos que tienen muchos deseos de dar sermones con la excusa de las peticiones, convirtiendo cada petición en un minisermón. Otros, con falta de prudencia, pueden incluir temas conflictivos; la política ofrece múltiples posibilidades de peticiones improcedentes. Las peticiones deben ser algo en lo que los congregados puedan unirse sin reticencias. Un laico tiene perfecto derecho a no unirse en pedir por un tema opinable con el que no está de acuerdo; y eso no deben ser las peticiones.

Pongo varios ejemplos de peticiones improcedentes. No se puede pedir *por nuestro país, para que abra sus fronteras a todos los inmigrantes*. Porque el asunto de si un país debe abrirse de forma irrestricta a toda inmigración, es un tema opinable.

No se puede pedir *para que nuestro presidente no imponga un sistema sanitario en toda la nación*, porque si debe existir o no un sistema nacional de salud es un asunto el que caben distintas

opiniones. Los ejemplos podrían continuar interminables. La política es un tema que debe ser enteramente excluido de las asambleas litúrgicas y no sólo de las preces.

Teniendo que predicar acerca de toda la Palabra de Dios, de todas las historias que se contienen, de las enseñanzas de todos sus libros con todos sus versículos, nadie nos manda que prediquemos sobre asuntos en los que un fiel con toda razón podría decirnos: no estoy de acuerdo. Si el gobernante hace algo incorrecto contra la Iglesia o la moral, podemos mencionarlo, pero rápidamente debemos estar deseando volver a las aguas bíblicas que son nuestro elemento.

Es recomendable que las preces, bien elaboradas por los fieles, sean siempre algo nuevo, conciso y fresco. Las súplicas deben ser lo más breves que se pueda. Y como se ha dicho, evitando en que se conviertan en pequeños sermones, porque no debemos olvidar que los allí congregados ya han escuchado un sermón. Cada preza debe constar de una o dos líneas, no más. He visto preces de seis y siete líneas, en las que, como no podía ser otra manera, no se pedía sino que se afirmaba.

Son muchas las posibilidades que pueden renovar este momento de la liturgia. Pueden ser litánicas, como nos han quedado testimonios de algunas muy arcaicas. Pueden estar más centradas en las lecturas leídas, y así tendrán una conexión con la Palabra leída y comentada. Incluso, sin tener conexión con lo leído ese día, pueden ser enteramente bíblicas: textos bíblicos o de temática bíblica. Puede uno, incluso, especializar cada domingo en un tema: un domingo todas las preces son acerca de la Iglesia, otro domingo son acerca del mundo, otro acerca de las necesidades de la comunidad, otro acerca de los enfermos, otro domingo acerca de los pobres, etc. Un día pueden leer los niños, otro día los catequistas, otro día los ancianos.

Como se ve, podemos hacer de las preces algo aburrido y mecánico, o podemos hacer de ellas algo fresco y novedoso que atraiga el interés de la comunidad.

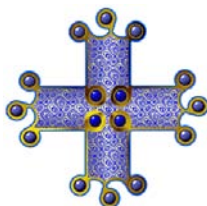
Las preces son el segundo momento de participación de los laicos desde el ambón. El primero han sido las lecturas, el segundo las peticiones. En la misa tridentina, sólo el sacerdote y los acólitos penetraban en el recinto sagrado del presbiterio. En la misa del Vaticano II, también los laicos participan activamente, desde el presbiterio, en esos dos momentos. El Concilio quiso que la voz de los laicos resonara activamente en esos dos momentos, y que no fuera exclusivamente la voz del sacerdote.

Si los laicos no van revestidos con alba, lo lógico es que los lectores de las lecturas y las preces no se sienten en el presbiterio. El presbiterio está reservado para el clero y los acólitos, los cuales si ofician como tales deberían revestirse con alba.

Cuando la misa se celebra con un grupo pequeño, hay sacerdotes que piden a los allí congregados que hagan las preces improvisándolas. Como norma general no es aconsejable que se improvisen las preces en el momento. Pues sobre todo, al final de las preces, se ofrece una sensación de lentitud que hace que todos deseen que acaben ya de una vez. Todo el mundo está deseando que ya nadie diga ninguna más y la ceremonia siga su curso. Las peticiones deben estar pensadas y desarrollarse con desenvoltura. Improvisando difícilmente es posible.

LITURGIA

EUCARÍSTICA



El sacerdote prepara las cosas sobre el altar

Postraos ante Yahveh en el atrio sagrado (I Cron 16, 29). Estas palabras resuenan todavía en nuestros oídos, aunque ya hemos dejado atrás los atrios y nos adentramos en el santuario. Impresionante el momento en que el sacerdote se acerca al altar y comienza a disponer las cosas sobre el altar.

Cuando extiendo el corporal sobre el altar, siempre pienso que es como extender los pañales sobre el lugar exacto del Nacimiento de Cristo. Extiendo una tela santa sobre el preciso lugar donde va a tener lugar un misterio que es un recuerdo del Misterio de la Encarnación. Porque allí sobre ese altar no está Cristo, y dentro de unos minutos aparecerá la Segunda Persona de la Santísima Trinidad Encarnada.

Hay sacerdotes que colocan el corporal muy al borde del ara. A mí me gusta colocarlo en el centro del altar. Y disponer las cosas sobre el corporal de un modo simétrico y armonioso. Por ejemplo, el cáliz entre dos copones; a un lado el purificador, a

otro lado la palia. Si en una concelebración no van a caber los copones sobre el corporal, es preferible colocar un segundo corporal; pero no dejarlos directamente sobre los manteles del altar.

También conviene, para evitar tanto dudas razonables como escrúpulos, hacer el propósito *semel pro semper* (una vez para siempre) de que uno tiene intención de consagrar todo el pan y el vino colocado sobre los corporales en el altar. Lo que esté sobre los corporales quedará consagrado; lo que haya quedado fuera, no. Esta intención hecha una vez, vale para toda la vida, mientras uno no la rectifique.

Conviene hacer esta intención, porque puede suceder, por ejemplo, que un copón quedó en la pequeña mesa pegada al altar. El sacerdote quería consagrarlo, pero olvidó ponerlo sobre el ara. ¿Quedó consagrado? La respuesta categórica es no. Porque aunque quería consagrarlo, no lo colocó sobre el corporal en el momento del ofertorio. Momento en que se señala la materia del sacramento que se va a realizar.

Pero para evitar dubitaciones de este tipo, es mejor hacer esta intención; así toda duda queda disipada. Sea dicho de paso, la respuesta sería la misma aunque el copón hubiera estado sobre el altar pero a un lado, junto a las vinajeras y el lavabo. Lo que no se “señaló”, digámoslo así, en el ofertorio, no quedó consagrado. El ofertorio tiene esa función señaladora.

Lo mismo sucedería si un feligrés ha dejado un pan entero sobre una extremo del altar o una jarra de vino, sin saberlo el sacerdote. No quedarían consagrados.

Los fieles trayendo los dones en procesión

El pan y el vino bien podrían estar ya en el presbiterio, pero de nuevo el Concilio Vaticano II quiso que los laicos participaran en la liturgia no sólo contestando, sino también con acciones. Por eso recuperó esta antigua práctica de las ofrendas de los fieles en los primeros siglos.

Tráiganse cualesquiera dones, siempre que sean dones. Es decir, ésta no es la procesión de los símbolos. La liturgia ya está cargada de profundos símbolos.

Se pueden cambiar las ofrendas cada semana de un modo imaginativo, siempre y cuando sean verdaderos dones. Por ejemplo, una semana una familia puede traer un pan y algunas frutas y verduras para el sustento de alguna familia necesitada. Otra semana, otra familia puede regalar incienso en un bonito recipiente, o se puede traer una bolsita con las monedas recogidas entre los niños de la catequesis.

Lo mismo que la oración de los fieles puede ser algo nuevo e interesante para los fieles en cada misa dominical, también puede hacerse lo mismo con esta procesión de los dones. Pero recuérdese que tienen que ser dones. Llevar en procesión una vela para que nos recuerde que Jesús es la luz, o un balón de fútbol para recordarnos la fuerza de la juventud, no tiene cabida en esta parte de la liturgia.

Lo lógico es que el sacerdote reciba sonriente y feliz esos dones, pues no es sólo lo que se regala, sino que esos dones simbolizan el amor de los laicos al donar esas ofrendas ante el altar de Dios.

Salvo el pan y el vino que se van a consagrar, estos dones no deben colocarse encima del altar. El ara está reservada para el sacrificio eucarístico en exclusiva.

Ofertorio

Durante muchos siglos el pan y el vino, una vez ofrecidos por el pueblo al sacerdote, éste los dejaba sobre el altar. Con este acto ya se los consideraba dedicados a Dios. Eran una oblación, sin que hubiera ninguna fórmula especial que lo declarase. La acción hablaba por sí sola. El canon proseguía hasta llegar a la oración consecratoria del sacerdote, en virtud de la cual la oblación se hacía sacrificio y sacramento. Pero después pareció adecuado subrayar más el hecho de la oblación, y así nació el ofertorio.

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan...

El sacerdote eleva el pan un poco sobre el altar. La rúbrica indica que lo eleve sólo un poco. No pocos sacerdotes lo elevan casi hasta la altura de los hombros. Eso es un error, porque después, una vez consagrado, el Pan sí que será levantado totalmente sobre el altar, para ser mostrado al pueblo fiel. Pero ahora, en este momento, el pan se presenta sólo ante Dios, como para decirle que son esos los dones los que se desean consagrar. Es decir, el ofertorio tiene la función de señalar (con el ofrecimiento) cuales son las ofrendas que van a ser consagradas. Se señalan las ofrendas y se presentan ante Dios.

Esta parte de la misa se corresponde completamente con la primera fase de la cena pascual judía, parte de la cena en la que se bendice el pan y el caliz. El sacerdote se puede sentir, en verdad, como el padre de familia que bendice el pan y el vino para sus hijos en esa cena, en su casa. Al fin y al cabo, ésta es una cena pascual y los alimentos se bendicen como en toda cena.

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino...

Ya se ha dicho que es una mala costumbre empezar la misa de manera que ya todo, desde el principio, está sobre un lado de la misma ara del altar: el pan, las vinajeras con el vino y el agua. La liturgia no consiste sólo en palabras, también es una serie de acciones. Las cosas se traen y se llevan, se hacen operaciones como la mezcla del vino y el agua, el lavado de las manos, etc. La mesita adosada al altar, no sólo resta centralidad al ara, sino que, además, priva de ese ir y venir por el presbiterio que forma parte de las acciones de la liturgia.

El vino y el agua se mezclan a un lado del altar, no en el centro. Esa mezcla, en sí misma, no es un acto de adoración, por eso se realiza a un lado del altar y no en su centro.

Mientras se mezcla el vino y el agua, se dice la siguiente oración secreta: *Per huius aquae et vini mysterium eius efficiamur divinitatis consortes, qui humanitatis nostrae fieri dignatus est particeps.*

De nuevo, el caliz debe ser elevado sólo un poco sobre el altar cuando el presbítero recita la fórmula de bendición sobre él. A mí me gusta decir esta fórmula en voz baja, tal opción se deja al libre arbitrio del celebrante. Y me gusta decirla en voz baja, porque así dotamos a la liturgia de un momento de silencio para que la gente medite. Y además es un tiempo de silencio en un lugar tan céntrico de la liturgia, cuando nos vamos acercando a la consagración.

Inclinación profunda

Una vez todo dispuesto sobre los corporales, el sacerdote hace inclinación profunda y dice en secreto:

In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine; et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus.

Es decir, se pide que el sacrificio sea recibido; no se da por supuesto. Se pide a Dios que le plazca, porque la Escritura nos habla de cómo, a veces, Dios no escucha nuestras oraciones, ni nuestros sacrificios le complacen.

Ciertamente, a Dios Padre le va a complacer el sacrificio del Hijo. El sacrificio objetivo, lo que la Iglesia ofrece a través de mí, el Cordero Pascual, es perfecto. Pero no así el sacrificio subjetivo, es decir, el sacrificio que yo le ofrezco, es decir, lo que yo pongo de mi parte alrededor de ese sacrificio objetivo.

Yo puedo ofrecer la misa con manos espiritualmente manchadas, con un corazón sucio, con un alma repugnante que quiere seguir siendo así. Mi sacrificio personal, el que yo le ofrezco, no sólo puede no recibirlo, sino indignarle más por atreverme a comparecer ante Él de esa manera.

Por eso, dos veces, la oración secreta insiste: que *seamos recibidos* y que *te plazca*.

La oración *in spiritu humilitatis*... ya la encontramos en los libros litúrgicos de Francia en el siglo IX.

El lavabo

No pocos sacerdotes en el lavabo se mojan la punta de los dedos con unas pocas gotas de agua. A mí, me gusta que el lavabo sea un verdadero lavado de las manos. Es decir, en vez de

lavarme las manos en la sacristía, yo prefiero hacerlo en la misa con un buen aguamanil. Es decir, con una buena jarra y un ancho recipiente para recoger el agua que corre por mis manos mientras me las froto. Así, con abundante agua y empleando el tiempo que es habitual en un lavado normal de las manos, el símbolo es perfecto y más largo en el tiempo. El lavado de las manos de bastante sacerdotes es tan breve que apenas les da tiempo a hacer ningún acto interior de arrepentimiento, de petición de purificación interior.

Mientras el sacerdote se lava las manos dice la siguiente oración secreta: *Lava me, Domine, ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me.*

Se ha pedido perdón en el *yo confieso*, en el *Kyrie*, incluso en el *Gloria*, ahora, de nuevo, el sacerdote pide perdón al realizar una acción como es ésta de lavarse las manos. Magnífica unión entre la oración y la acción. Por eso yo la demoro tanto como me es posible, frotando bien las manos enteras con el agua, secandomelas sin prisas.

Esta oración privada está tomada del salmo Miserere, concretamente es el Salmo 51, versículo 2. Al recitar ese simple versículo, piensa que es un resumen de todo ese salmo que fue la oración de David después que vino a él el profeta Natán tras haber pecado con Betsabé.

Es un salmo que pide piedad, que reconoce la culpa, que suplica que se le conceda un corazón puro. Vale la pena meditarlo, para que cuando recitemos ese versículo durante el lavado recordemos que es el resumen de todo el salmo. Aquí lo pongo entero porque su recuerdo es valiosísimo en ese momento de la misa, junto al altar, justo antes de presentarnos ante Dios para la oración sobre las ofrendas.

Salmo de David. Cuando el profeta Natán le visitó después que aquél se había unido a Betsabé.

Tenme piedad, oh Dios, según tu amor, por tu inmensa ternura borra mi delito, **lávame completamente de mi iniquidad, y de mi pecado límpiame.** Pues mi delito yo lo reconozco, mi pecado sin cesar está ante mí; contra ti, contra ti solo he pecado, lo malo a tus ojos cometí. Por que aparezca tu justicia cuando hablas y tu victoria cuando juzgas.

Mira que en culpa ya nací, pecador me concibió mi madre. Mas tú amas la verdad en lo íntimo del ser, y en lo secreto me enseñas la subiduría. Rocíame con el hisopo, y seré limpio, lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

Devuélveme el son del gozo y la alegría, exulten los huesos que machacaste tú. Retira tu faz de mis pecados, borra todas mis culpas.

Crea en mí, oh Dios, un puro corazón, un espíritu firme dentro de mí renueva; no me rechaces lejos de tu rostro, no retires de mí tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, y en espíritu generoso afiánzame; enseñaré a los rebeldes tus caminos, y los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salvación, y aclamará mi lengua tu justicia; abre, Señor, mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Pues no te agrada el sacrificio, si ofrezco un holocausto no lo aceptas.

El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias.

¡Favorece a Sión en tu benevolencia, reconstruye las murallas de Jerusalén! Entonces te agradarán los sacrificios justos, - holocausto y oblación entera - se ofrecerán entonces sobre tu altar novillos.

¿Por qué se lavan las manos después de presentar las ofrendas? ¿No sería más lógico limpiar esas manos antes de tocar todo aquello que se va a colocar sobre el altar, antes de tocar los vasos sagrados? Las razones para que el lavabo esté situado en el lugar litúrgico en el que se halla, son las siguientes.

La primera razón es que si se van a incensar los dones y el altar, sí que resulta mucho mejor hacerlo después. El incensario lo han tocado los acólitos con manos que pueden estar sudadas o

sucias, pueden haber agarrado las cadenas con las manos manchadas de carbón.

La segunda razón es que el incensario no es un vaso sagrado. Si uno se lavase las manos con ese rito sagrado para tocar la patena y el cáliz, después tocaría algo muy por debajo de ese orden de sacralidad.

La tercera razón es que el sacerdote se lava las manos para tocar el Cuerpo de Cristo y sostener la Sangre de Cristo en el cáliz. Para simplemente tocar los vasos sagrados, basta con que el presbítero tenga las manos limpias por habérselas limpiado en la sacristía.

El que el lavabo se halle situado en este lugar de la liturgia y no antes del ofertorio, marca una progresión:

Mundatio: Primero el sacerdote se lava las manos en la sacristía para tocar los vasos sagrados.

Lavabo: Después se lavará las manos en medio de oraciones para tocar y sostener las Sagradas Especies.

Purificatio: Por último se volverá a purificar las manos (con el purificador) no para limpiarlas, sino para retirar de sus dedos los fragmentos de la Eucaristía.

Orad hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro...

Obsérvese que esta fórmula no es una oración dirigida a Dios, sino que se trata de una petición personal del celebrante a los presentes, clero y pueblo. La cual petición, incrustada en la misa, la hallamos invariablemente en todos los ordinarios de la misa a partir de la época carolingia (siglo IX). Al principio, no se indicaba que el pueblo contestase, y como apunta atinadísima-mente el benedictino liturgista dom Gregori María de Montserrat:

Es señal evidente de que se trataba de un ruego del celebrante para que le acompañasen con sus oraciones mientras él, en calidad de pontífice, entraba solo en el “sancta sanctorum” (centro) de la plegaria eucarística. Es interesante

observar como en estas palabras se refleja el modo de considerar la función sacerdotal del ministro que se separa del pueblo para acercarse él solo a Dios.

La oración es una prueba evidente de dos sacrificios distintos uno del otro y de dos sacerdocios ontológicamente diversos, el del ministro y el del común de los fieles bautizados.

Se distingue, de forma expresa, un doble nivel en el sacrificio: uno es el de los fieles, y otro es el del sacerdote. El objeto esencial del sacrificio es el Cordero Pascual. Tanto el pueblo como el presbítero ofrecen la misma víctima. Ahora bien, el sacrificio colocado sobre el altar no se reduce únicamente al Cordero. También se le ofrecen a Dios Padre oraciones, plegarias, alabanza. Aunque eso sea espiritual e invisible, también se coloca sobre el ara en torno al Cordero. Y, en ese sentido, uno es el sacrificio sacerdotal y otro el laical.

De hecho, si Cristo hubiese decidido no otorgarnos el sacramento de la Eucaristía, los cristianos hubiésemos podido congregarnos en torno a un altar para ofrecer a Dios un sacrificio de alabanza cada día. Y hubiera sido un verdadero sacrificio, no cruento como ofreciendo una víctima animal, pero sí real. Y sobre el ara hubiéramos colocado la oblación del representante de la comunidad y de los presentes. Lo que hoy día es accidental (las plegarias y las alabanzas humanas) y se coloca en torno al Cordero Pascual, en esa situación hipotética hubiera constituido todo el sacrificio que hubiéramos podido ofrecer. Melquisedec sólo ofrecía pan y vino, pero era verdadero sacerdote.

Durante la reforma del Vaticano II, se planteó a Pablo VI el que la fórmula suprimiese esa mención a la duplicidad de sacrificios y que se dijese que el Señor recibiese *este sacrificio nuestro*. Pues eran muchos los que entonces defendían que, en realidad, existía un único sacerdocio con grados. Mientras que la postura de la tradición siempre ha sido que el sacerdocio común

de los fieles y el del sacramento del orden son esencialmente distintos. Por eso el Papa no autorizó el cambio.

Una última cosa hay que mencionar, y es que el sacerdote pide a la comunidad lo que él ya ha pedido privadamente antes en la oración privada: que el sacrificio sea aceptable. La liturgia insiste en que eso es algo que no debe darse por supuesto.

El sacerdote al mientras pronuncia esta petición abre y cierra los brazos.

Sólo hay dos veces en la misa, en las que se indica que se haga este gesto de abrir y cerrar los brazos al recitar una oración. En mi opinión, el gesto aquí es como si quisiera decir que se abren los brazos para acoger las peticiones de los fieles, y que se cierran una vez recogidas para unirlas al sacrificio del altar.

El gesto me parece claro, se abren los brazos para recoger, se cierran los brazos depositando en el pecho del sacerdote todas las plegarias de la comunidad. Digo *en el pecho*, porque las manos se abren y, después de esa súplica a la comunidad, se vuelven a cerrar sobre el pecho. Como si las manos custodiaran allí todas esas peticiones que se van a presentar ante Dios.

El sacerdote coloca el sacrificio espiritual (formado por todas las oraciones de los fieles) en su pecho, y lo une al sacrificio propio. De allí, lo colocará sobre el ara. El gran sacrificio es el Cordero Pascual. Pero el Cordero sobre el altar está rodeado del incienso del sacrificio espiritual de las oraciones del presbítero y sus fieles. Como antes se ha dicho, hay un gran sacrificio al que se unen los pequeños sacrificios de los presentes.

Cuando el sacerdote ora a Dios, en todas las épocas y culturas, eleva los brazos hacia lo alto. Como si el pobre sacerdote

en la tierra, le dijera: estoy aquí, Señor. Es un gesto solemne. Resulta evidente que es un gesto que indica: estoy aquí, Dios mío, hablándote en nombre de toda la comunidad a la que represento, en cuyo nombre hablo. Mientras que en la súplica *orad, hermanos, para que este sacrificio...* el sacerdote extiende las manos de un modo más horizontal. Las extiende hacia la comunidad, para acoger lo que de ella le viene. Cuando se dirige a Dios, lo lógico es que eleve algo las manos a lo alto, mucho o poco. Mientras que en este gesto, las manos se mueven de un modo más horizontal por el mismo tenor de lo que dice al hacer el gesto.

El Señor reciba de tus manos este sacrificio...

De nuevo citamos al benedictino don Gregori María:

Finalmente hay que repetir que en los siglos VII-IX no existía ninguna fórmula de contestación. Se insinuaban algunos modos de contestar con versículos del salmo 19 o las palabras del ángel a la Virgen: “El Espíritu Santo descienda sobre ti y la virtud del Altísimo te cubra con su sombra”.

Nuestra fórmula actual, el “Suscipiat” (El Señor reciba de tus manos) la encontramos en Italia en el siglo XI, donde más tarde se impuso como única. En un primer tiempo se rezaba en silencio, más tarde se obligó a decirla en voz alta a los clérigos presentes en el coro. Finalmente a los fieles.

Se mencionan las manos del sacerdote. Las cuales no sólo van a sostener, después, la Presencia Eucarística, sino también, ya desde ahora, el sacrificio espiritual de los fieles, es decir, la oblación formada por las oraciones de los allí congregados.

Oración sobre las ofrendas

Aquí tenemos una de las tres majestuosas oraciones que cambian según la fecha: la oración colecta, la oración sobre las

ofrendas y la oración post comunión. Son tres hitos que marcan el comienzo, el medio y el final de la liturgia. Momentos especialmente solemnes porque el sacerdote extiende las manos hacia Dios para dirigirse a Él.

Son tan importantes estos tres mojones de piedra en el itinerario de la misa que, en las grandes celebraciones, se suelen cantar. La palabra del sacerdote no basta para engrandecer ese momento, y la palabra se transforma en música. Cuando se cantan estas tres oraciones, no hay que buscar, ante todo, la potencia de voz. Sino el esmero en la perfección del canto: las notas justas, la cadencia con que se extingue el final de una línea, o la fuerza expresiva con la que se dota a algunas palabras. El canto debe esforzarse en expresar sentimientos. Cosa más fácil si el que canta, intenta ante todo orar, si es consciente de que se dirige a Dios en nombre de todos. Pero si busca sólo hacer una demostración de potencia de voz, difícilmente podrá orar.

El prefacio

El prefacio lo veo como la antecámara del canon. El templo de Salomón contaba con dos partes esenciales:

El atrio son los ritos iniciales (mar de bronce) y la liturgia de la Palabra. En el atrio estaba el Pórtico de Salomón, donde Jesús y los Apóstoles enseñaron. Ese pórtico es símbolo de la homilía.

El santuario estaba dividido en tres partes:

El ulam o pequeñísima antecámara sería el prefacio. No es muy largo el prefacio porque el ulam que sólo contaba con diez codos de longitud.

El hekal sería la parte del canon antes de la consagración.

El debir o sancta sanctorum (sería la consagración).

El prefacio es esa antecámara (ulam) que tenía varios escalones en su umbral: *Se subía a él* [al vestíbulo] *por las gradas* (Ez 40, 49). En esta parte de la misa, estos peldaños son seis y son el diálogo entre el sacerdote y el pueblo:

-El Señor esté con vosotros

-Y con tu espíritu.

-Levantemos el corazón.

-Lo tenemos levantado hacia el Señor.

-Demos gracias al Señor.

-Es justo y necesario.

El espacio entre los escalones y la puerta de entrada al hekal es el resto del prefacio. Y el *Sanctus* es la puerta de entrada al lugar santo, que es el canon.

El prefacio no es una oración corta, porque se trata de una verdadera antecámara por la que se accede a la parte más santa de la misa.

El Señor esté con vosotros

Justo antes de entrar en el lugar santo, se nos recuerda el propósito y fin de toda la liturgia en la que se está inmerso: estar con Dios. Se nos recuerda justo antes de entrar en el centro de la liturgia de la Palabra que es el Evangelio. Y se nos recuerda, de nuevo, antes de acceder al centro de la liturgia eucarística.

Al decir *el Señor esté con vosotros*, extendiendo sin prisas mis brazos hacia la congregación, siento como si los abrazara, interiormente tengo ese sentimiento. Sé que puede parecer excesivamente poético, pero sinceramente es lo que siento. He dicho que abro los brazos *sin prisas*, porque este gesto de abrir los

brazos hacia ellos lo hago con plena consciencia, deseando con todo mi corazón que Dios esté con ellos.

A veces, en ese gesto de abrir los brazos, siento con fuerza que es un gesto-plegaria. Es decir, siento que el gesto de los brazos expresa lo que digo con los labios y que, por lo tanto, es como si les diera a Dios, como si en el gesto algo saliera de mí. Y digo esto porque antes de extender los brazos y decir esa fórmula, las manos están unidas sobre el pecho. De manera que es fácil imaginar que entre las manos juntas conservo mi amor a Dios, mi devoción por Él, y que trato de conservar esos sentimientos sin dispesarme y que aprieto esos sentimientos sobre mi corazón. Y que, por tanto, al extenderlas y decir *el Señor esté con vosotros*, estoy deseando darles el (poco) amor que tengo y que aprieto sobre mi pecho.

Levantemos el corazón

Sursum corda, literalmente “arriba los corazones”. La expresión latina no puede ser más concisa y esencial. Es una redundancia respecto a la frase *el Señor esté con vosotros*, pues dirigir nuestros corazones hacia las alturas celestiales es estar con Dios.

De nuevo, este gesto de elevar los brazos tiene gran impacto en mí. De nuevo es para mí un gesto que es plegaria. Cuando lo hago, no puedo evitar mirar hacia lo alto. Hay momentos de la misa en los que la oración parece forzar a que la mirada se diriga a lo alto. Éste es uno de ellos.

Cuando he celebrado la misa a solas o con una sola persona atendiendo, éste es un gesto que me llena tanto de devoción que he estado algunos segundos inmóvil con los brazos en alto. Como queriendo elevar todo mi espíritu hacia esas regiones celestiales.

A veces pensaba que el gesto era como el del niño que quiere agarrarse a los brazos de su Padre para ser llevado con Él, para ser elevado de las realidades de este mundo hacia las del Reino de los Cielos. Cuando he celebrado completamente a solas, he sentido un poco de vergüenza por estar con los brazos en alto tanto rato ante el altar. ¿Qué pensaría la persona que me asistía a la misa? Pero era un gesto en el que me hubiera podido quedar inmóvil durante un minuto o dos. No lo hacía por vergüenza. No quería que pensase mi acólito que estaba loco, por eso me quedaba así únicamente unos cuantos segundos. Realmente, en silencio, en la quietud e una iglesia vacía, sentía que en ese gesto todo mi ser se elevaba. No era mi imaginación, es un gesto-plegaria. Es un gesto en el que el alma indica a través del cuerpo su deseo de elevarse.

Demos gracias a Dios.

Toda esta elevación se concluye con una invitación a ser agradecidos para con Dios. Recuerdo muy conveniente, porque si no corremos el riesgo de centrarnos en nosotros mismos en la liturgia: yo pido perdón, yo pido mi santificación, yo, yo, yo. La esencia del agradecimiento es pensar en el otro. La liturgia no debe ser un centrarse en sí mismo, sino en Dios.

Al decir *demos gracias al Señor nuestro Dios*, a mí me gusta mover levemente las manos en el aire, como invitando al pueblo a dar gracias al Señor. Aunque el gesto que realizo es apenas perceptible, me ayuda a entender el por qué extendiendo los brazos hacia la comunidad diciendo esa frase que es una invitación a la alabanza.

El Sanctus

Nos podemos imaginar que atravesar el *Sanctus* es atravesar el velo de los seres angélicos de más alta jerarquía que están justo alrededor del Trono del Cordero. El *Sanctus* es como atravesar un velo de gigantescos serafines.

Y los cuatro vivientes que tienen seis alas todo alrededor y dentro están llenos de ojos, no descansan día y noche diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor, el Dios Todopoderoso, el que ha sido y el que es y que viene, (Ap 4, 8).

Hay partes de la misa que, por su propia naturaleza, piden ser cantadas más que recitadas, incluso en las misas de los días de diario. Esas partes son el Kyrie eleison, el Sanctus y el Agnus Dei. No hace falta tener una gran voz. Basta un canto digno, sereno y sin necesidad de levantar mucho la voz. Un tono parecido al gregoriano es muy adecuado al carácter de esos tres momentos: fácil para la gente, fácil para el sacerdote y muy adecuado para hacer oración. Pues hay cantos que despistan y hay cantos que, en su sencillez, introducen más en la oración.

Durante el canto del *Sanctus* el celebrante puede imaginarse con los ojos cerrados que verdaderamente atraviesa un velo y se introduce en la parte más interior del Templo. No le dé vergüenza al sacerdote en cerrar los ojos muchas veces durante la misa. Nada más edificante para los fieles ver que su pastor se concentra y ora él mismo en su corazón. No hay que tener vergüenza de cerrar los ojos mucho ni de hacer pausas durante la liturgia, todas las que precise.

El tránsito del prefacio al canon

Este tránsito está marcado por el hecho físico de volver las páginas del misal. Este pasar páginas es como abrir una puerta. Vamos a entrar en el canon.

En este momento, aproximándose al momento de la transustanciación, el sacerdote puede decirse a sí mismo: *A ver si logro tocar a Jesús. Es decir, puede sentirse como la mujer del Evangelio de Lucas que padecía flujos de sangre cuando se aproximaba a Nuestro Señor. Por supuesto que el presbítero va a tocar el Cuerpo de Cristo como parte del ritual. Pero también mucha gente tocaba a Jesús en ese momento: Maestro, la multitud te aprieta y oprime (Lc 8, 45). Y, sin embargo, Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado?*

Es decir, en ese momento, mucha gente tocaba físicamente a Jesús, pero sólo una persona le tocó con fe, devoción a adoración. Sólo una le tocó con el espíritu. Lo mismo le puede pasar al sacerdote en la misa: puede estar tocándolo muchas veces con sus manos y sólo con sus manos, no con el espíritu.

Una vez prediqué esto en un retiro a sacerdotes. Y varios días después un sacerdote con espíritu de niño me dijo ilusionado que iba cada día a celebrar la misa diciéndose a sí mismo: *A ver si hoy logro tocar a Jesús.*

Recuerda, presbítero, puedes tocar físicamente a Jesús cada día sin que tu espíritu realmente lo toque. Del mismo modo que puedes oír cada día las lecturas de la liturgia de la Palabra, sin que realmente tu espíritu escuche a Dios.

Ojalá le toquemos de tal manera que Él nos pueda decir: *Tu fe te ha salvado. Ve en paz (Lc 8, 48).* Si a esa mujer le ocurrió la curación de su cuerpo con solo tocar el borde de su manto, cuánto más debería sucederte a ti que comas su Cuerpo y bebas su Sangre Santísima.

Tocar el cuerpo de Jesús no es una cuestión baladí. La consagración de los sacerdotes aarónicos les autorizaba a tocar las cosas santas: vasijas, sacrificios, los panes de la proposición, etc.

Pero ni siquiera el Sumo Sacerdote se hubiera hallado autorizado para tocar la Eucaristía si hubiese asistido a una misa de los primeros cristianos.

Presentarnos ante Jesús es algo que debemos hacer con la fe que tenía el ciego al que Jesús le dijo: *Que ocurra según tu fe* (Mt 9, 29). También ahora, sacerdote, puede ocurrir contigo según tu fe. ¡Lo mismo ahora! También tú eres ciego para las cosas de Dios, y padeces flujos de sangre. La sangre es la vida, y pierdes la vida por las heridas de tus vicios.

Tocar a Cristo es algo importantísimo. Cuantos fieles sentados ante el altar, ardientes de amor en sus corazones, desearían poderlo hacer. Ellos sí que lo harían con devoción.

Se puede decir que son siete los momentos en los que el presbítero tocará ese Santo Cuerpo:

1. En la consagración
2. En la elevación de la doxología
3. En la fracción
4. En la elevación final para mostrarlo
5. Al comulgar el propio sacerdote
6. Dando la comunión a los fieles
7. En la purificación

Ya antes de comenzar la misa, puede el sacerdote recordar: Siete veces tocaré su Cuerpo. Qué felicidad hubiera sentido la mujer de los flujos de sangre si se le hubiera comunicado que lo tocaría siete veces.

Lo que era desde el principio, lo que hemos escuchado, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y tocado con nuestras manos concerniente a la Palabra de Vida (1 Jn 1, 1).

Le escuchamos en la Liturgia de la Palabra, le vemos en la patena y en el cáliz en la transustanciación, le tocamos varias veces después. Y le podemos contemplar al alzarlo tras las dos

consagraciones y durante la última mostración antes de la comunión: *Éste es el Cordero de Dios que...*

Acabado el *Sanctus* el celebrante extiende los brazos

La rúbrica sólo prescribe que se extiendan los brazos, sin entrar en detalles. Pero en mi opinión, las tres oraciones que he señalado como mojones de piedra en el itinerario de esta liturgia (colecta, sobre las ofrendas y post comunión), como en el canon, se prestan por su mismo tenor a que el celebrante extienda y alce los brazos con majestad y a que lo haga como un Moisés cuando oraba a Dios con el pueblo congregado ante él, o con la solemnidad con que lo hicieron los sumos sacerdotes que se sucedieron en el Templo generación tras generación. No en vano, el presbítero tiene un poder dado por Dios que es superior al Sumo Sacerdote levítico. El sumo sacerdote de la Antigua Alianza sólo oraba, sólo estaba facultado para tocar las cosas santas y realizar los ritos sagrados, pero carecía de *potestas* alguna.

Los sacerdotes alzaban las manos hacia Dios mirando hacia el santuario del Templo. El presbítero con razón se puede sentir como ellos, pues se acerca al verdadero Templo que es el Cuerpo de Cristo, mucho más grandioso que el primero que era sólo figura del segundo.

Hablo de la grandiosidad de este gesto de abrir los brazos para dirigirse al Dios de los Ejércitos que habita en los cielos, pero el clérigo debe huir de todo lo exagerado, de lo teatral, de lo que llama la atención. La liturgia siempre es discreción, moderación y prudencia. Incluso en el gesto de abrir los brazos, algún sacerdote, como excepción, puede hallar una excusa para la autoexaltación. En la liturgia, en caso de duda, siempre es mejor

quedarse corto que pasarse, siempre es mejor pasarse de discreto que de exagerado. Malo es hacer este gesto con poco entusiasmo, pero peor sería exagerarlo.

En todo este escrito se anima a hacer de la misa algo personal, propio, íntimo, incluso celebrando ante la comunidad. He animado a no tener que ocultar enteramente los propios sentimientos del alma. Pero, después de haber animado a ello en tantos lugares, hay que recordar que en todo hay que proceder con sentido común. El mal más común es una misa fría, digna de un funcionario.

Pero una misa que hiciera pensar que el celebrante es un exaltado, un visionario, un desequilibrado, evidentemente, sería un mal, no una virtud. La gente es muy cruel y con poco que vean que les extrañe, murmurarán del sacerdote. Es preferible avanzar poco a poco y con tiento en este modo de celebrar la misa más personal y menos neutro. El sacerdote que se gane la fama de raro entre los colegas, difícilmente se la sacará.

El canon

El canon entero es todo él como una sola oración que forma una unidad. El canon es como una gran y extensa oración: la gran oración de la misa. Históricamente, en siglos pasados, se le llamó *canon* porque era (y es) el modo lícito para la confección del Sacramento. Canon viene a significar lo mismo que regla. De ahí que el canon de la misa es la regla firme de acuerdo a la cual se debe celebrar el Sacrificio del Nuevo Testamento. Su nombre sugiere que, desde entonces, se acordó usar esa larga oración en vez de las fórmulas cambiantes que antes debieron ser utilizadas.

Los cánones que ha habido en la Historia de la Iglesia no son la obra de un hombre, ni fueron compuestos en una sola

época. El conjunto de cánones que nos han llegado hasta nuestra época tanto en las liturgias occidentales como en las orientales, son la última etapa de un desarrollo gradual. Es como si la Iglesia hubiera compuesto a coro los textos y ritos de esos cánones. No son Palabra de Dios, pero tampoco es una obra meramente humana. Sin duda, el Espíritu Santo inspiró y estuvo detrás de sus redactores, cambios y adiciones. ¿Cómo no iba a estar muy pendiente el Espíritu Santo de la plegaria más sagrada de toda el sacrificio eucarístico?

Y así, en el rito latino, la historia del devenir litúrgico se ha condensado finalmente en cuatro cánones, además de un apéndice con algunos cánones alternativos. Todos estos cánones son un tesoro.

Algunos prefieren el Canon I por ser fruto de esa labor coral de la Iglesia durante siglos, y desprecian los cánones II, III y IV, porque dicen que fueron redactados por personas concretas en el Vaticano II y que, por tanto, no son fruto de la tradición. Esa mentalidad es un error. Uno es muy libre de preferir el canon que desee. Pero no se debe despreciar lo que la Iglesia nos entrega.

Esos tres cánones que aparecieron en el Concilio Vaticano II son fruto del trabajo de grandes eruditos, hombres que dedicaron sus vidas enteras al conocimiento y estudio de la historia de la liturgia. Los textos de esas tres plegarias son la condensación de toda la historia de la liturgia. No los encontraremos tal cual, palabra por palabra, en los antiguos códices, pero son la recapitulación de los textos de toda esa historia previa. Yo amo todos los cánones y uso todos. Suelo usar cada día uno nuevo, por orden, hasta acabar con toda la serie de cánones del Apéndice del Misal Romano, entonces vuelvo a empezar.

Canon I

Su origen está en el siglo IV. Ambrosio de Milán menciona pasajes esenciales de éste en su *De sacramentis*. Tras una evolución de dos siglos, su forma actual queda ya fijada desde San Gregorio Magno (+604). Su uso se va universalizando en la Iglesia en los siglos IX-XI y llega casi intacto hasta nuestros días.

Canon II

Sencilla y breve, se trata de una reelaboración de la anáfora de San Hipólito (+225), la más antigua que se conoce. Mucho de lo contenido en la anáfora presente en la *Traditio Apostólica* se reproduce literalmente en este canon II.

Canon III

Aunque compuesto después del Concilio Vaticano II, este canon es expresión de la tradición romana y gálica. Se trata de una reconfiguración del Canon Romano enriquecido con formulaciones procedentes de otras fuentes litúrgicas.

IV Canon

Recuerda a las anáforas de las iglesias orientales. Tiene como modelo las tradiciones antioquenas. Es una pieza lírica muy bella en la que se va haciendo una amplia confesión de la fe y que supone, además, un recorrido de toda la Historia de la Salvación.

Otros cánones

Los cánones del Apéndice I del Misal Romano son bellísimos, y los uso, a temporadas, con tanta frecuencia como los cuatro principales. Suelo ir utilizándolos cada día por el orden en que aparecen en el misal. De manera que cuando acabo la serie completa de cánones, vuelvo a empezar.

En esta obra, al explicar la plegaria eucarística, voy a seguir el Canon Romano. No hará falta explicar cada una de las otras plegarias eucarísticas, porque se podrán aplicar los mismos criterios adaptándolos a las variaciones de cada canon.

Cada uno de los cuatro cánones principales y de los nueve cánones del Apéndice I tiene su propia belleza. Es bello poder dirigirse a Dios con todo esta variedad de plegarias. Resulta inaceptable el integrismo de aquellos tradicionalistas que

ensalzan el Canon Romano y desprecian las otras plegarias eucarísticas. Cada uno es libre de preferir un canon u otro, pero todos son oración oficial de la Iglesia, oraciones aprobadas con la autoridad recibida de Cristo.

Plegaria eucarística I

CANON ROMANO

Padre misericordioso te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos + dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos.

Primero se pide a Dios que acepte esos dones. La Palabra de Dios nos advierte muchas veces acerca de que los pecados del oferente pueden hacer que Dios no nos escuche y no acepte lo que le ofrecemos. Así nos lo dice el profeta Miqueas, por sólo poner un ejemplo entre muchos:

Entonces gritarán al Señor, pero Él no responderá. Les esconderá su rostro en aquel tiempo, porque han realizado acciones malvadas (Miqueas 3, 4).

Se hace la señal de la cruz sobre los dones en mitad de esta fórmula. ¿Por qué bendecir los dones si estos se van a convertir el Cuerpo y la Sangre de Cristo? ¿Acaso la bendición les puede añadir algo? Evidentemente la bendición no añade más santidad a los dones una vez que estos se hayan convertido en Jesús. Dios, de por sí, ya tiene la santidad infinita. La bendición es un modo de pedir a Dios que derrame gracias para que esos dones santísimos nos transformen. Es decir, no tendría sentido bendecir con la señal de la cruz a Jesús, con eso no se haría Él más santo. Pero sí que se pueden bendecir esos dones para que esa Santidad Infinita me transforme a mí, para que haga su efecto en mí.

No se bendicen para que esos dones sean más santos una vez producida la consagración. Sino para que, entonces, esos dones infinitamente santos produzcan en nosotros la santificación.

Cuando hagas un gesto amplio sin prisas sobre la patena, el cáliz y los copones ten la seguridad de que por esa bendición algo misterioso desciende sobre esos dones, algo que te santificará cuando los tomes. Incluso el mero hecho de mirarlos (con fe y amor) ya santifica.

Ante todo por tu Iglesia santa y católica, para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero, con tu servidor el Papa N., con nuestro Obispo N., y todos los demás Obispos que, fieles a la verdad, promueven la fe católica y apostólica.

El Papa y los obispos son los más atacados por los demonios. Por eso conviene que tengan una protección del todo especial. Además, si logramos con tantas oraciones que se santifiquen más, ellos santificarán a la Iglesia.

La mención del obispo tiene, además, otra función y es expresar los lazos de comunión de ese presbítero y su comunidad con un sucesor de los Apóstoles en concreto. En la Iglesia no hay comunidades independientes ajenas al dulce sometimiento a la autoridad que proviene de los Doce. Ese sacerdote y esos fieles ocupan su lugar en la Iglesia universal y eso se expresa haciendo orando por el obispo concreto de quien uno depende.

Acuérdate Señor, de tus hijos [N. y N.] y de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces; por ellos y todos los suyos, por el perdón de sus pecados y la salvación que esperan, te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza a ti, eterno Dios, vivo y verdadero.

En este canon, se pide una vez por los vivos antes de la consagración y otra por los difuntos. Yo suelo cerrar los ojos y acordarme sin prisas de los vivos por los que quiero pedir. Si a la gente en el sermón se le explica el sentido de esa pausa potestativa, los fieles no sólo no se quejarán sino que gustarán de aprovechar ese momento de silencio que se les ofrece para también ellos acordarse de familiares y amigos.

Muchos sacerdotes usan esa pausa sólo para mencionar mentalmente un nombre. Acordarse de alguien junto al altar puede ser algo más profundo que el mero recuerdo silencioso de un nombre.

Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su esposo, San José, la de los santos apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés...

Dulcísimo momento en que se invoca a la Virgen María. Dulcísimo. Sólo se la menciona diariamente en el *yo confieso*. Aunque pueda, alguna vez, ser mencionada en las lecturas, en los cantos o en alguna oración de alguna fiesta o memoria. Pero normalmente sólo aparece en esos dos momentos.

Como mandan las rúbricas, el celebrante debe hacer una inclinación de cabeza al nombre de María. Es tan santo ese nombre que no debemos mencionarlo en la misa sin inclinar nuestra cabeza.

La cabeza, en señal de respeto, se inclina al nombre de la Santísima Trinidad cuando se nombra a las tres personas a la vez, al nombre de Jesús, de María o del santo del día.

Cuando en una lectura del Evangelio, se menciona repetidamente el nombre de Jesús, lo mejor es hacer una

inclinación de cabeza muy leve. De lo contrario, el gesto de reverencia de tantas veces repetido resultaría jocoso.

Cada vez que en la misa menciono los nombres de los Apóstoles y los mártires, les pido internamente que me ayuden. A veces les pido también que vengan a la misa, que se pongan en torno al altar. Pues recuerda cuando menciones nombres en esta lista que te estás dirigiendo a personas vivas que te escuchan.

Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa; ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos.

Otra vez el sacerdote pide que su oblación sea aceptada y recuerda que esa ofrenda no es sólo de él, sino también de los que allí están presentes ofreciéndola a través del sacerdote. Esa ofrenda que va estar sobre el altar es incluso de todos aquellos fieles que sin estar presentes en la iglesia en ese momento, se unen espiritualmente a la adoración de la Iglesia.

Se extienden las manos sobre los dones preparados sobre el altar.

En la epiclesis se va a pedir que descienda el Espíritu Santo sobre esos dones materiales. En el Canon Romano, a diferencia de los otros tres cánones, la epiclesis no es explícita; es decir, no se pide de forma explícita que venga el Espíritu Santo. Pero ése es el momento en los otros cánones en que la epiclesis sí que es explícita.

Se pide que sea enviado el Paráclito como Santificador de esos dones. Es decir, que esos dones (una vez que sean ya el

Cuerpo y la Sangre de Cristo) nos santifiquen. Ciertamente que tras la transustanciación tendremos a Cristo, pero ahora pedimos al Padre que a su Hijo le acompañe el Paráclito. Para que de este modo tengamos sobre el ara a la Santidad (Jesucristo) y al Santificador.

Al imponer las manos sobre los dones, uno puede imaginarse que el Espíritu Santo desciende como una nube sobre el ara del altar y que envuelve esos dones.

Yo, a veces, me imagino que estoy ante la losa de la Resurrección y que esa losa se cubre con una Nube que es el Espíritu Santo. Si celebro a solas, me imagino esa Nube, esa Niebla, con todo detalle, cubriendo la piedra. Y en ese momento pienso que desearía poder tocar esa Nube, desearía poder lavar con ella mis manos y mi rostro.

Bendice y santifica, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti, de manera que sea para nosotros Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor.

Antes el sacerdote ha bendecido los dones con un gesto de bendición, la señal de la cruz. Ahora repite la bendición de los dones extendiendo las manos sobre esos dones y, además, pide de forma expresa que la Primera Persona de la Santísima Trinidad haga de ese pan y vino

-Una ofrenda perfecta: El Cordero Pascual es la Víctima Perfecta, es decir, completa e inmejorable.

-Espiritual: Porque sobre el altar ya no habrá simplemente la materia del pan, sino algo espiritual además de material.

-Digna de ti: Este holocausto es digno del Padre. Otros sacrificios nuestros no son del todo dignos de Él, porque están manchados de nuestro pecado. Damos pero con soberbia. Damos pero con avaricia. Damos pero con poco amor.

Los sacerdotes nos fijamos mucho en la transustanciación, pero no solemos reparar en las oraciones de la liturgia para pedir la bendición de los dones. Es decir, la bendición que, como se ha dicho antes, realizamos para que esos dones hagan efecto en nosotros.

El cual, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo:

La rúbrica prescribe que el sacerdote mire hacia lo alto en un momento dado de esta lectura. Acabadas de leer estas líneas, el sacerdote debe inclinarse un poco sobre el altar como muestra de respeto para recitar la sacrosanta fórmula de la consagración. La fórmula que va a decir es tan sagrada que se inclina al decirla.

A mi me gusta inclinarme todo lo que puedo sobre el altar, apoyando los codos sobre el ara. Y siempre hago una pausa para hacerme consciente del milagro que va a suceder entre mis manos.

Las pocas veces que he celebrado a solas sin pueblo fiel, me he parado un par de minutos, así inclinado sobre el altar, para recapacitar acerca del momento tan impresionante que voy a vivir.

Me gusta pensar en la consagración del Pan y del Vino como de un oasis en medio de la misa. Si celebro a solas, este rito de la consagración lo hago con la mayor lentitud posible. Aunque la lectura de cada una de las dos fórmulas de consagración la hago seguida y sin interrupciones, me detengo antes de pronunciar las palabras y me detengo al haberlas pronunciado. Elevo con lentitud, me arrodillo con lentitud. La consagración de

las dos especies, si celebro sin pueblo, me puede llevar siempre más allá de cinco minutos y algo menos de diez.

Diez deliciosos minutos para meditar, contemplar y saborear este misterio. Cuando celebro con gente, contengo mis deseos y no me detengo tanto, tratando de no llamar la atención. Aun así, los fieles notan que el tiempo de la misa se hace más lento. Notan que las palabras son pronunciadas con mayor morosidad, y que las pausas son más largas que en el resto de la misa.

La consagración es un oasis que va desde el *Tomad y comed...* hasta *Éste es el Misterio de la fe*. Un oasis de vida, un momento de descanso en mitad de la misa. Un momento en el que hablo poco para simplemente contemplar y adorar.

Sobre el altar, antes de la consagración, sólo hay objetos y tras las palabras presbiterales aparece la Palabra encarnada. *Hoc est Corpus meum*, “Esto es mi Cuerpo”, sólo cuatro palabras y se hace presente sobre los manteles blancos del altar.



**TOMAD Y COMED TODOS DE EL, PORQUE
esto es mi cuerpo,
QUE SERÁ ENTREGADO POR VOSOTROS.**

Dichoso el sacerdote, en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios lo mismo que en el seno de María.

Éste momento es como el Misterio de la Encarnación, pero sobre el altar.

Es como si en las manos del presbítero se produjera la Encarnación. Por supuesto que Cristo se encarnó una sola y única vez en la Historia. Pero el paralelismo entre la consagración y la Encarnación es innegable: Cristo no está sobre el altar antes de la transustanciación, y aparece entre las manos del sacerdote tras decir la fórmula sagrada.

Al dejarlo sobre la patena y adorarle, es como adorar al Niño en Belén.

Los Magos hicieron un largo viaje de varias semanas para venir a adorar al Mesías. Y tú le tienes delante, lo mismo que ellos. Imagina que besas su piecenco, como aquellos hombres venerables llenos de fe lo hicieron.

El momento es tan impresionante que el sacerdote puede demorarse un rato en la posición genuflecta. No hay que temer por el qué dirán los feligreses. Pensarán lo que es lógico: está adorando a Jesucristo que ha aparecido sobre el altar. Cuando celebro a solas, no puedo evitar el arrodillarme del todo y permanecer varios minutos adorando el contenido de la patena.

Durante siglos, tras la consagración, la hostia se dejaba sobre la patena y se veneraba sin elevación alguna. La elevación del Pan se introducirá a principios del siglo XIII en París como reacción a las negaciones de Berengario de Tours acerca de la presencia de Cristo en la Eucaristía. La idea se consideró tan feliz que, de inmediato, se extendió a todas las iglesias. La elevación del cáliz se añadió poco después.

Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos diciendo:

Sus manos eran venerables. Las tuyas son impuras, instrumentos de codicia, lujuria y gula. Como Pilatos deberías lavártelas espiritualmente cada día para poder decir que eres inocente de su sangre.



**TOMAD Y BEBED TODOS DE EL, PORQUE
éste es el cáliz de mi sangre,
SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA**

Cuando elevo el cáliz, me puedo imaginar que recojo en el cáliz un chorro de sangre que brota del costado de la Cruz. Me imagino que estoy en el monte Calvario realizando la operación de recoger cuidadosamente su sangre del costado.

También puedo imaginarme que dos ángeles bellísimos, majestuosos como reyes, volando en el aire, derraman en la copa dos pequeñas vasijas de cristal con asas de oro. En esas vasijas se contienen la suma de las gotas que ellos han recogido de las manos, costado y pies de Cristo colgado en la Cruz.

**QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS
Y POR TODOS LOS HOMBRES
PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS**

Aunque aquí he colocado la versión del misal todavía vigente en España, Jesús dijo en la Última Cena que su sangre iba a ser derramada *por muchos*, no dijo *por todos*. Los traductores de los años 60 deliberadamente usaron la segunda fórmula para

recalcar la verdad de que *Cristo Jesús se entregó a sí mismo como rescate por todos* (1 Tim 2, 6). Pero los evangelistas concuerdan en afirmar que dijo *por muchos*.

¿Por qué Jesús dijo algo que parece tan restrictivo? La Biblia afirma, por un lado, que Cristo murió por todos. Pero, por otro lado, la Biblia afirma que no todos se aprovecharán de esa esa sangre redentora. En un sentido, Cristo murió por todos. En otro sentido, su sangre redentora no alcanza a sanar a todos.

La sangre de Cristo, en sí misma, tiene poder para perdonar a todos. Pero si uno deliberadamente resiste la invitación de Dios y no acepta que esa sangre le toque y sane, entonces esa sangre no le salva. Para los que no se salvarán, la sangre de Cristo se derramó infructuosa ante ellos. Es como si corriera inútil delante de los ojos de ellos. Esto es lo que quería expresar Jesús con sus palabras.

HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA.

No está mandado, pero entre la fórmula de la transustanciación y esta última línea aconsejo hacer una mínima pausa de apenas dos segundos. Pues de este modo, el mandato final resuena más solemne. Además, en las antiguas versiones del misal romano, se dejaba mayor separación entre el resto de la fórmula y ese mandato final.

Esta línea recuerda al celebrante que si está realizando ese memorial es por expreso encargo de Cristo. La Santa Misa es mandato de Cristo.

Éste es el Misterio de la fe.

Esto debe ser pronunciado como una proclamación. Es toda una declaración jubilosa de fe. Pronunciar esto de un modo mortecino o rutinario supone una antiproclamación.

**Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección.
¡Ven, Señor Jesús!**

Hay que enseñar a la gente a responder con el mismo entusiasmo con que debería hacerlo el sacerdote.

Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación.

Muchas acciones podemos hacer los seres humanos (oraciones, ayunos, limosnas, etc), pero éste es *el sacrificio puro, inmaculado y santo*. Muchas buenas obras podemos poner los humanos sobre el ara para ofrecérselas a Dios. Pero aquí ahora ponemos a Jesús mismo como oblación. Nada es comparable a eso.

No significa que con otras acciones más heroicas no podamos ganar más mérito para el cielo. Quizá con un ayuno muy costoso, por ejemplo, puedo ganar más mérito para el cielo. Pero, en sí mismo considerado, lo más grande que le puedo ofrecer al Padre es a su propio Hijo.

Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec...

Por si fueran pocas las veces que antes hemos pedido que Dios acepte esta ofrenda, ahora se repite eso dos veces más :

-Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala...

-Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia...

Inclinado, con las manos juntas, prosigue:

El sacerdote se inclina hacia el altar, se trata de una inclinación profunda, para mostrar su respeto sumo al hacer la petición que sigue. Todo en el canon debe ser pedido con respeto, pero aquí se indica que se haga con mayor respeto, porque lo que se pide no es tal o cual cosa parcial, sino la aceptación por parte de Dios del entero holocausto que se ofrece.

Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar...

Aquí vemos el sentido de la bendición de los dones realizadas anteriormente: el que seamos colmados de gracia y bendición. Jesús siempre va a estar en el altar si se consagran los dones, Jesús siempre es infinitamente santo. Lo que sí que puede darse en mayor o menor medida es el que *seamos colmados de gracia y bendición*.

...seamos colmados de gracia y bendición.

Tal como indica la rúbrica, el sacerdote mientras dice *seamos colmados de gracia y bendición* se endereza y se signa. En ese momento no sólo pide bendición al Señor, sino que él mismo se bendice a sí mismo con la señal de la cruz. No sólo lo pide, sino que también lo realiza con su poder sacerdotal. No sólo bendice cosas sino también a sí mismo.

Acuérdate también, Señor, de tus hijos [N. y N.], que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz.

Ése es el momento en que nos acordamos de los difuntos. Pero aunque éste sea el momento en que la liturgia nos mande hacerlo en alta voz, yo siempre tengo muy presente a los familiares, amigos, compañeros sacerdotes y conocidos difuntos en todas mis misas, desde el mismo comienzo, desde la sacristía. Les pido que me acompañen. Me los imagino saliendo conmigo de la sacristía, atendiendo a la misa en el presbiterio.

No hay que tener escrúpulo por imaginarse que un conocido nuestro difunto escucha la misa en el presbiterio y pensar que quizá eso no está bien porque no sabemos si se salvó. Si nos encomendamos mucho a alguien difunto y resulta que no es un réprobo, Dios desviará esas oraciones a otro bienaventurado.

A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz.

Durante años escuché en la misa cómo nos referíamos a Dios como Luz y que Cristo era Luz de Luz. Yo pensaba que era algo meramente poético. Únicamente cuando estuve de capellán en un hospital y escuché relatos del túnel y la Luz al final del túnel, fue cuando me hice más consciente de esa realidad de Dios como Luz.

Con la mano derecha se golpea el pecho, diciendo...

El sacerdote se va a reconocer pecador ante Dios en la siguiente fórmula. En ese momento, las palabras parecen insuficientes y la liturgia ordena que se dé ese golpe, para reforzar la idea de aceptación de la culpabilidad. Él mismo y no otro es el culpable. Sólo queda confiar en la misericordia divina.

Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en tu infinita misericordia, admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires Juan el Bautista, Esteban, Matías y Bernabé...

A pesar de haber pedido tantas veces perdón, otra vez apelamos a la misericordia divina. Afortunadamente, esa misericordia es infinita y, por tanto, no podemos cometer un

pecado que no pueda ser perdonado. Salvo aquel pecado del que nos hablan las Escrituras, ese pecado impide acogerse a la misericordia divina. Pero mientras no caigamos en ese pozo sin salida, la grandeza de Dios siempre será superior a nuestra miseria.

Tras eso, de nuevo otra lista, de nuevo la posibilidad de llamar al altar a más santos, a más protectores. Esta vez se trata de recorrer la Historia de la Iglesia. Aunque, de hecho, se haga a través de la historia de una iglesia concreta, la de Roma y hasta cierta época. Pero eso es sólo una muestra de toda la interminable lista posterior de santos y mártires que no cabría en todo el libro del misal. Por eso una muestra es suficiente.

Acéptanos en su compañía no por nuestros méritos, sino conforme a tu bondad.

Se repite esta insistencia de la liturgia en nuestra indignidad. No somos dignos de estar ante un altar tan sagrado. No somos dignos de comparecer ante la presencia sin mácula del Santo de los Santos. Si decimos eso con sinceridad, debemos reconocer que no somos dignos de entrar en el banquete del Reino de los Cielos. Si tenemos esperanza de hacerlo, es por la bondad de Dios.

Por Cristo, Señor nuestro, por quien sigues creando todos los bienes, los santificas, los llenas de vida, los bendices y los repartes entre nosotros.

Hubiera sido suficiente apelar a la intercesión de Jesucristo. Pero a lo que hubiera sido una breve fórmula, se le añade un

agradecido acto de fe. Fe en que Dios mantiene en el ser a todas las criaturas. Fe en que Dios nos reparte tantos bienes.

Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Jesús hablaba a sus Apóstoles de *ser elevado*, refiriéndose con ello al modo en que iba a morir. Aquí el sacerdote eleva el Cuerpo y la Sangre para ofrecerlos a Dios. Este momento simboliza la elevación en la Cruz. Elevación física sobre el altar, porque Cristo fue físicamente elevado al alzarse la Cruz.

Es tan simbólico este momento en que con mis propias manos ofrezco el Cuerpo y la Sangre de Cristo al Padre, que siempre siento deseos de alargarlo cantando con suma lentitud las palabras de esta doxología. Se llama doxología a un verso corto que alaba a Dios.

Las palabras de esta doxología las canto en modo gregoriano, no pensando tanto en la perfección del canto, como en que mi canto sea expresión de mis sentimientos de adoración. Intento que el canto salga de lo más profundo de mi alma.

Cantar una fórmula es un modo de subrayar lo que se dice, de resaltarlo. Es como si el celebrante dijera a la comunidad: esto no es una cosa más que digo, es algo especialmente importante y por eso lo incienso con mi canto. Es unir las armonías de la música a la profundidad de las palabras.

Todos los fieles presentes en el templo ofrecen la Víctima Pascual al Padre a través de las manos del presbítero. Por eso, aconsejo mantener en alto las dos especies eucarísticas hasta que haya acabado el *amén* del Pueblo. Pues ellos se unen a ese ofrecimiento con ese amén.

Antes de tomar en mis manos las dos especies, puedo preguntarme con toda verdad: ¿Quién soy yo para tomar en mis manos las dos especies consagradas? ¿Quién soy yo para manejar algo tan sagrado?

Recuerda las palabras de Jesús a María Magdalena : *Noli me tangere*, « no me toques » (Jn 20, 17). La Magdalena se había convertido, había seguido a Jesús y también ella había atravesado esas horas tremendas de la Pasión de Cristo. Y aun así no es digna de tocar a Cristo glorificado. Juan sí que tomó ese cuerpo entre sus brazos al descenderlo de la Cruz y los Apóstoles también lo tocaron en el cenáculo tras la Resurrección. Pero ellos lo tocan porque esa acción fue imprescindible para descenderlo de la Cruz, y después resultó necesario para dar fe de la Resurrección.

María Magdalena (aun después de tantas lágrimas derramadas durante la Pasión) no es digna de tocar ese cuerpo, mientras que el sacerdote (aunque esté menos purificado que ella) debe tocarlo para ejercer sus funciones sacerdotales. Pero, recuerda, que aunque tú, sacerdote, debas tocarlo, no eres digno. Si no tuvieras obligación de tocarlo, también a ti te diría el Rey de reyes: *Noli me tangere*.

Este versículo dicho a la Magdalena es muy apropiado para este momento de la elevación, porque el sacerdote, de hecho, no toca la Eucaristía. Sino que la maneja a través de la patena y el cáliz.

Nunca debemos acostumbrarnos a manejar en nuestras manos el misterio de la Eucaristía. Para alimentar nuestra sensación de indignidad, recordemos el pasaje de Oza, cuando sin permiso tocó el Arca de la Alianza :

Y la ira de Yahveh se encendió contra Oza, y Dios le golpeó porque extendió su mano al Arca. Y murió allí al lado del Arca de Dios (2 Sam 6, 7).

Y en Números 4, 15 hablando de los Koatitas, Dios dice: *Pero ellos no deben tocar las cosas santas o morirán.* Sé consciente, sacerdote de Dios, que estás tocando algo más santo que el Arca y que eres indigno de tomar en tus manos algo tan santo aunque lo manejes a través de los vasos sagrados.

Conviene recordar en cada misa que es ese sacrificio de Cristo el que me salva, no mis pobres obras. Mis obras por grandes y bellas que sean, son muy poca cosa frente a la grandeza incomensurable del Cielo. El Reino de los Cielos nos acoge toda la eternidad por ese sacrificio de Cristo.

Es la fe la que nos salva. La fe en que Cristo ha muerto por mí para limpiarme de mis pecados y llevarme al Cielo. Cuando afirmamos que es la fe la que nos salva, en el fondo, estamos diciendo que es la fe en ese sacrificio del Calvario de hace dos mil años la que nos salva. Y hay que recordar que el sacrificio de la misa es esencialmente el mismo que el sacrificio de la Cruz.

Esta doxología es un ofrecimiento. El presbitero verdaderamente es sacerdote al ofrecer con sus manos la ofrenda al Padre. En ningún momento de toda la liturgia de la misa (o de cualquier otra liturgia) el oficiante manifiesta de modo más patente su carácter sacerdotal como en este momento. En otros momentos, ofrece plegarias y alabanzas, incluso la fragancia del incienso material. Pero durante esta doxología ofrece no sólo *verba* sino una *res*.

La ofrenda ya era ofrecida al Padre por el mero hecho de estar depositada sobre el altar. Y hallándose ésta sobre el altar, el sacerdote con la plegaria eucarística ya ejercía su oficio de sacerdote que ofrece. Pero al levantar el Misterio Eucarístico, está

manifestando del modo más patente posible, con gestos y palabras, ese ofrecimiento. Ya nada más se puede hacer para reforzar el carácter de ofrecimiento de ese momento.

La mirada del sacerdote tiene una dirección lógica en muchos momentos de la liturgia. Recitando estas palabras, lo lógico es mirar hacia el Cielo, imaginando que se lo decimos al Padre.

Esta fórmula la dice sólo el sacerdote, pues está actuando como sacerdote que habla en representación de la comunidad. La comunidad se une a la ofrenda con el *amén*. Si esta fórmula la dijeran todos juntos, se difuminaría la diferencia que se ha expresado antes, cuando se ha dicho: *rogad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro*. Hay un solo sacrificio, pero ofrecido a dos niveles. Al nivel de los laicos, y al nivel del sacerdote configurado con Cristo, representante de la comunidad, santificado por los misterios del sacramento del orden sacerdotal.

La misa no es solamente la transustanciación y la comunión; es también un sacrificio. Entre la transustanciación y la comunión, está la ofrenda sobre el altar.

Cuando levanto las especies, le suplico al Señor: Santifica estas manos pecadoras por el contacto con estos sagrados misterios.

Por Cristo

Por Jesús damos gloria al Padre: por sus enseñanzas, por su ejemplo, por sus acciones narradas en los Evangelios, por la gracia que hemos recibido de Él. Por todo eso, estamos allí, ante el altar, ofreciendo ese sacrificio de honor y gloria.

Con Él.

Varias veces en la liturgia habíamos expresado el deseo de que el Señor estuviera con nosotros. Ahora está con nosotros. Ofrecemos esa ofrenda al Padre, y lo hacemos con Cristo, acompañados de Él. Después que ha desaparecido del altar esa presencia, al final de la misa, de nuevo el sacerdote torna a decir: *el Señor esté con vosotros*. Pero en esta doxología con toda razón dice: ¡con Él!

Y en Él.

El fin de todo no es sólo estar con Jesús, sino estar inhabitados por Él. No sólo deseamos estar con Él, sino estar inmersos en Él. No es que esté Cristo ante nosotros, delante de nosotros; sino que estamos revestidos de Él, envueltos en Él, sumergidos en Él. Su gracia nos transforma cada día más en Cristo. Nosotros vamos siendo más y más Jesús de Nazaret si nos dejamos transformar.

A ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo.

Esta doxología es el uno de los tres momentos de la misa en que se menciona a la Santísima Trinidad: al hacer la señal de la

cruz al comienzo de la misa y en el final del Gloria, son los otros dos momentos.

Al sostener en lo alto el Misterio Eucarístico

No hay que hacer como esos sacerdotes que depositan el Misterio Eucarístico sobre el altar, nada más acabar de decir ellos la fórmula y antes de que los fieles respondan con su amén. Conviene que las especies eucarísticas estén elevadas mientras resuena el gran amén de la asamblea. El amén completa ese ofrecimiento y es parte de él. Es el sello de la comunidad a las palabras de su sacerdote. Depositar las especies sobre el altar sin esperar a que finalice el gran eco de la comunidad, da la sensación de no valorar ese ofrecimiento de los bautizados. El amén debería resonar en el templo uniéndose a la elevación del Misterio.

Tampoco pasa nada si el sacerdote mantiene elevadas las dos especies unos segundos tras el amén de la asamblea. Si se explica el simbolismo de ese momento, los fieles suelen estar encantados de unirse en silencio con su adoración a esas pausas.

Si celebro la misa a solas, tengo más tiempo para recrearme en la trascendencia de este momento y después de decir fórmula de la doxología, manteniendo todavía elevadas las especies eucarísticas, puedo acordarme interiormente de las palabras de Simeón: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos...*

Simeón tomó en sus brazos al Dios encarnado. Yo lo tomo en mis brazos como aquel varón justo. Él se preparó con toda una vida de virtud para ese momento. Ojalá yo hiciera lo mismo.

No sólo lo tomo yo en brazos como Simeón, sino que mis ojos como los suyos han visto a mi Salvador. No sólo lo tomo, sino que lo contemplo. Es un privilegio tan grandioso que, en verdad, después de eso podemos pedir que nos lleve de este

mundo: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz.* Aunque no comulgáramos, esta posibilidad de tomarlo en nuestras manos ya habría sido demasiado privilegio. Demasiado privilegio es ya el mero hecho de estar tan cerca del altar, de que Dios nos haya concedido un lugar tan privilegiado frente a estos misterios.

Cuando celebro la misa a solas, aun habiendo acabado las palabras de glorificación de la doxología, mantengo la patena y el caliz elevados durante un minuto o dos, haciéndome consciente, una y otra vez, de que ese momento simboliza a Cristo pendiendo de la Cruz. Otras veces lo mantengo en alto ese minuto o dos recordando la escena de Simeón en el Templo. En ese momento, tú eres exactamente como Simeón. Él vivió toda su vida con la ilusión de ese momento. Ojalá que tú tuvieras ese fervor.

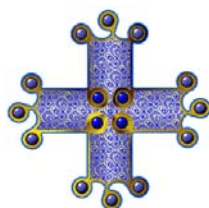
Si en la Consagración rememoro el misterio de la Encarnación, y al hacer la genuflexión revivo la adoración de los Reyes, ahora me imagino a Jesús llevado al Templo y sostenido en brazos del anciano. Hay que dejarlo sobre el altar, como lo hubiera dejado el anciano Simeón sobre un altar colocado en el Templo de Jerusalén a la vista de todo el antiguo Israel.

Con qué solemnidad un Sumo Sacerdote venerable y temeroso de Dios hubiera depositado sobre la mesa de los panes de la proposición al Dios Encarnado en el Templo. Uno puede imaginarse esa escena, con esa mesa colocada justo en la entrada del Santuario, entre las dos columnas, rodeada esa mesa de la adoración de los sacerdotes aarónicos y de los levitas que ministraban en la Casa de Dios, a la vista del rey de Judá y su corte adorando desde el atrio.

Pero ni el mismo Sumo Sacerdote del Templo estaba autorizado por Yahveh no digo ya para tocar el Cuerpo de Cristo, sino ni siquiera para sostenerlo tocando sólo la patena.

Recuerda que Uza que no estaba autorizado para tocar el Arca de la Alianza, murió por trasgredir la orden del Señor: *Se encendió la ira de Yahveh y le hirió por haber extendido su mano hacia el Arca; y murió allí delante de Dios* (I Cron 13, 10). Y eso que Uza no tocó el contenido sacratísimo del Arca, las cosas más santas entre las cosas santas. Sino sólo lo que las contenía. Ten cuidado, sacerdote, no te ocurra lo mismo si tocas algo que es más santo que el Arca de Dios. Qué maldición y castigo acumula el sacerdote que toca el Cuerpo de Cristo con las manos manchadas de lujuria y pecado grave. Si viera el mundo espíritu, se llenaría de pavor hasta por la mera acción de aproximarse al altar. Únicamente entraría al lugar sagrado que es el templo cristiano, para pedir perdón; para eso y sólo para eso.

RITO DE LA COMUNIÓN



La liturgia de la misa es como un templo cuyas cámaras vamos atravesando, hasta llegar a su culminación donde entramos en comunión con la Divinidad Trina. Toda esta parte de la liturgia de los ritos que siguen al final del canon, son ya antecámaras previas a la comunión.

El centro de la Liturgia de la Palabra es el Evangelio, es como su cámara más profunda por usar el similitud del recorrido por un templo. El centro del canon es la consagración. El centro de esta última parte es la comunión. Primero escuchamos a la Palabra, después la vemos en la Eucaristía, por último somos introducidos en su intimidad al recibirla.

A veces también me imagino la misa como un camino por el que transito atravesando tres ámbitos.

El primer ámbito es la escucha de Jesús que nos explica cosas del Reino: el Mesías que hablaba en las plazas, por el camino con los Doce, en lo alto de una montaña a los que se congregaban ante Él.

El segundo ámbito es el Templo, pues la consagración lleva a la adoración. Aquí está el altar, el velo, las plegarias y ese penetrar hacia lo más profundo de las estancias.

El tercer ámbito es la Cena Pascual, el cenáculo donde vamos a recibir la comunión.

El sacerdote debe sentir la urgencia de prepararse lo mejor posible para ese momento supremo, en que nos cerramos en la cámara secreta de nuestro corazón con Él.

Tiene que sentir como la presión de que se acortan las distancias entre el Innombrable y la nada de la criatura. Debe casi sentir pena de que quede tan poco trecho para quedarse a solas con Él, pena por no poderse preparar mejor para ese encuentro. Y por lo tanto, debe poner sus cinco sentidos en hacer muy bien lo que queda.

Durante el canon, me siento como se sentía el sacerdote del Antiguo Testamento cuando alzaba solemnemente sus brazos hacia lo alto, para hablar dirigiéndose a la presencia invisible de Dios que habitaba en el Templo. El gesto de los brazos era amplio y majestuoso como conviene al que habla a Dios en nombre de toda la comunidad.

Después de la consagración, el gesto y el tono es el mismo que antes, pues me siento como el Sumo Sacerdote cuando ha entrado al *Sancta Sanctorum*. También yo estoy no delante del umbral del Templo, sino en su cámara más profunda, ante el Misterio mismo de la Eucaristía.

Pero al entrar en esta última parte conocida como el *rito de la comunión*, me siento como si la liturgia entrase en una parte de naturaleza muy distinta. Es como si pasase de la solemnidad del Templo a la intimidad de la Última Cena.

Las oraciones antes eran solemnes, propias de un Sumo Sacerdote, dirigiéndose al Dios de los Cielos, en medio de nubes de incienso y de fórmulas cantadas con voz grave y profunda. Mientras que en esta parte, todo comienza con la sencillez del

Padre Nuestro. No me imagino a Jesús, recitando esta plegaria, con los brazos alzados con el gesto solemne del Sumo Sacerdote ante el santuario, sino con el gesto típico de los israelitas de orar con los brazos separados, poco elevados, y con las palmas de las manos hacia arriba, como un pobre israelita, como un humilde hijo que se dirige al Padre. Cuando celebro la misa, cambio la postura de mis brazos desde el padrenuestro y en todas las oraciones que siguen.

El cambio de ese gesto lo hago para recalcar que en esta parte la liturgia es como si entrase en la intimidad del cenáculo. Como si el río impetuoso de la solemnidad de las plegarias se remansase. El modo de abrir los brazos (tal como lo he dicho), el tono de la voz, lo adecuo a la fase en la que la liturgia ha entrado.

Además, este nuevo modo de abrir los brazos, más humilde, parece indicar como si el sacerdote presentase su plegaria en sus manos; la suya y la de los fieles.

El presbítero no es ya el Sumo Sacerdote que se dirige con majestad al Todopoderoso, sino el discípulo que va a recibir el Pan de Vida de manos de Jesús. De las cámaras del Templo cubiertas de tapices con querubines, hemos pasado a la simplicidad de una sala donde unos pocos cenamos con Jesús y podemos hablar con confianza.

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir.

Es un atrevimiento porque no somos dignos ni de nombrar al Altísimo, cuyo nombre fue revelado a Moisés. Mucho menos de llamarle *Abba*, Papá.

Pero, a pesar de nuestra indignidad, a pesar de que nuestros labios son indignos de rozar el nombre Yahveh, le llamamos, ¡y le llamamos Abba! Y hacemos tal cosa no por engreimiento, sino porque somos fieles a Jesús y Él nos enseñó que lo hiciésemos.

Padrenuestro

Esta oración es como una gema engarzada en una joya. La gema de las palabras de Jesús, en medio de la joya de las plegarias humanas que la preceden y siguen.

En el Padrenuestro está toda posible oración condensada en una sola plegaria. E incluso se puede entender la misa como un Padrenuestro extendido y glosado: en el cual se produce la santificación del Nombre, en el cual se pide que venga el Reino, etc.

El Padrenuestro es Palabra de Dios, ni siquiera el canon es Palabra de Dios. Hay varias gemas de la Palabra de Dios engarzadas en las plegarias humanas de la misa: las palabras de la transustanciación, el Padre Nuestro, Éste es el Cordero de Dios, etc. La joya del Padrenuestro brilla de un modo especial, por ser una recapitulación de toda oración.

En el Padrenuestro oramos al Padre usando las palabras del Hijo. Y rezamos esa oración con fe y aprovechamiento espiritual por el Espíritu Santo, pues como escribe San Pablo: *Nadie puede decir: “Jesús es el Señor”, sino por el Espíritu Santo* (1 Cor 12,3). Sin el Espíritu Santo, sólo podríamos repetir maquinalmente el Padrenuestro, quedando fríos interiormente.

Al final del Padrenuestro, no se añade *amén*, porque el Padrenuestro se inscribe en una oración que continúa. Si acabara

allí, diríamos *amén*. Pero el Padrenuestro se prolonga en la oración del ministro, como formando una unidad.

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: *La paz os dejo, mi paz os doy*; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad.

Jesús no nos ha asegurado ni las riquezas, ni la salud del cuerpo, ni una larga vida. Lo único que nos asegura es su paz, el perfecto descanso en el seno de Dios. Si alguien no tiene calma en su alma, no es porque Dios no quiera, pues Él quiere otorgar a todas sus criaturas ese sosiego interior que es sobrenatural.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Algunos entienden la eternidad de las almas bienaventuradas como una especie de éxtasis en el que ya no pasa el tiempo: eso es un error. El único que vive en un eterno presente, sin antes ni después, es Dios. Para las almas, incluso separadas del cuerpo, transcurre el tiempo. Sin cuerpo, el tiempo es diverso, consiste en una mera sucesión de antes y después marcada por la concatenación de actos de la inteligencia y la voluntad. A ese tiempo se le llama *evo*; pero, aunque es distinto del tiempo material, es un tipo de tiempo.

Por eso la fórmula hebrea para indicar la eternidad de las almas es *por los siglos de los siglos*. Es decir, indicamos paso del tiempo. El hebraísmo *siglo de siglos* significa que cada año de un siglo lo sustituimos por un siglo. Un siglo de siglos son,

por tanto, 10.000 años. La eternidad de los bienaventurados es una sucesión sin fin de decenas de miles de años.

La paz del Señor esté siempre con vosotros.

Y con tu espíritu.

La rúbrica prescribe que el presbítero hará el gesto de abrir y cerrar sus brazos. El presbítero extiende los brazos en un gesto que parece querer expandir la paz de Jesús hacia la congregación. Pero los cierra, como queriendo recoger los deseos de paz que le devuelve la comunidad.

Como ya se ha explicado anteriormente en esta obra, hay un modo de extender solemnemente los brazos hacia Dios para dirigir hacia Él una importante plegaria como la oración colecta. Y otro modo distinto de extender los brazos más horizontal cuando se saluda a la comunidad, se le da la paz o se dice «este sacrificio mío y vuestro».

También es distinto el gesto de extender los brazos sobre la comunidad para bendecirla de un modo especial como se hace al final de algunas misas. Hay que evitar, por tanto, hacer de todo esto un solo gesto único que no diferencia para nada entre la naturaleza de una oración y otra.

El gesto de abrir y cerrar los brazos hacia el pueblo, tiene lugar en dos momentos durante la liturgia : el primero es cuando el sacerdote dice *orad hermanos para que este sacrificio...* y el segundo cuando dice *la paz del Señor esté siempre con vosotros*. En ambos momentos, simbólicamente hablando, el presbítero con los brazos parece querer dar algo a la comunidad y querer recoger algo de esa misma comunidad: en un caso recoge las plegarias del Pueblo, en el otro recoge sus deseos de paz.

Durante la misa el celebrante al abrir los brazos para decir *el Señor esté con vosotros*, puede mantener los codos pegados al tronco si lo desea, estéticamente queda elegante ese gesto. Y esa extensión de los brazos es más discreta que cuando se dirige solemnemente a Dios, por ejemplo, en la oración colecta.

Del mismo modo que hay muchos matices en el gesto de extender los brazos, también tiene su importancia la vista del celebrante que acompaña al gesto. Unas veces miramos a Dios Padre porque el mismo gesto nos indica que nos dirigimos a Él con solemnidad, otras veces nos dirigimos a la congregación, otras veces miramos al objeto al que nos referimos con lo que estamos diciendo, como cuando bendecimos los dones, otras veces podemos cerrar los ojos para recogernos tras decir, por ejemplo, *oremos*. Como se observa, la naturaleza de las mismas plegarias que realizamos nos indican cual sería la dirección ideal a la que dirigir nuestra mirada.

Dígase lo mismo del tono de la voz. Gesto, mirada y tono del celebrante deben ir concordes con lo que se profiere. Resulta lamentable el tono monocorde de algunos celebrantes que recitan de un modo monótono, sin vida. En unos sacerdotes la misa es vivida, en otros la misa es dicha sin fervor. Pero hay que tener sumo cuidado en evitar la teatralidad. Toda exageración siempre provoca rechazo. La discreción, la prudencia son virtudes a la hora de celebrar la misa. Fervor sí, pero siempre evitando lo exagerado, lo aparatoso. El sacerdote que hace cosas raras en la misa suele ser porque él mismo alberga cosas raras en su espíritu: deseo de destacarse, soberbia, afán de ser admirado. Hacer cosas extrañas en la celebración, como mínimo es signo de falta de madurez. Para eso no hay reglas, es el sentido común el que indica con claridad qué es puro fervor y que es extravagancia.

Daos fraternalmente la paz.

En el presbiterio, por una razón meramente estética, lo más adecuado es darse la paz no estrechando la mano, sino con el abrazo litúrgico tanto con los clérigos como con los acólitos. El abrazo litúrgico consiste en abrazar los brazos del otro hasta el codo. Éste es un gesto mucho más litúrgico que el de estrechar la mano.

Otra razón más se añade a la nobleza de ese gesto para preferirlo, y es que si el celebrante da la mano a varios acólitos, puede encontrarse (sobre todo en verano) con que ha estrechado varias manos sudorosas. Y puede pasar perfectamente que una mano estuviera, incluso, algo pringosa. Perdóneseme que sea tan gráfico, pero esto es así. ¿Debería el celebrante administrar la comunión con la mano sucia como si no hubiera pasado nada? Evidentemente, no. Pero tampoco queda bien volverse a lavar la mano ante los ojos de toda la asamblea. Por eso, porque las manos del celebrante han sido purificadas antes, es preferible el abrazo litúrgico con todos, sacerdotes y acólitos, pues con ese gesto las manos seguirán limpias ya que las mangas de las albas suelen estar perfectamente pulcras.

En algunas liturgias la paz se daba antes del ofertorio, pero la iglesia romana y africana a principios del siglo V ya lo situaban antes de la comunión. No sabemos la razón de por qué en Roma se situaba en esa parte de la liturgia, pero espiritualmente hablando el lugar en la ceremonia es adecuado pues las dos veces que se apareció el Resucitado en el cenáculo saludó a los apóstoles dándoles la paz y eso ocurre hacia el final del Evangelio:

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros (Jn 20,19).

En realidad, la herencia que el Señor deja a sus discípulos en la última Cena es precisamente la paz: *La paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo* (Jn 14,27). Si miramos la misa como la pasión y muerte de Cristo, entonces la paz está mejor situada antes de la comunión que no antes del ofertorio. Si vivimos la misa como un recorrido por la vida de Jesucristo, el momento de la paz está bien situado donde se halla.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

De nuevo, y con ésta van muchas veces, la comunidad vuelve a pedir perdón. Pero si en el *yo confieso* la petición de perdón es más personal, aquí es más comunitaria. Se pide perdón por los propios pecados (ya que se dice *ten piedad de nosotros*), pero también por los del mundo. Los pecados del mundo son tantos que tal petición hay que reiterarla.

¿Por qué se llama cordero al Mesías? Escuchemos a Isaías y Jeremías :

Fue oprimido, fue afligido, pero no abrió su boca. Como un cordero que es llevado a la matanza, y como una oveja que está en silencio delante de sus esquiladores, así él no abrió su boca (Is 53, 7).

Pero él era como un amable cordero conducido a la matanza Y yo que estaba como cordero manso llevado al matadero, sin saber que contra mí tramaban maquinaciones: «Destruyamos el árbol en su vigor; borremoslo de la tierra de los vivos, y su nombre no vuelva a mentarse» (Jer 11, 19).

Tres partes de la misa parecen invitar al canto por su misma naturaleza: el Kyrie Eleison, el Aleluya, el *Sanctus* y el *Agnus Dei*. En las liturgias orientales, resulta inconcebible la glorificación litúrgica de Dios sin canto en una liturgia que fuera meramente recitada. Pienso que el sacerdote, incluso en la misa

diaria con muy poca gente, debería esforzarse en estas partes en ofrecer un canto digno, grave, como lo es el tono gregoriano.

Del mismo modo que en nuestro afán de glorificar a Dios, añadimos incienso a nuestras oraciones, el amor lleva a añadir canto a esas mismas oraciones. Siguiendo, por supuesto, la norma de que si el canto no se va a realizar de un modo digno, es mejor no hacerlo. Pero será muy raro que un sacerdote si se esfuerza no pueda cantar adecuadamente en tono gregoriano esas partes. Porque el tono gregoriano no obliga a tener potencia en la voz. Todos hemos escuchado como un muy anciano Juan Pablo II con un hilo de voz seguía cantando ciertas partes de la liturgia con mucha debilidad, pero con perfección.

Antes he dicho que me imagino el *Sanctus* como un velo antes de penetrar ante la presencia del Misterio de la Eucaristía. Ahora de nuevo el *Agnus Dei* lo percibo como el segundo velo antes de penetrar en la intimidad con Dios que es la comunión. El primer velo es el del Antiguo Testamento, pues el texto del *Sanctus* es veterotestamentario y todavía no se ha producido la consagración que simboliza la Encarnación. Mientras que el *Agnus Dei* es un velo del Nuevo Testamento. De hecho, en la Tienda de la Reunión había dos velos: uno delante del hekal y otro delante del Sancta Sanctorum.

La fracción del Pan

¿Quién osaría romper la cosa más sagrada del mundo, el Pan Eucarístico, sin pedir perdón simultáneamente. Por eso está mandado que se cante o recite el *Agnus Dei* cuando se proceda a realizar tal rito que supone una rotura de la forma.

Las cosas sagradas no se rompen. Pero el quebrantamiento del Pan simboliza el quebrantamiento de Jesús en su Pasión. El

presbítero simboliza en ese momento a los verdugos de Cristo y sus manos son las manos de sus martirizadores.

Cuando el sacerdote parte la forma, puede pensar internamente: Perdón, Señor, cuántas veces estas manos han sido instrumentos de tu pasión.

Conviene fraccionar el Pan siendo consciente de este terrible simbolismo, precisamente este rito conviene hacerlo sin celeridad.

Yo, durante años, dejaba caer los fragmentos sobre la patena y allí los dejaba tal cual habían caído. Ahora me gusta dejar cuidadosamente cada parte de la fracción sobre la patena recomponiendo los fragmentos, volviendo a rehacer la forma de la hostia. Lo hago con cariño, con calma. Reunir los fragmentos restaurando la Forma sobre la patena es un modo de simbolizar la unidad de la persona de Cristo, que aun quebrantado y doliente sigue siendo uno.

Y antes de la *commixtio*, contemplo una última vez a Cristo quebrantado. Recompuesta la forma de la hostia, me imagino que vuelvo a ver a Jesús con todas las marcas y cicatrices de su pasión sobre su cuerpo. Está quebrantado pero es Él. Eso simboliza para mí la Forma recompuesta.

Hay sacerdotes que justo en el momento de ir a comulgar vuelven a partir los dos fragmentos de la forma en otros cuatro, para tomar de esas cuatro partes solo una. Se obra así con el deseo de mostrar la forma entera a la comunidad, pero queriendo comulgar un trozo más pequeño. Tal praxis no es un abuso, aunque siempre es preferible que la fracción se haga en el momento prescrito por la liturgia que no es el momento inmediatamente antes de la comunión.

La commixtio

Ya se ha explicado antes que la separación del cuerpo y la sangre significa la muerte para cualquier ser humano. Por eso, la unión de ambas especies simboliza la Resurrección. Y así la *commixtio* significa la Resurrección de Cristo. Tras la elevación en la Cruz (la elevación de la doxología), tras el quebrantamiento en la Pasión (fracción del Pan), contemplamos su Resurrección (la reunión, de nuevo, de ese Cuerpo con su Sangre).

En el sepulcro de Jerusalén, en la Resurrección, el corazón de Cristo volvió a latir y la sangre volvió a correr por el cuerpo de Nuestro Redentor. En el altar, en la *commixtio*, la Sangre vuelve a llenar el Cuerpo. No importa que el fragmento sea pequeño, porque a pesar de sus dimensiones la unión de las dos especies se produce.

En realidad, esto es un símbolo porque todo Cristo (con su cuerpo y su sangre) está presente en cada una de las dos especies eucarísticas. Pero aunque esto sea así, una especie eucarística simboliza el cuerpo y otra la sangre.

Haec commixtio Corporis et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam aeternam

La rúbrica prescribe que el presbítero haga esta oración durante la *commixtio*, pronunciándola en voz baja. Y aunque la oración se dice en secreto, también se debe hacer una pequeña inclinación de cabeza al nombrar a Jesús en esa fórmula.

Yo sostengo la partícula sobre el caliz mientras digo la fórmula, y echo la partícula al llegar a la palabra *fiat*. Porque me recuerda ese *fiat* de la Resurrección al *fiat* de María en la

Encarnación. Es como si en ese momento escuchara a Dios Padre dijera *fiat* y la Resurrección se produjese.

La partícula que arrojamos en el cáliz deja un hueco en la hostia de la patena. Al contemplar ese hueco, me parece estar viendo la herida del corazón provocada por la lanza. Casi siempre, incluso, tomo esa partícula del centro de la hostia, para que el simbolismo con la lanzada sea más claro. Pues al recomponer los dos (o más) fragmentos sobre la patena queda patente ese hueco que parece una llaga en el centro, en el corazón de Cristo. Y en realidad el hueco en la forma no está situado exactamente en el centro, sino a un lado del centro. Como recordando que la llaga se abrió en un costado.

Tras la *commixtio*, el Vino que empapa el Pan lo imagino como la sangre que vuelve a fluir por las venas del cuerpo del Resucitado.

La segunda oración secreta tras la *commixtio*

Después de esa oración secreta, viene una segunda oración secreta. La cual se puede escoger entre las dos que propone el misal:

1ª oración: Domine Iesu Christe, Fili Dei vivi, qui ex voluntate Patris, cooperante Spiritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti: libera me per hoc sacrosantum Corpus et Sanguinem tuum ab omnibus iniquitatibus meis et universis malis: et fac me tuis semper inhaerere mandatis, et a te numquam separari permittas.

2ª oración: Perceptio Corporis et Sanguinis tui, Domine Iesu Christe, non mihi proveniat in iudicium et condemnationem: sed pro tua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis, et ad medelam percipiendam.

Siempre me sorprende el carácter casi instantáneo con que algunos clérigos parecen recitar estas oraciones secretas en las que el sacerdote pide por sí mismo. Pide por sí mismo, pues

privadamente pide perdón de los pecados (otra vez más), así como protección contra el mal y gracias para estar unidos a Dios.

El sacerdote hace genuflexión

Es la genuflexión ante Cristo que acaba de resucitar. Jesús resucitó hace dos mil años, pero ese misterio se me manifiesta aquí, ahora, sobre el altar, delante de mí, delante de todos los presentes.

Mi genuflexión simboliza la postración de los Apóstoles cuando su maestro se apareció en el cenáculo.

No hago una genuflexión rápida, sino que estoy unos instantes adorando a Jesús resucitado: inclino la cabeza, contemplo el cáliz que contiene el Cuerpo por cuyas venas corre y late la Sangre de Cristo. La Pasión ha acabado.

Cuando celebro a solas, me arrodillo con las dos rodillas y estoy meditando ese misterio durante un par de minutos antes de proseguir.

El sacerdote muestra a todos los presentes la Forma consagrada

Recuerde el sacerdote que debe colocar la patena debajo de la forma cuando la eleva en este momento. Eso se hace como gesto de respeto. Como signo para expresar el deseo de que ni la más pequeña partícula de forma pueda caer fuera de la patena.

Si he fraccionado la forma en dos partes, prefiero mostrar la forma entera uniendo las dos partes de manera que formen de nuevo una circunferencia perfecta, esto es, las uno de manera

que no se solapen. Lo prefiero así, para mostrar la Forma en todo su esplendor y belleza: Cristo estuvo quebrantado, pero ahora se nos manifiesta restablecido.

Es decir, la forma sufre la fracción como símbolo del quebrantamiento de la Pasión. La rotura siempre es símbolo de sufrimiento. Ahora, tras la Resurrección, se muestra a la comunidad a Cristo restaurado de nuevo. La línea de unión entre las dos partes simboliza los estigmas. Ciertamente que a la forma le falta el trocito que se ha depositado en el caliz. Esa herida en la forma simboliza la llaga del corazón. *Trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente* (Jn 20, 27).

Dado que la *conmixtio* simboliza la Resurrección, esta elevación simboliza la Ascensión. La patena debajo simboliza la nube que nos lo ocultó.

Si el sacerdote no quiere comulgar la forma entera, sino que prefiere tomar un trozo más pequeño, resulta preferible que parta la forma en varios trozos más pequeños durante el momento indicado por el misal para la partición ritual del Pan.

Si la forma ha sido fraccionada en varios trozos pequeños, se eleva una porción de ésta, la porción más grande. Elevar no la forma entera sino una porción, resulta perfectamente correcto, porque desde el simbolismo antes mencionado, esa porción expresa a Cristo resucitado. Una sola porción sin partes que se unen, una porción que es en sí misma una unidad. Pero aun siendo una unidad, muestra en sí los signos de la Pasión en sus bordes irregulares.

Lo que resulta incorrecto es elevar el cáliz sosteniendo la forma encima. Porque la división entre cuerpo y sangre simboliza la muerte. Volver a mostrar lo que expresa la muerte cuando Cristo ha resucitado, resulta un error.

El que eleva las dos especies se pregunta: ¿Por qué voy a elevar el Pan cuando Cristo también está en el Vino Consagrado? La respuesta es clara: Porque la Sangre de Cristo separada del Cuerpo es símbolo de su pasión y muerte. Por eso, la liturgia indica que se eleven las dos especies en un momento de la ceremonia y no en ese otro momento. La rúbrica es clara y debe ser obedecida sin pensar que los antiguos, durante siglos, no cayeron en la cuenta de que el cáliz estaba allí.

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Esta fórmula recuerda a San Juan Bautista señalando al Mesías: *Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios»* (Jn 1, 36).

El Bautista sólo le señaló ante sus seguidores; yo, mucho más afortunado, le señalo al mismo tiempo que le toco con mi mano.

Es conveniente decir esta fórmula en tono de proclamación, pues es como un anuncio majestuoso. Yo elevo la forma y dejo un instante de silencio antes de pronunciar la fórmula. Para que los fieles vean y adoren.

Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequeis. Pero si alguno ha pecado, tenemos un defensor (en griego *paracletos*) junto al Padre: Jesucristo, el Justo. Y Él es la víctima de expiación por nuestros pecados. No solamente por los nuestros, sino también los de todo el mundo (1 Jn 2, 1-2).

En el comienzo de la misa, pido perdón por mis pecados (yo confieso). Ahora pedimos perdón por los pecados del mundo en perfecta continuación de lo que hemos pedido en el *Agnus Dei*.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y el ángel me dijo: *Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero* (Ap 19, 9).

Después de la primera frase *Éste es el Cordero de Dios...* dejo una segunda pausa antes de decir la segunda frase *Dichosos los invitados...*, no sólo porque se trata de un momento especialmente importante (una mostración del Dios Encarnado ante la comunidad), sino porque son dos afirmaciones yuxtapuestas pero diversas por su contenido.

A la primera frase, le doy un tono majestuoso y neutro. Como si la pronunciase San Juan Bautista a la multitud junto al Jordán. Es una afirmación que es un gran acto de fe. A la segunda frase, le doy un tono de esperanza. Es decir, quiero que los que la escuchan sientan en esa frase la dulzura de una invitación.

Y después de la segunda frase mantengo la forma elevada unos instantes para que la comunidad contemple el Misterio de Dios y oculto en la forma. La mantengo elevada en silencio un momento antes de pronunciar la primera fórmula, la sostengo un poco después de que los fieles contesten *Señor, yo no soy digno...*

Cuando mantengo elevada la forma sobre la patena, a veces me digo a mí mismo: *Éste es todo mi trabajo. Mostrar a Cristo a los hombres.* Mis predicaciones, mis obras, todo lo que hago, se resume en esa acción simbólica. Todo gira alrededor de ese gesto litúrgico.

Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Este versículo del Evangelio, algo reformado, es el último recuerdo de la indignidad que tenemos para recibir algo tan sagrado. El versículo de Mateo 8, 8 reza así literalmente:

Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero sólo di [la] palabra y mi siervo será sanado.

A pesar de todas las peticiones de perdón que se han desgranado a lo largo de la misa, finalmente, no somos dignos. Pero hacemos un acto de fe en el poder sanador, regenerador, de la voluntad de Cristo.

El sacerdote se inclina un poco sobre el altar.

Como señal de respeto, el sacerdote no recibe este don sagrado totalmente erguido. Ya que no puede postrarse y comulgar a la vez, al menos se inclina un poco. A mí me gusta inclinarme mucho hacia delante apoyando ambos codos sobre el altar.

La liturgia no me ofrece la posibilidad de postrarme ante Cristo en ese momento. Pero, al menos, es como si me postrara sobre el altar. Con los codos apoyados sobre los manteles y el cuerpo echado hacia delante, me coloco de una manera que es la inclinación llevada a su máxima expresión. Para poder hacer eso, cuando era el momento del ofertorio he situado el corporal en el centro del altar, no en un borde.

Corpus Christi custodiat me in vitam aeternam.

El sacerdote debe decir esta oración en voz baja antes de tomar la forma.

Qué impresionante el respeto de la Iglesia que en el momento inmediatamente previo a recibir el Pan de los Ángeles, nos indica al presbítero que haga esta oración.

Si la anterior elevación sobre la patena simboliza la Ascensión, la comunión simboliza la unión en el Cielo del alma con Cristo. Toda la misa ha sido, en cierto modo, como una preparación para llegar a este momento.



La comunión del Pan bajado del Cielo

En el instante en que la hostia toca mis labios puedo pensar en el beso de Judas. Que mi imperfecto beso borre un poco el amargo sabor del beso de Judas. Que mi beso limpie de mis labios todos los restos pegados a ellos por haber besado los ídolos del mundo.

Padre, toca mis labios con el carbón encendido traído por el ángel desde el Cielo y puesto sobre el altar. Abrasa con él la impureza que hayan dejado en mi boca las palabras contra la caridad, las palabras de soberbia, de hiel que han brotado de mi corazón y salido por el caño de mi boca.

La boca que toma el Pan Eucarístico debería ser un santuario de palabras de alabanza y caridad.

Que esa *Res Sanctissima* penetre hasta mi pecho y allí sane la fuente de esas palabras y de todo mal que es mi corazón.

Tras la comunión, lo lógico es erguirse y quedarse en silencio unos instantes con los ojos cerrados. Todos los presentes entenderán que el celebrante quiera recogerse dentro de si unos momentos.



Al beber del Cáliz de la Salvación

Resulta muy recomendable poner el purificador bajo la barbilla por si resbalase alguna gota. Aunque este gesto (como el de la patena colocada bajo la hostia durante la elevación) es más bien un gesto de respeto, pues nunca suele caer ninguna gota. Pero ese gesto ya es de por sí una muestra del cuidado máximo que tenemos para que no caiga ni una gota del contenido del cáliz.

Antes de comulgar el sacerdote dirá en voz baja: *Sanguis Christi custodiat me in vitam aeternam*. Estamos en gracia de Dios para recibir esa Sangre. Ojalá que el Señor nos preserve ese estado de paz con el Creador hasta llegar al puerto seguro de la salvación eterna. No des por descontado que será así y pídelo con humildad sea cual sea tu edad.

La administración de la comunión a los fieles

Al comulgar, la hostia es la perla preciosa de la parábola del Evangelio. Perla que debemos conservarla y no perderla. Cuando los sacerdotes damos la comunión a los fieles, debemos esforzarnos lo más posible en no perder nuestro recogimiento y mantener nuestra adoración interior.

San Juan Crisóstomo escribió: *Al retirarnos de esta mesa, debemos ir como leones que respiran llamas*. Llevamos a Cristo en nuestro pecho, portamos al Niño Jesús en nuestras manos lo mismo que Simeón en el Templo, su Sangre todavía está en nuestra boca. Adoremos mientras administramos este sacramento.

Cuando el sacerdote va a dar la comunión a los fieles, conviene que ponga la palia sobre el cáliz. Así evitará que cualquier insecto pueda ir al cáliz mientras está desatendido. Lo mismo vale para los copones que pudieran quedar sobre el altar. Un Misterio tan sagrado debe quedar tapado si el sacerdote abandona el ara.

Aconsejo administrar la comunión cogiendo la Forma con el pulgar debajo y el índice arriba. De esta manera, es mucho más difícil que el dedo del sacerdote toque el labio del fiel, que si se hace al revés. En las fotos se puede observar que el Papa Juan Pablo II y nuestro actual Papa Francisco dan la comunión como estoy describiendo.

Yo suelo dar la comunión desde el primer escalón del presbiterio, sin bajarme de él. Así, de forma natural, sin necesidad de dar ninguna indicación, la gente suele levantar la cabeza y echarla un poco hacia atrás para recibirla.

Pero no está mal que el sacerdote, una vez cada año o dos años, recuerde que, al ir a recibir la comunión, conviene que la lengua cubra el labio inferior e incluso que aconseje a los fieles echar la cabeza ligeramente hacia atrás. Y, desde luego, no inclinar la cabeza hacia abajo, ni querer atrapar la Forma con los dientes en el aire.

Para los que comulgan en la mano no estará de más advertir una vez al año (pues siempre llega gente nueva), el modo en que hay que recibir la comunión: abriendo la palma de la mano y comulgando allí, delante del sacerdote, antes de irse.

Para aquellos que se oponen a la comunión en la mano, me limitaré a repetir lo que Cristo dijo: *Lo que ataréis en la tierra, quedará atado en el cielo*. Luego si la Iglesia con su autoridad dice que se puede lícitamente comulgar en la mano es que se puede.

Algunos contra esa decisión, apelan a supuestas apariciones de la Virgen María. Por supuesto que la Virgen María no va a hacer la guerra a los obispos. ¡En qué cabeza cabe ese despropósito! La administración de la Iglesia fue dejada en manos de los Apóstoles, los cuales entregaron esa administración a sus sucesores, los obispos.

Cada uno tiene libertad para preferir un modo u otro de comulgar, para buscar razones a favor de un modo o de otro. Pero nadie puede desautorizar a los obispos sin pecar. Por otra parte, está fuera de toda duda que la comunión se recibió únicamente en la mano durante siglos. Los textos son abundantísimos, así como del hecho de que los laicos llevaban la comunión a prisiones y otros lugares. Cuantas injustas descalificaciones personales de falta de fe en la presencia real de Cristo he escuchado contra los que defendían la praxis

actualmente vigente. Sin embargo, después de leer este libro, no creo que nadie me acuse de no tener reverencia a la Eucaristía.

¿Qué hacer si una forma cayera en el suelo desde una boca de alguien desagradablemente enfermo o cayese en un lugar sucio? En casos así, como es natural, al sacerdote le dará reparo ingerir esa forma y no tiene por qué hacerlo. En una situación así, la recoge del suelo y sube al altar para dejarla sobre el corporal. Acabada la purificación de los vasos sagrados, dobla el corporal con la forma dentro. Después de la misa, en la sacristía, la deja en un bote de agua dentro del armario donde guarda los vasos sagrados. Tras varios días, la forma se disolverá completamente. Esa agua la echará sobre tierra que no vaya a ser pisada: una maceta, un trozo del jardín. Hará allí un pequeño hoyo, echará el agua de su interior. Volverá a echar agua limpia en el bote para purificar cualquier resto que quedase y la echará en el hoyo también. Después tatará el hoyo.

Si se encontrara en algún lugar una forma de la que uno no supiera si está o no consagrada, de ningún modo se colocará en el sagrario ni tampoco se tirará sin más. Se procederá de la misma manera que se ha descrito.

Al abrir el sagrario para dejar el copón

Al abrir el sagrario, recuerdo una preciosa canción, muy antigua, que tenía como título: *¡Quién tuviera la llave del sagrario!* Cuantas almas darían lo que fuera por ese privilegio, aunque sólo fuera para llevarla colgada de una cadena cerca de su corazón y nada más, sin poder nunca abrir esa puerta.

Cuando abras el sagrario, recuerda que ese tabernáculo es más santo que el Arca de la Alianza, la cual sólo era sombra de ese sagrario.

La purificación de los vasos sagrados

Se puede hacer en la credencia o a un lado del altar, pero no en el centro del altar. Eso se debe a que la limpieza del cáliz, la patena y los copones no constituye, en sí mismo, un acto de adoración. Recordemos que cuando el sacerdote mezcla el vino y el agua en el cáliz tampoco lo hace en el centro del altar por la misma razón. Tampoco cuando el celebrante se lava las manos, sino que también se desplaza a un lado del altar. La razón de ello, en esos tres momentos de la liturgia, es que se trata de actos que aun formando parte de la ceremonia no son actos de adoración, y por eso su lugar no está en el centro del altar.

Para purificar el cáliz lo ideal es que se eche agua, se suma ésta y después se vuelva a echar agua. Siempre es preferible echar dos veces agua para que así quede más limpio el cáliz por dentro. La razón de la doble ablución de este vaso sagrado es evitar que quede algo del vino consagrado en la parte interna del cáliz. Pues con una sola ablución aunque se haya diluido, algo seguirá quedando. Repitiendo la operación, la cantidad será mínima.

Al purificar la patena, algunos sacerdotes tienen la costumbre de golpearla con la uña, para que las partículas caigan sobre el cáliz. Ésta es una costumbre desaconsejable. Un golpe de la uña sobre el baño de oro no deja marca apreciable. Pero un par de golpecitos de ese tipo cada día, suponen seiscientos al año; y eso sí que deteriora ostensiblemente la superficie de la patena.

En el caso de que quedase alguna mancha sobre la patena, siempre se puede pasar una última vez el purificador después de haber limpiado el cáliz. Con el purificador humedecido es como

se debe limpiar ese tipo manchas. De ningún modo a base de restregar una y otra vez apretando con fuerza. Esto es útil sobre todo en el caso de patenas muy grandes.

Del mismo modo observamos que algunos sacerdotes restriegan con fuerza el interior del cáliz con el purificador. Como si tuvieran el escrúpulo de que quedara algo sobre la superficie y quisieran resolverlo a base de energía y presión. Eso no sólo acaba con el baño de oro rápidamente, sino que acaba también por desajustar la copa del cáliz respecto al nudo al que suele ir atornillado en la mitad de su pie. Hay que secar el interior del cáliz con suavidad y dignidad. Es el agua lo que limpia la especie eucarística. Frotar y frotar con el purificador seco el baño de oro, sólo sirve para deteriorarlo.

Dígase lo mismo para los copones, limpiarlos por última vez con el purificador humedecido tras la limpieza del cáliz es siempre una buena medida. Resulta perfectamente correcto echar unas gotas de agua en el copón para realizar esta operación.

En el caso de que al acabar todas las formas de un copón se observase que quedan demasiadas partículas de pan, siempre es mejor echar agua en él y derramar esa agua en el cáliz para sumirla.

Cuando en una misa multitudinaria hay muchos copones, lo mejor es trasvasar el agua de un copón a otro, y limpiar su interior con el purificador bien humedecido. Limpiar muchos copones con un purificador seco, sin agua, significará no purificar bien por más empeño que se ponga.

Cuando llegamos a las parroquias, siempre nos encontramos con algunos purificadores que son de fibra artificial. Ese tipo de tela extiende las gotas pero no las absorbe. Lo mejor que se puede hacer es, sin miramientos, quitar del servicio esos purificadores y

sustituirlos por otros de algodón. El algodón es mucho más suave que el lino y lastima menos el baño de oro de esos vasos.

Cuando un purificador ya está muy viejo o se rompe, se debe quemar y tirar sus cenizas sobre tierra que no vaya a ser pisada: el jardín de la rectoría o una maceta por ejemplo. No se debe tirar a la basura esas cenizas, porque son cenizas de una tela que entró en contacto con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Si se prefiere, también se puede enterrar en tierra sin quemarlo. Pero esto sólo se debe hacer si la tierra es muy húmeda y recibe muchas lluvias. La humedad irá destruyendo la tela. Pero si la tierra es seca, no lo hará. Si se dispone de terreno, siempre es preferible enterrar lo sagrado sin quemarlo, y que sea la naturaleza y no la mano del hombre la que deshaga algo sagrado.

Quod ore sumpsimus Domine, pura mente capiamus et de munere temporali fiat nobis remedium sempiternum.

El sacerdote recita esa fórmula en voz baja al sumir el agua de la purificación de los vasos sagrados. Con esa oración pide a Dios ser puro en el alma al tomar esa agua santa. Y le ruega después que ese elemento material, el agua, sea para él una medicina eterna. Medicina eterna porque lo que hay que lograr es la salud que ya nunca pasará en los cielos.

Esta agua tomada con devoción y consciencia es una verdadera agua lustral que purifica el alma. Purificando los vasos sagrados nos purificamos a nosotros mismos.

Al sumir esa agua, uno puede pedir limpiar esa boca de la maledicencia y de la gula.

La oración que manda la Iglesia que el sacerdote diga es para recordarle que debe estar orando mientras realiza esta acción ritual de purificar los vasos sagrados.

Acabada la purificación, se cubre el cáliz con el velo. Todo lo sagrado se cubre con un velo. Lo lógico sería que todos los vasos sagrados (patena, cáliz y copones) estuvieran cubiertos por un velo. No sólo por razones espirituales –lo sagrado se vela-, sino también para evitar que caiga el polvo o se posen los insectos. Colocando el cáliz en el centro de la mesa, un velo amplio y sutil cubrirá de forma muy bella todos esos vasos. Cualquier señora colaboradora de la parroquia puede comprar una tela blanca bonita y coser un galón de casulla en dos de los extremos de esa tela.

Además, hoy día sabemos que la copa que los judíos usaban para la cena del Sabath estaba cubierto por un velo. Esta costumbre de cubrir el cáliz con un velo ha continuado de forma ininterrumpida desde los tiempos de Jesús. En cualquier caso, hoy

día, al menos el cáliz sí que debe cubrirse porque así está mandado. El color blanco vale para todos los días.

Ya se ha dicho antes que no es lo mejor dejar todas las cosas necesarias para la misa en una mesita pegada al altar. El altar debe resaltar como elemento único en el centro. Además, la liturgia consiste no sólo en orar, también en hacer cosas: moverse, llevar y traer objetos, mezclar el agua con el vino, etc. Moverse por el presbiterio forma parte de la liturgia.

En siglos pasados, esta idea del movimiento estaba muy clara y así lo atestiguan las credencias situadas en pequeños arcos en los muros de piedra. Después se pasó a colocar todo junto al altar. Y, por último, se pasó a dejarlo todo sobre el mismo altar.

Lo ideal es tener una credencia o mesita a un lado del presbiterio para el vino, el lavabo y otras cosas necesarias. Y otra mesita distinta, al otro lado del presbiterio, únicamente para los vasos sagrados, todos ellos cubiertos por un único velo amplio.

RITOS FINALES



La conclusión de la misa se hace con un rito consistente en varios actos más. El paralelismo entre el pórtico de ingreso a la misa, y el pórtico por el que se sale, así resulta manifiesto. Como si la liturgia fuera un templo que hemos atravesado de parte a parte, entrando por una puerta y saliendo por otra.

La misa como dos mesas, la de la Palabra y la de la Eucaristía, precedida por unos ritos iniciales y acabada con unos ritos finales.

El sacerdote se retira a la sede.

Con eso se deja claro, que ha concluido la parte sacrificial. Cristo ya no está sobre el altar. El cual queda vacío, como vacío quedó la losa sobre la que se le colocó a Él en el sepulcro. Si uno cuenta con acólitos, lo ideal, incluso, es retirar el atril y el misal, para acabar como se empezó, con el altar completamente vacío.

Desde este momento, el centro ya no es, por tanto, el altar, sino la sede. Este hecho de que Cristo ya no está en el altar y de que el presbítero ocupe la sede, es de nuevo un símbolo de que

Cristo ha ascendido a los Cielos y ha dejado a los sacerdotes como presidentes de la celebración, como sus representantes.

Ese paso del altar a la sede, es como el paso del final del Evangelio al comienzo de Hechos de los Apóstoles. Es como el paso de la época mesiánica a la época apostólica. El sacerdote en la sede es el pastor del rebaño. Cristo ya no está sobre el altar, ese presbítero preside y gobierna en su nombre.

Si al comienzo de la misa el sacerdote se puede sentir como un Moisés presidiendo a su pueblo, ahora se puede sentir como un Pablo presidiendo a su comunidad.

Oremos

De nuevo resurge la invitación inicial (del comienzo de la misa) a orar en silencio.

Es una invitación a hacer una última oración. Después de tantas oraciones, por última vez la liturgia invita a los fieles y también al sacerdote a concentrarse en el acto de orar. Por eso el sacerdote no dice *orad* sino *oremos*.

Resulta fácil en ese momento haber caído en el cansancio por la prolongación de las oraciones, es fácil por la debilidad de la concentración caer en la rutina de repetir oraciones sólo con los labios, por eso Dios, a través de las rúbricas, nos pide que, de nuevo, nos concentremos en orar. Y que nos concentremos justo antes de hacer la última gran oración, la oración conclusiva. La postrera vez en que el oficiante se dirige a Dios en esa liturgia.

El silencio debe ser suficientemente largo, como para poder hacer algún tipo de oración personal. Si no fuera así, el *oremos* seguido de una pausa carecería de sentido. El *oremos* seguido de

una pausa tan corta que fuera inútil, se convertiría en una mera palabra sin contenido.

En esa pausa, el sacerdote también puede recordarse a sí mismo lo bien que tiene que hacer esa oración, externa e internamente pues se coloca ante el Trono de Dios para officiar como aquellos santos presbíteros que continuaron la labor de los Doce. Debe hacerla bien externamente con dignidad e internamente con concentración.

Cuando el sacerdote dice *oremos*, no es el momento de buscar una página en el libro de la sede, de dar indicaciones al monaguillo o de ajustar el micrófono. Todas esas cosas deben hacerse antes de esa invitación. Y, una vez que ya está todo preparado, es cuando el sacerdote invita a todos a la oración. Si el mismo que preside la celebración no ora, los demás viéndole tampoco lo harán. Pero si le ven orar y prepararse para la oración final, los demás se sentirán impulsados a hacer lo mismo. Por eso, si hay que buscar la página que se va a leer o hay que ajustar la altura del micrófono, hágase antes del *oremos*.

Insisto en que las pausas tan breves en las que no da tiempo a prepararse a la oración, en las que no da tiempo a hacer ningún acto interno, son pausas vanas e inútiles.

La oración post comunión

Esta oración tiene un carácter diverso de la realizada en el comienzo de la misa. En la primera simplemente pedíamos. En ésta pedimos con una razón más en nuestras manos: hemos ofrecido el sacrificio de alabanza. Toda la liturgia ofrecida solicita con humildad que se nos escuche.

Por Jesucristo Nuestro Señor.

Cristo, su persona, su amor, interceden por nosotros. Pedimos al Padre apelando a esos méritos. Esa conclusión del sacerdote viene a decir: me atrevo a comparecer ante ti, por todo lo que por nosotros sufrió tu Hijo.

Yo que soy nada, oso venir ante tu Trono Santísimo, por el amor que nos tuvo Jesucristo. Si no fuera por eso, mi indignidad no me permitiría ponerme ante ti.

La fórmula de conclusión esta vez es la breve. La larga ha sido dicha para concluir la oración colecta y no es necesario repetirla tres veces más: en la conclusión de la oración de los fieles, en la oración de las ofrendas y en la oración postcomuni3n. Apelamos a esa intercesi3n, pero sin repetir toda esa fórmula entera que es suficiente hacerla bien una sola vez.

Los avisos antes de la bendici3n

Éste es el momento de la liturgia en que se pueden dar algunos avisos. Por favor, evítense los avisos larguísimos. La comunidad se siente desalentada cuando comienzan los avisos antes de la bendici3n y el sacerdote dice: *Pueden sentarse un momento*. La cara de la feligresía lo dice todo.

No hay nada mejor para acabar, después de una liturgia sin sentimiento y un aburrido serm3n, que una inacabable lista de avisos en que uno palpa en el ambiente el anhelo por salir de la iglesia. Cuántas veces ese anhelo es palpable. La conclusi3n del sentido com3n resulta evidente: pocos avisos y breves.

Lo mejor es no tener que dar ning3n aviso. El mejor lugar de los avisos es un cartel a la entrada de la iglesia. Los curas se quejan de que no leen los carteles. ¡L3gico!, hay veinte o treinta

carteles a la entrada. Cualquiera entiende que a la entrada sólo debe haber un cartel si éste quiere ser leído. Un cartel, una vez leído por todos los que han entrado en la iglesia ese fin de semana, se puede quitar.

Pasado el fin de semana se quita el cartel; a la entrada del templo sólo debe haber un cartel o ninguno; si se procede así, los carteles SIEMPRE son leídos.

Si se obra de este modo, se logra que sean muy pocas las misas dominicales en las que se den avisos. Un aviso en la misa debe ser algo excepcional, para eso ya está el cartel de la entrada. Pero si se da un aviso, éste debe ser de tres o cuatro frases. Obrar de otra manera supone desconocer las ganas que la gente tiene de salir ya.

Peor todavía cuando el aviso, en realidad, consiste en que una persona de la parroquia *va a explicar lo que están haciendo*. Después el párroco se enfada de ese colaborador se ha alargado mucho. En realidad, el culpable es el mismo párroco. Sólo un recién ordenado puede desconocer lo que le gusta a un colaborador *explayarse* acerca de la tarea que están llevando a cabo en la parroquia.

El Señor esté con vosotros.

Se recuerda, por última vez, que el fin de todo lo que se ha realizado es ése y sólo ése: que Dios nos acompañe a través de una continua presencia de Dios, que Dios nos inhabite.

Se han pedido muchas cosas, se han hecho muchas cosas, pero todo se recapitula en la simplicidad de esa fórmula: *Dominus vobiscum*.

La bendición.

Es Dios mismo quien bendice a través del presbítero. No es una petición, se trata de un sacramental. En la bendición siempre se recibe algo material o espiritual. El mismo sacerdote se bendice a sí mismo al impartir la bendición.

En la medida en que se reciba con más fe esa bendición, se recibe más. *Oh mujer, grande es tu fe. Que te ocurra como deseas* (Mt 8, 15).

Si se tiene poca fe en la bendición, se recibe poco. Si se tiene más fe de que es una actuación de Dios, se recibe más.

Alguien puede pensar, cuánto me hubiera gustado recibir una bendición de Jesucristo cuando Él estaba visible sobre la tierra. Pues si tienes fe, será Jesucristo el que te bendiga a través del sacerdote. En la liturgia hay un momento de escuchar, otro de adorar, otro de recibir bendición.

Hemos mencionado a la Santísima Trinidad justo al comienzo de la misa, y la mencionamos justo al final.

Introdujeron el arca de Dios y la colocaron en medio de la Tienda que David había hecho levantar para ella. Y ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión en presencia de Dios.

Cuando David hubo acabado de ofrecer los holocaustos y sacrificios de comunión, **bendijo al pueblo en nombre de Yahveh**, y repartió a todo el pueblo de Israel, hombres y mujeres, a cada uno una torta de pan, un pastel de dátiles y un pastel de pasas (I Cron 16, 1-3).

La torta de pan simboliza el Pan de los Ángeles. El pastel de pasas simboliza la Sangre de Cristo. La uva para transformarse en pasa, ha tenido que pasar por su propia pasión. El pastel de dátiles representa las dulzuras del Espíritu Santo. Porque en la misa no sólo se recibe al Hijo, también al Espíritu Santo. Además de dar de comer, David bendijo al pueblo; lo mismo sucede en la misa.

Podéis ir en paz.

La misa comienza deseando que el Señor esté con nosotros, en nosotros, y acaba con esa paz dentro de nosotros. Toda la liturgia se halla situada en medio entre el saludo y la despedida, y tiene como fin que esa paz penetre y resida en nosotros. La misa, por tanto, debe ser una liturgia transformativa.

Bien es cierto que el *podéis ir en paz*, es el modo en que se ha decidido traducir la fórmula latina *ite missa est*. Las palabras elegidas para despedir la asamblea resultan acertadas, porque esta fórmula latina es una de las más antiguas fórmulas romanas, y de ahí que resulte arcaica y de difícil traducción.

Se nos presentan distintas formas de entender esta expresión:

-La misa ha sido acabada, *missa est [finita]*.

-La misa existe, *missa EST*. Es decir, como si dijera que la misa existe, como una realidad concluida, ante Dios. Es decir, que la misa está ante la presencia de Dios.

-Las ofrendas han sido ya enviadas, *missa sunt*. Como si las ofrendas espirituales ya hubieran sido enviadas ante el Trono de Dios.

Aunque existen otras opciones más complejas (y, en mi opinión, menos creíbles) para poder explicar el origen de esta fórmula latina, creemos que la tercera (*missa sunt*) es la más probable y la más bella: el ángel ya ha llevado vuestras plegarias, alabanzas y sacrificios personales ante Dios.

Demos gracias a Dios

La antiquísima fórmula *Deo gratias* formaba una unidad de sentido con el *ite missa est*. Es decir, damos gracias a Dios porque las ofrendas han sido llevadas por los ángeles ante el Trono de Dios.

Es decir, el *Deo gratias* venía unido al hecho de ese envío hacia el Cielo de esas ofrendas: sacrificios personales, plegarias, alabanza.

En la actual traducción, las gracias se dan porque hemos logrado la paz de Cristo, porque hemos aumentado nuestra paz en Él. Dos finales para la misa (el final latino y el de las lenguas vernáculas) que son dos razones para dar gracias al final. En uno la razón es ascendente (hemos enviado) en el otro descendente (hemos recibido). Ambas razones son justas para dar gracias. El sacerdote puede meditar en la despedida unas veces una razón, y otras veces la otra razón dependiendo si celebra en latín o en una lengua vernácula. Pues resulta enriquecedor que en una parroquia, de vez en cuando, se celebre en latín. No fue deseo del Concilio Vaticano II eliminar el latín de la vida litúrgica. En mi parroquia, cada mes había una misa en latín en un día de diario.

El beso al altar

El esposo saluda y se despide de su esposa con un beso. Los manteles del altar son como el lecho de nuestro tálamo. El tálamo de nuestra más perfecta unión con Dios. Por eso nos despedimos con un beso que muestra nuestro amor por esa unión.

Besamos el lugar donde ha tenido lugar el holocausto. El punto exacto desde el que ha partido el Cuerpo de Cristo como si allí mismo se hubiera producido la Ascensión.

La inclinación al altar

El beso es expresión de amor. La inclinación lo es de reverencia.

Tras el beso, deseamos de forma expresa manifestar nuestra veneración. Podríamos decir que tal reverencia está implícita y supuesta en la muestra de amor, pero deseamos que quede claro ante toda la comunidad que Dios es Dios. Y por eso veneramos su altar. Es como el enamorado que, habiéndose despedido, se vuelve una vez más para decir adiós a su amor en la tierra. Hemos manifestado nuestro amor besando el punto concreto donde ha aparecido Cristo. Nos volvemos a reverenciar ese lugar una vez más.

Además, esto tiene un aire casi de corte oriental. El ministro se aleja de su rey tras haberle manifestado su afecto besando el borde de su manto, pero unos pasos más adelante se vuelve y se inclina ante su trono. Recuerda, incluso, a esos ministros que andaban hacia atrás sin dar la espalda a su monarca. Y que no se volvían a mirar hacia delante, hasta hacer la última reverencia.

DESPUÉS DE LA MISA



Es bueno que el sacerdote en el camino hacia la sacristía y en la sacristía no pierda el recogimiento. La presencia de Cristo sigue dentro de su cuerpo. Por eso, una vez dejados los paramentos sagrados, será muy edificante para su pueblo ver como el pastor se sienta en un banco o se arrodilla en un reclinatorio y reserva un tiempo para la acción de gracias.

Ésta era una costumbre usual en todas las iglesias, la gente estaba acostumbrada a ver este gesto de piedad en los celebrantes tras la misa. Parece mentira como en los años 80 se erradicó tan completamente lo que veinte años antes había sido tan habitual. Pero son los gestos los que muestran el amor.

Ese tiempo tradicionalmente ha sido de diez minutos. De diez minutos no desde que acaba la misa, sino desde que se sienta a recogerse con la comunión en su interior. Démonos cuenta de que el sacerdote toma una forma bastante más grande que las de los fieles y que toma vino. Razón por la cual la presencia de Cristo no desaparecerá en él hasta mucho rato después que la desaparezca la presencia de los laicos que han comulgado.

La acción de gracias no se realiza porque sea bueno orar, sino porque la presencia de Jesús permanece en el interior de su cuerpo durante un rato.

En cuanto consista ese tiempo que dura la presencia de la Eucaristía resulta muy difícil de determinar. He consultado a varios médicos obteniendo respuestas muy diversas. Pero la tradición ha sido reservar diez minutos para esta práctica tan aconsejada por la Iglesia. Tan aconsejada que el mismo misal ofrece un variado número de preciosas oraciones para después de la misa.

Por supuesto que en los lugares donde exista la tradición de que el sacerdote salude a los fieles cuando estos salen de la iglesia, no hará mal en continuar esa tradición. Pero, allí donde no exista esa tradición, siempre resultará aconsejable mantener esta secular devoción de la acción de gracias. La cual no tiene sentido hacerla cuando ya han pasado veinte minutos después de acabada la misa.

Hay que darse cuenta de que estar con Jesús tras recibirle es el culmen del día. Ese momento constituye la culminación absoluta de la jornada. Toda la misa ha sido una preparación para ese momento. Recibir a Jesús es importante, pero lo recibimos para estar con Él. Entra en nuestra casa para que estemos con Él. El sacerdote tiene la obligación de dar la comunión, pero lo lógico será mantener el recogimiento, conservarse en una oración ininterrumpida mientras se administra el sacramento a otros.

Pero que nuestro deseo es estar con Jesús se manifiesta en que, en cuanto podemos, nos quedamos a solas con Él.

Aunque uno sea el obispo y viene de visita a una parroquia, edificará más a sus fieles enseñándoles la importancia de la acción de gracias que hablando con los que quieren saludarle. No

estoy diciendo que el obispo o los presbíteros no tengan que hablar y atender a los fieles. Sólo estoy diciendo lo bueno que es reservar este tiempo para la acción de gracias.

Ahora bien, si va a ser muy difícil hacer la acción de gracias después de la misa, siempre se puede reservar un tiempo de silencio antes de la oración final. Incluso, aunque sea de cuatro o cinco minutos podrá ser suficiente. Esto no es sólo para el sacerdote, hay que enseñar a los fieles a recogerse tras recibir la comunión.

Si desde la comunión del sacerdote hasta la bendición de la misa ha pasado mucho tiempo, como puede suceder en grandes concelebraciones con muchos fieles, no será necesario que el sacerdote haga la acción de gracias. Se considera que ya ha empleado ese tiempo en recogerse y estar con Él (mientras administraba la comunión) y, además, tras tanto tiempo las especies se habrán disuelto ya.

Pero no insistiremos nunca bastante en que la acción de gracias no es meramente otro tiempo de oración como tantos del día. Sino que es la culminación de todos los momentos de oración. Tanto es así que, en verdad, se puede decir que cualquier otra oración del día tiene carácter de preparación para este momento o tiene carácter de eco, de continuación, respecto de él.

La acción de gracias tiene un carácter totalmente específico: es estar físicamente con Jesús. Recibirle como se le recibiría si llamase al timbre y se presentara corporalmente en la puerta de nuestra casa. Lo lógico sería que le invitásemos a entrar, a que se sentara y hablaríamos con Él.

Estos breves momentos en que disfrutamos de su presencia no conviene que los perdamos simplemente leyendo. Se puede leer para no despistarse, se puede leer algo para emplear con más

devoción este tiempo de estar con Jesús. Pero, como norma general, no es el tiempo más adecuado para la lectura, como tampoco para rezar oraciones vocales. Pues es preferible que el alma se expanda con libertad.

La acción de gracias tiene un carácter más amoroso que meditativo. Lo conveniente será usar más la imaginación que la reflexión.

Es bueno ir a la oración siempre con un libro, pero en la acción de gracias, el libro es la Eucaristía. Aunque si uno se despista, mejor es leer algunas líneas para encauzar a la mente a la adoración. Y mejor si esas líneas están escogidas justamente para ese momento. El Misal Romano, en uno de sus apéndices, trae magníficas oraciones para ese momento.

Siempre será muy aconsejable cerrar los ojos. Es decir, cerrar las ventanas para que nada nos despiste de la Luz interior que es Él. No tiene sentido mirar al sagrario durante la acción de gracias. En ese momento, nosotros somos sagrarios.

La acción de gracias se puede hacer de rodillas, pero la postura más adecuada, en principio, sería estar sentado. Pues no nos arrodillamos ante Cristo que está delante de nosotros, porque Él está dentro. Pero, como he dicho, no es inadecuado arrodillarse imaginándose que uno está justo delante de Cristo.

Médicamente hablando parece probable que la presencia de Jesús en nuestro cuerpo no dura menos de diez minutos, pero en la acción de gracias estoy seguro de que es como si Jesús me dijera: *Si tú no me dejas, Yo no te dejo*. Es decir, Él está más deseoso de estar con mi alma, de lo que yo lo estoy de estar con Él. Si no le suelto de la mano, Él no me va soltar.

Por eso estoy íntimamente convencido de que la presencia eucarística continúa si un fiel, mucho después de la comunión,

cuando sale a la calle, sigue manteniendo de forma continua e ininterrumpida la presencia de Dios, perseverando en pensar que Dios ha entrado en su cuerpo y que permanece dentro de él. Jesús hizo, durante su vida en la tierra, muchísimos milagros. ¿Después de realizar el gran milagro de la transustanciación, no va a realizar uno menor de prolongar el tiempo de permanencia en el cuerpo de alguien que desea estar con Él de todo corazón? ¿Después de realizar el milagro más grande, no va a realizar el milagro menor? ¿Después de realizar el milagro más grande de aparecer donde no estaba, no va a hacer el milagro más pequeño de alargar un poco su permanencia? Jesús ha venido al altar porque desea estar con nosotros. Tiene inmensas ansias de estar con nosotros.

Si en la calle voy adorando a Cristo en mi seno, Él seguirá conmigo. A lo largo y ancho de este libro sobre la misa, estamos hablando del Dios de los milagros. Si Jesús sanó tantas enfermedades, si hizo tantos prodigios, ¿abandonará al que no quiere dejarle? Éste es el milagro más querido por Jesús. Éste es el milagro que querría que le pidieran todos los seres humanos: que prolongue su presencia en nosotros tras la comunión.

¿No vemos con qué generosidad nos ha dado el milagro de la transustanciación? Cualquier sacerdote lo puede hacer, y hasta dos y tres veces al día. Pues la transustanciación es sólo el medio para lograr la unión del alma con Jesús. Una vez que ha hecho el milagro mayor (ese cambio de sustancia), ¿dejará de hacer el milagro menor de permanecer más tiempo en el interior de nuestro cuerpo? Pienso que no.

Pero recordemos que si nos retiramos de la cámara que está en nuestro seno, la Presencia se desvanece.

Qué pena me da cuando veo a algunos fieles que vienen ante Jesús en el sagrario sólo los domingos y que cuando comulgan, nada más sentarse en el banco se distraen con mil cosas. Cuando una persona está concentrada en la oración se le nota. Y cuando una persona está completamente distraída, también se le nota.

Ese fiel ha estado cuarenta minutos de misa dominical preparándose para recibir al Señor. Y, cuando lo recibe en casa, se despista mirando a la gente o haciéndole carantoñas a su nieto. Es el único momento de la semana que va a disfrutar de la intimidad de su compañía y lo desperdicia. Da la sensación de que Cristo entra en su casa y esa persona sale fuera porque alega ante el Invitado que tiene que hacer un recado. Pero eso no es culpa de los fieles, sino de los sacerdotes que no inculcamos el amor a la devoción de la acción de gracias.

El desamor y la frialdad actual a presencia de Cristo en la Eucaristía me da mucha pena, porque si de mí dependiera, cuando comulgo, me gustaría sentarme en la sede y cerrar los ojos, y no volver a abrirlos hasta, al menos, diez minutos después. No puedo hacerlo porque debo administrar la comunión y debo continuar con la ceremonia. Pero si pudiera haría eso: cerrarme dentro de mí mismo. Cerrar todas las puertas y ventanas de mi casa, para quedarme a solas con Jesús. Al menos, mientras administro la comunión, trato de mantenerme en oración. Cosa fácil porque tengo a Cristo en mi corazón y en mis manos, y ante mis ojos contemplo la devoción de las almas que aman a Dios.

Yo en mi parroquia siempre tenía problemas para hacer la acción de gracias. Cada día siempre había alguna persona que se acercaba al banco donde yo estaba y me decía: ¿Me puede atender un minuto? Evidentemente, después eran diez minutos o un cuarto de hora. A pesar de que yo me sentaba en un banco de la iglesia y cerraba los ojos, siempre había alguien que me tiraba de la manga

de la sotana o carraspeaba a mi lado. Al final, encontré una solución perfecta. Nada más acabar la misa, exponía el Santísimo Sacramento en la custodia. Entonces no iba a la sacristía (pues allí sería yo atrapado por alguien), sino que me dirigía a la sede. Revestido con mis ornamentos, hacía la acción de gracias, mi rato de oración de la tarde y rezaba vísperas.

Así pasé de no poder hacer casi nunca bien la acción de gracias, a hacerla siempre todos los días sin la más pequeña interrupción. Además de que era bellísimo, a la luz de las velas, contemplar cada día como avanzaba la oscuridad del crepúsculo en el interior del templo.

Qué bello era cada día, tras la misa, sentarme en la sede y poder hacer mi oración mientras veía como iba disminuyendo la luz dentro de la iglesia y las seis velas del altar parecían ir cobrando nueva intensidad. Una bella iglesia del siglo XVII en la que no había encendida ni una sola luz eléctrica. La vista de forma natural se dirigía hacia el altar iluminado con seis cirios sobre candelabros de bronce. En medio de esa penumbra, la luz de las velas hacía que el altar fuese el centro del templo. Delante del altar, en el suelo, estaba el incensario usado al colocar el Santísimo Sacramento en la antigua e impresionante custodia. El crepúsculo, el incienso, las velas, el profundo silencio todo llevaba a la adoración de la custodia sobre el ara. Aquella adoración parecía la continuación natural de la misa. Como si la adoración de la Eucaristía en la misa se nos hubiera hecho poco a todos los presentes y quisiéramos prolongarla, pero ahora en silencio, meditando.

De este modo concreto, el final de la eucaristía cada día se coronaba con un gran silencio meditativo de cincuenta minutos para mí, que era continuado más tiempo por los feligreses. Algunos párrocos protestarían con que tienen muchas cosas que

hacer. Pero sólo eran cincuenta minutos en toda la tarde. El resto del tiempo yo estaba atendiendo a mis fieles.

Visto de esta manera, las horas del día antes de la misa son una preparación para el encuentro con Dios en sus sagrados misterios. Las horas del día después de la misa son una prolongada acción de gracias. Al acostarnos por la noche ya nos preparamos para la misa del día siguiente si ésta es por la mañana. O si la misa fue por la tarde, tumbados en el lecho ponemos nuestras manos sobre el pecho recordando las pocas horas que pasaron desde que Cristo entró en nuestra casa.

Reflexiones varias



En cada misa, deberíamos a la liturgia de la Palabra a alimentarnos. En esa mesa de la Palabra, la lectura de Moisés y los profetas nos debe recordar al rollo que el ángel entregó a Ezequiel para que lo comiera. La lectura de los Apóstoles nos debe recordar al rollo que el ángel entregó a San Juan para que lo comiera. La lectura del Evangelio debe recordarnos al fruto del Árbol de la Vida que Dios entregó en el Jardín del Edén. La lectura del Evangelio también puede recordar al río del Eden que se dividía en cuatro ríos que son los cuatro evangelistas.



Durante la misa hay tres elevaciones de las especies consagradas. Cada una de esas elevaciones tiene su carácter propio:

Una mostración como acto de fe silencioso, tras la consagración.

Una elevación como ofrenda, durante la doxología.

Una mostración como proclamación, por eso se acompaña de las palabras de San Juan Evangelista, *Éste es el Cordero de Dios*.



La vida de Cristo en la misa

Aunque muchas de las cosas que voy a decir aquí, ya han sido dichas anteriormente en esta obra, me ha parecido bien hacer una breve y somera recapitulación. La vida de Cristo aparece en la misa, aunque no de forma cronológica.

Ha sido objeto de continuo recuerdo en la celebración de mis misas, la profesión de fe que en 1080 el Concilio de Burdeaux le le impuso a Berengario de Tours que negó la presencia real de Cristo en la Eucaristía:

«Yo Berengario creo sinceramente y confieso moralmente que el pan y el vino que están en el altar, por el misterio de la oración sagrada y las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente (substantialiter converti) en la verdadera, propia y vivificante carne de nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración son el verdadero cuerpo de Cristo que nació de la Virgen y que, ofrecido por la salud del mundo, pendió de la Cruz y está sentado a la derecha del Padre, y la verdadera sangre de Cristo, que manó de su costado»

Sí, realmente, tras la consagración allí está el mismo Cristo que estuvo en Belén, en el Calvario, en la Resurrección y a la derecha del Padre. Y la Sangre del cáliz tras la transustanciación es la misma que si recogiésemos en ese vaso sagrado las gotas que caían de las manos y llagas de Cristo clavado en la Cruz. Si hubiésemos estado allí hace dos mil años para recoger esas gotas de sangre, esas gotas serían las mismas que ahora tenemos dentro del cáliz sobre el altar.

Los años de la vida oculta de Jesús están simbolizados en los ritos iniciales, porque llevó una vida de penitencia (*Yo confieso* y los *kyries*), de glorificación de Dios (el *Gloria*) y de oración (oración colecta).

Tras el *Kyrie Eleison*, el himno del *Gloria in excelsis* anuncia el nacimiento de Jesús sobre el altar.

La vida pública enseñando a las multitudes es la Liturgia de la Palabra. Jesús enseñando en las plazas de los pueblos, en las sinagogas, en los pórticos del Templo.

Al extender el corporal sobre el altar, me imagino que extendiendo la blanca tela sobre la que se va a colocar a Jesús tras nacer de la Virgen en Belén, es como si extendiera los pañales.

Las gotas de agua que derramo sobre el cáliz me recuerdan las gotas de agua que salieron de su costado en la Cruz.

Al lavarme las manos en el lavabo, me imagino que soy Pilatos lavándome las manos y que va a comenzar la Pasión de Cristo.

La Encarnación de Cristo imagino que tiene lugar entre mis manos en el exacto momento de las palabras de la consagración del Pan. Dichoso el sacerdote en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios lo mismo que en el seno de la Virgen María.

Al hacer genuflexión ante el Pan consagrado, me imagino que estoy ante Jesús recién nacido colocado sobre el altar. Me imagino que estoy, verdaderamente, en Belén, que soy uno de los Magos que han recorrido centenares de kilómetros para llegar, postrarse y adorar. Le adoro como si realmente en ese momento naciese allí sobre los blancos manteles.

Recojo en el cáliz la sangre del costado de Cristo clavado en la Cruz, en la consagración del Vino. Me imagino que elevo el cáliz y que lo pongo justo debajo de su costado. Eso lo imagino durante la elevación.

La Pasión es la liturgia eucarística. El canon, en cierto modo, es la oración de Jesús en la Cruz. Es como traducir a

palabras todos sus sufrimientos intercesores, todos sus sentimientos de alabanza al Padre.

Cuando elevo en la doxología la patena y el Cáliz, ése es el momento de la elevación en la Cruz.

Si el canon era más solemne, estos ritos finales tienen un carácter más íntimo, como si estuviéramos juntos en el cenáculo. El Padrenuestro expresa muy bien este cambio de carácter. Del grandioso y celestial *Sanctus* para entrar en el canon, pasamos a la humildad de Jesús con las palmas hacia arriba recitando el Padrenuestro para entrar en estos ritos finales.

El quebrantamiento de la Pasión tiene lugar en la fracción del Pan.

La Resurrección tiene lugar en la *commixtio*. De manera que cuando hago genuflexión, soy un apóstol presente en el Cenáculo que se arrodilla ante la primera aparición de Cristo resucitado.

Al ir a tomar el Cuerpo de Cristo para decir *Éste es el Cordero de Dios...*, me imagino no a Jesús al lado del Jordán señalado por San Juan Bautista; sino que pienso que soy alguien más afortunado que el Bautista, pues lo señalo y lo toco. Aun así, pienso en el Bautista y sus acompañantes viviendo en soledad y ascetismo, esperando al Mesías, preparando sus caminos.

Al elevar la Hostia sobre la patena, me imagino la Ascensión. La patena bajo la Forma simboliza la nube que le ocultó.

La comunión simboliza el encuentro con Cristo en el Reino de los Cielos.

La acción de gracias me recuerda a María que llevaba a Jesús en su seno.

María en la misa

El cáliz representa a María. La Santísima Virgen María es el cáliz vivo forjado, labrado, ornamentado por Dios Padre a través de la acción del Espíritu Santo para contener a la Segunda Persona.

El cáliz cubierto con el velo representa a María antes de ser llamada a la existencia. Existía pero en la mente de Dios, pero el velo del no-ser todavía le cubría.

Cuando el cáliz es descubierto de su velo bien fuera del altar en una credencia, bien a un lado del altar, eso simboliza la aparición de María, la Inmaculada Concepción.

Cuando se le coloca sobre el corporal simboliza a María ofrecida en el Templo porque ya se le ofrece sobre el altar del Templo.

Cuando el sacerdote eleva el cáliz en el ofertorio, simboliza la plenitud de María. María deja atrás su infancia y llega a la madurez de su santidad.

Cuando el sacerdote coloca la manos sobre el cáliz en la epiclesis, simboliza al Espíritu Santo que cubrió el cáliz que era María para que se produjese la Encarnación. Pero primero viene el Espíritu Santo para preparar ese asiento de la Divina Sabiduría. Después, una vez preparado, ya viene la Segunda Persona.

Durante la consagración, el presbítero puede imaginar a María a su lado. Ella es digna de acercarse al altar. Ella y sólo ella fue la primera en tenerlo en sus manos, como ahora lo tendrás tú.

María estuvo al lado de la Cruz, es lógico imaginársela a tu lado lo mismo que al lado de Juan el Apóstol.

He dicho que la transustanciación recuerda a la Encarnación. Más todavía refuerza esta idea el ser consciente en ese momento que el cáliz representa a María. Con lo cual, la palabra del sacerdote (su *fiat* presbiteral) hace que en el seno del cáliz aparezca Cristo.

En la doxología del (*por Cristo, con Él y en Él...*), Cristo es alzado en la Cruz y María con Él, porque ella fue corredentora y sufrió con Él como si ella misma hubiera sido clavada en la Cruz, cosa que hubiera preferido sin dudarlo.

Esta doxología tiene un sentido peculiar aplicado a María. María existía en la Segunda Persona antes de que ella naciera, como existen las cosas todavía no creadas en la voluntad, inteligencia y amor de Dios. Existía en Él como idea (Dios la conocía) y como deseo (Dios deseaba que existiera). En ese sentido, ella estaba en Él y con Él, pues la delicia de que ella con todo su amor existiría más adelante, siempre acompañó a Dios. Y cuando ella existiese, existiría por Él, plenamente para Dios.

¿Con qué amor y devoción recibiría la comunión María en aquellas primitivas comunidades cristianas? Todos la mirarían de reojo sin poder evitarlo.

Estos son algunos esbozos para leer marianamente la liturgia. Las almas enamoradas encontrarán más símbolos de María en la misa. Pues es posible leer toda la misa bajo la perspectiva de ella. Toda la misa nos habla de María si sabemos escuchar. La misa la podemos vivir como la vida y pasión de Cristo, y también como la vida de María.



Durante la comunión le podemos pedir cosas a Jesús. Pero no te pases todo el tiempo del que dispones pidiéndole cosas. Relájate, descansa y, simplemente, mírale con los ojos de tu espíritu, y agrádecele todo lo que ya tienes.

Resulta empobrecedor pasar todo el tiempo tras la comunión pidiéndole cosas a Jesús, para sí o para otros. Imaginemos que alguien entra en nuestra casa y no dejamos de pedirle cosas. Además, como le dijo un hijo a su padre: *No me malcríes. Yo mismo me doy cuenta de que no me puedes dar todo lo que te pido.*



La gente del mundo se preocupa mucho por la ropa. Cuando lo mejor en eso es la simplicidad y la comididad. Se ha hecho de la ropa una necesidad ficticia, una esclavitud. La vida de algunos gira alrededor de su ropa. El presbítero debe estar atento de que con la excusa de la gloria de Dios, su mente no esté demasiado ocupada en cuestiones de ornamentos litúrgicos. Es bueno un cierto interés y cuidado por estas cosas; es malo dedicar demasiado tiempo a estas cosas. Dígase lo mismo respecto a los ritos y la liturgia. Hay personas que de los medios hacen un fin.

Pasaje de María Magdalena en el banquete de Jesús

Ella ha lavado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con su cabello (Lc 7, 44).

El sacerdote pide perdón de sus pecados, no sólo en los ritos iniciales sino otras muchas veces durante la misa.

Desde que entré, ella no ha cesado de besar mis pies (Lc 7, 45).

El sacerdote da tres besos durante la liturgia. Dos veces al altar, al comienzo y final de la misa. Y uno en la mitad de esa liturgia, al besar los Evangelios.

Ella ha ungió mis pies con perfume (Lc 7, 46).

El sacerdote derrama a los pies de Jesús el perfume su oración llena de adoración.

Al hacer la genuflexión ante el Pan Consagrado, puedes imaginar que eres María Magdalena que en ese momento se puso detrás en el banquete del fariseo, en el último lugar. Y allí lavar tu rostro con el agua pura que sale del altar, besar sin prisas sus clavos, la lanza, la corona, así como tomar el bálsamo perfumado por el Espíritu Santo para santificar tu alma fría e ingrata.

Concelebraciones

El diácono deja el Evangelio sobre el altar: el Evangeliario representa los labios de Cristo, y el altar el resto de su cuerpo.

Cada vez que vemos a los sacerdotes que concelebran, debemos imaginar a los Apóstoles alrededor de la mesa de la Última Cena.

El diácono entre los sacerdotes en la celebración, representa a Cristo siervo. Cristo humilde que se esconde en la figura del pobre diácono. Cristo que está allí para servir.

El diácono se sienta al lado del obispo, como símbolo de que junto al obispo debe estar la caridad. Porque representa a la caridad no sólo se sentará en ese lugar de honor, sino que también recibirá la comunión de manos del obispo y antes que los demás concelebrantes. Él proclamará el Evangelio, porque el que ama a los demás es el que mejor puede anunciar las palabras de Jesús.

Resulta frecuente la costumbre de que en las grandes concelebraciones se entreguen a los sacerdotes varias fotocopias. Es preferible que ellos escuchen al lector o al celebrante principal.

La liturgia supone la escucha de la voz que resuena en la liturgia, no es un tiempo de lectura personal. Y cuando los presbíteros se ponen de pie, siempre es más bello el simbolismo de los celebrantes con las manos unidas sobre el pecho, que no sosteniendo papeles.

Al dar la paz, podemos pensar en el hermano del presbiterio que menos nos place, y pedir al Señor que sane las heridas de nuestro corazón respecto a él.

Al comienzo del canon, los presbíteros se colocan al lado del obispo. No detrás de él, ésa es la posición del diácono. El lugar donde se colocan los presbíteros no es indiferente sino que contiene una teología. El obispo y el presbítero comparten un mismo poder respecto a la Eucaristía. De hecho, durante el canon, el obispo litúrgicamente va revestido prácticamente como un presbítero. Aunque mantenga símbolos de su dignidad (el anillo, la cruz pectoral o el solideo), no porta ninguna vestidura litúrgica que le distinga sustancialmente del presbítero. En ese momento, los símbolos de su dignidad son muy discretos. Eso remarca que la *potestas* del obispo sobre la Eucaristía no es mayor que el del presbítero. Por eso, los presbíteros se colocan al lado, y los diáconos detrás. Incluso cuando los obispos concelebran con el Papa, se colocan a su lado, y no detrás por respeto.

Si han de comulgar muchos sacerdotes de un mismo cáliz, hágase por intinción. Resulta antihigiénico que treinta o cuarenta presbíteros beban directamente de un mismo vaso sagrado. Es difícil señalar dónde está el límite máximo adecuado. Pero yo aconsejaría la intinción más allá de siete u ocho comulgantes. Y siempre a partir de doce o catorce.

En una concelebración, siempre hay algún sacerdote que restriega sus dedos sobre el vino consagrado, para que caigan dentro las partículas que puedan quedar adheridas a las yemas

de sus dedos. Ésa es una pésima costumbre. Si todos hicieran lo mismo, el resultado sería muy desagradable. Esas partículas deben ser limpiadas de los dedos con el purificador. Si el sacerdote celebra solo, puede hacer como desee. Pero no cuando otros van a tener que beber del mismo cáliz.

El cirio pascual

El cirio es un gran símbolo, simboliza a Cristo presente en el presbiterio. Resulta bellissimo, en la vigilia pascual, el rito en el que se le hacen las incisiones con un verdadero punzón arañando su superficie. Evítense esas horribles bolas grandísimas como bolas de golf que tantas veces he visto clavadas sobre el cirio. Y, por supuesto, evítese de forma absoluta el cirio de plástico de cera líquida.

Resulta especialmente antiestético si el cirio no está totalmente recto sobre su pie, sino inclinado hacia un lado. Nada que ver eso, con los bellísimos candelabros de bronce coronados por un esbelto y enhiesto cirio. Digo “esbelto”, porque los cirios muy gruesos dan mucho trabajo, ya que siempre hay que recortar sus bordes. Son preferibles aquellos cirios cuyos bordes se pueden cortar sin dificultad con un cuchillo o incluso aplastar con los dedos al apagarlos.

El cirio pascual se puede encender todos los días al caer la tarde, cuando la luz del interior del templo comienza a decaer. Se le puede encender como símbolo de la presencia de Cristo en ese lugar sagrado, aunque eso suponga tener que reemplazar el cirio varias veces al año. Mejor es hacer mucho uso de cirio, que no que esté apagado durante todas las celebraciones. Si siempre va a estar apagado, es mejor que colocarlo en el baptisterio. Un cirio

siempre apagado todo el año, salvo en los bautismos, es un triste símbolo en un lugar tan notable como el presbiterio.

El Templo de Salomón

Llegar a la transustanciación es llegar al *Sancta Sanctorum*, ante la mismísima Arca de la Presencia de Dios. La primitiva Arca de la Alianza sólo era imagen y símbolo de la verdadera Arca de la Alianza: la Virgen María que sostiene el Propiciatorio.

El Propiciatorio era la tapa del Arca, cubierta de oro y sobre la que el Sumo Sacerdote, una vez al año, derramaba la sangre del sacrificio, sangre de cordero. El Propiciatorio es símbolo de Cristo, pues es Él el que nos hace propicios ante Dios. O dicho de otra manera más precisa, Él nos hace de manera que Dios se vuelve propicio a nosotros.

El Templo, sus objetos, el *Sancta Sanctorum*, el Arca de la Alianza, el sacerdocio levítico, todos sus ritos eran símbolos de las realidades mucho más santas que se nos iban a revelar y entregar en el tiempo mesiánico.

David determinó los levitas que habían de hacer el servicio delante del Arca de Yahveh, para celebrar, agradecer y alabar a Yahveh, Dios de Israel (I Cron 16, 4).

Un servicio ante lo que era el símbolo de María que sostendría el verdadero Propiciatorio. Servicio que se realiza con tres verbos: celebrar, glorificar y alabar. Puede haber celebración externa carente de gloria interior en el corazón del ministro. Puede haber gloria interior sin celebración externa.

Celebrar/recordar: El verbo hebreo “celebrar” (zacar) procede del verbo *recordar*. Celebrar es recordar. Recordar la historia bíblica, lo que Dios ha hecho en nuestra vida.

Agradecer/arrojar: El verbo “glorificar” (yadah) significa glorificar, dar gracias y procede del verbo *arrojar*. Se arrojaba el sacrificio ante el altar. Arrojamus nuestra alabanza al abismo insondable del Misterio de Dios.

Alabar/brillar: El último verbo “alabar” (halal) proviene de la raíz *brillar*. De la unión entre la celebración y la glorificación, nace el brillo de la liturgia.

Buscad a Yahveh y su poder, id tras su rostro sin tregua (I Cron 16, 11).

Busca el rostro de su ungido en la liturgia. Busca a Dios en el camino de la liturgia; porque Él tiene poder para cambiarte y cambiar a la gente por la que oras.

Traed ofrendas, entrad en sus atrios (I Cron 16, 29).

Penetrar en la liturgia es entrar en sus atrios. Ve al altar con algún sacrificio espiritual tuyo, con alguna obra de ascesis por pequeña que sea, algo que puedas colocar sobre el ara.

Al elevar el pan en la patena en el ofrecimiento de los dones, pon en ella alguna ofrenda personal tuya. Ofrenda tuya que es espiritual, no material y visible. Lo ideal sería traer al altar, en cada misa, un sacrificio personal tuyo, y ofrecérselo al Padre sobre la patena entonces, junto al pan todavía no consagrado. Porque ése es el momento de la misa en que se ofrecen al Padre los dones naturales y, por eso, en tal momento le puedes ofrecer tus sacrificios personales. Como si tu pequeña ofrenda estuviera al lado del pan en ese pequeño espacio de la patena. Pequeño espacio porque tus actos de mortificación son pequeños y caben perfectamente allí.

En ese momento, eres sacerdote que le ofreces a Dios los dones humanos: el pan y el vino, y lo que quieras poner tuyo allí. Después elevarás la patena con el Cordero sin mancha, pero ahora ofreces al Padre lo humano. Basta una pequeña mortificación, un pequeño sacrificio. Este pensamiento espiritual se les puede enseñar a los laicos. Para que también ellos traigan

una ofrenda espiritual a la misa, y sientan que el sacerdote la ofrece en la patena.

El sacerdote en el confesionario antes de la misa

En parroquias pequeñas con pocas confesiones el sacerdote puede prepararse para la misa dentro del confesionario. El párroco puede hacer allí la lectura espiritual o el rezo del breviario. De esta manera, uno puede preparar su alma y estar al mismo tiempo atendiendo el confesionario media hora antes de la celebración de la misa.

Hacer esto en lugares de pocas confesiones es una magnífica catequesis para los que asisten a la misa, que ven que su párroco siempre es fiel al confesionario media hora antes. Pero hay que ser fidelísimos en preparar todas las cosas para la misa con puntualidad, para de esta manera sentarse en el confesionario media hora antes y no ir recortando el tiempo de confesionario.

Es un hecho indudable que en casi todas las parroquias donde el cartel de la entrada afirma que hay confesiones media hora antes de las misas, no es así. El párroco siempre tiene cosas que hacer.

Sería un gran progreso que en todas las pequeñas poblaciones, fuera costumbre que el párroco estuviera dentro del confesionario media hora antes de la misa. Pero si se hace así, insisto, hay que tener la disciplina de preparar todas las cosas sobre el altar a una hora determinada, para sentarse en el confesionario a la hora en punto, sabiendo que cuando se levante cinco minutos antes de la misa sólo tiene que revestirse porque todo está preparado. Obrando así, aun tendrá un par de minutos

para arrodillarse en el reclinatorio de la sacristía para esperar que suene la hora en el reloj.

No es lo mejor hacer la oración mental en el confesionario, porque tendremos muchas distracciones. Por eso, allí es mejor realizar oraciones vocales, el rezo del breviario, o lectura espiritual. Ocupaciones éstas en las que las interrupciones no suponen ningún problema.

Este consejo es válido para lugares con pocas confesiones. En aquellas parroquias con muchas confesiones, es mejor que el sacerdote, al menos, se levante del confesionario, como mínimo, diez minutos antes para prepararse.

La intención de la misa

Fijar un momento determinado para hacer la intención de la misa, por ejemplo justo antes de revestirse, evita olvidos y permite hacerlo mejor, con más consciencia. Después, el celebrante puede acordarse varias veces de esa intención a lo largo de la celebración si lo desea, pero el mínimo ya estará cumplido.

Cierto que la misa objetivamente vale lo mismo sea cual sea el sacerdote que la celebre. Pero lo que no vale lo mismo es la parte subjetiva. Es decir, no supone lo mismo el sacerdote que se acuerda varias veces a lo largo de la misa de la intención del oferente y le pide al Señor por él con verdadero interés, que el que sólo se limita aburridamente a leer esa intención en un papel.

Si el celebrante se acuerda durante la misa, ya empezada ésta, de que no ha hecho la intención de ofrecer esa misa por la intención que hay en el libro de misas, será válido mientras haga

la intención antes de la consagración. Así lo dicen los antiguos manuales. Y no sólo eso, sino que también será válido si no se acordara de la intención y en ese momento dice en su interior que ofrece la misa por la intención que toque para ese día en el libro de misas. Por supuesto que la intención interna sin decir nada será suficiente.

Recuerden los párrocos que tienen obligación todos los domingos de ofrecer una misa *pro populo*, incluso aunque estén de viaje o de vacaciones.

Un libro de misas grande, bonito, digno, manifiesta el valor que le da el párroco a esa misión de interceder por los que se lo pidan. Hay libros de misas verdaderamente hermosos en los que las intenciones van seguidas en columnas, escritas con buena caligrafía. Un número puede preceder a cada intención y ese número se puede colocar en un calendario en la fecha para la que se pidió la misa. La belleza del libro indica la importancia que tiene ese acto.

La gente llega a nosotros llena de fe a pedirnos que nos acordemos de sus intenciones e, incluso, nos dan una limosna por ello. Por eso hay que evitar recitar la intención de un modo frío y mecánico. Los sacerdotes debemos refrescar en nosotros el precioso sentido espiritual de intercesión que tiene esa acción. Debemos mostrar agradecimiento cuando nos dan ese óbolo y manifestar con cariño que nos acordaremos de su intención con todo nuestro amor ante Dios en el altar. La belleza del libro de misas es todo un símbolo de la importancia que se le da a este acto.

En las grandes solemnidades

En las misas muy señaladas, pienso sobre todo en las fiestas patronales en un pueblo, hay tantas cosas que organizar en la iglesia que, a menudo, la misa comienza con algo de retraso. Y se nota al celebrante tenso y hasta con ganas de ir rápido para compensar el retraso. El celebrante trae esa tensión ya desde que viene de la sacristía.

Si los fieles hubieran podido asomarse a la sacristía, habrían comprobado que ese lugar era un caos: el párroco riñendo al monaguillo que se ha manchado la túnica con el carbón al encenderlo, una señora que pregunta (en el último momento) donde pone las flores, otro monaguillo que no encuentra una túnica que sea de su talla y ya pasan cinco minutos de la hora prevista para el comienzo, el lector que viene corriendo con el libro de lecturas porque ha perdido la página donde estaba la cinta.

Todo esto tiene solución fácil. Si van a participar varios monaguillos, debe haber una persona adulta encargada sólo de ellos, cualquier catequista puede valer. Además, todos los objetos que se van a usar en la misa, deben estar ya completamente preparados media hora antes.

Con alguien que se encargue de los monaguillos y con los objetos ya preparados media hora antes, el párroco puede irse al confesionario hasta que falten diez minutos para el comienzo la misa. Lo ideal es que aunque la iglesia esté rebosante de gente, el párroco pueda rezar en la sacristía con toda tranquilidad un rato antes de salir. Y que después se revista sin ninguna prisa.

La imagen del párroco sentado en la sacristía con un libro de oraciones, con los monaguillos ya revestidos y en silencio a ambos lados de él, es la imagen lógica de una sacristía. El desorden y el caos en ese lugar sólo deben excusarse en un párroco joven y sin experiencia.

La liturgia es un empeño compartido entre los laicos y su presbítero. Si quiere hacerlo todo el sacerdote, es cuando vienen los nervios. Hay sacristías que son una tormenta de nervios y prisas antes de que todos salgan de ella, y otras que son un remanso de paz y orden.

Lo repito por si alguien piensa que esto es un ideal irrealizable. Yo, en mis parroquias, siempre confesaba antes de las misas. E incluso en las misas más importantes en las que venía el alcalde y los concejales, y la iglesia estaba a reventar de gente sin que cupiera un alma más, yo iba a confesar. E iba tranquilo, porque todo ya estaba preparado en el presbiterio. A la hora, salía del confesonario a paso normal para revestirme sin prisas y rezar un rato en la sacristía. Siempre encontré catequistas encantados de encargarse en la ayuda con los monaguillos. Por eso, me sorprendía visitar en las fiestas patronales a algunos párrocos vecinos y ver que se volvía a repetir la escena del año anterior de agitación y prisas del párroco antes de salir a celebrar.

Y recordemos una cosa, los monaguillos están para dar lustre a la liturgia. Si los monaguillos en el presbiterio lo único que hacen es despistar, es mejor prescindir de los monaguillos. Yo siempre les hacía sentar no mirando de frente al pueblo, sino de perfil en los dos extremos del presbiterio. Y durante la misa también se quedaban en esos lugares. Un monaguillo aburrido mirando cara a cara a la gente, siempre despista a la gente por más que el párroco celebre con la mayor devoción la misa.

A mí me gusta celebrar con la mayor cantidad de monaguillos, me encantan las procesiones del comienzo de la misa. Pero el mismo interés que pongo en esas procesiones, lo pongo después en neutralizar la presencia de los monaguillos en el presbiterio. Los monaguillos son una continua fuente de distracción. Más allá de cierto número, los hacía sentar en el primer banco de la iglesia, porque son niños y es inevitable que hagan bromas y se despisten y despisten a todos.

El diácono toma el evangeliario

En las grandes celebraciones, en las que se saca en procesión el evangeliario, qué devoción me da ver este libro. Llevado en procesión como un tesoro. Recubierto de oro y piedras preciosas para recordar que los Santos Evangelios son las mismísimas enseñanzas de Jesús.

En los Evangelios ha quedado escrito lo que Dios ha querido, se perdió lo que Dios no quiso que permaneciera. No hay en ellos el más mínimo error. Ellos son la verdad pura. En ese libro se contienen las palabras que Jesús enseñó mientras todavía estaba visible sobre la tierra. Cada añadidura explicativa en ellos fue querida por Dios. Cada variante entre los Evangelios fue inspirada. Dios quiso que hubiera cuatro como los cuatro ríos que atravesaban el Jardín del Edén.

El libro está cerrado (normalmente el evangeliario tiene cierres) para simbolizar que nada se puede sacar de él, nada se le puede añadir.

A mí me parecía, estéticamente hablando, un poco fría la versión impresa que había de este libro cuando escribía estas líneas. Así que hice imprimir en hojas grandes (tamaño A3) los

cuatro evangelios. Quería tener en el salón de mi casa este libro abierto continuamente, verlo, besarlo, y hacer anotaciones en sus márgenes. Lo imprimí con márgenes amplios y lo hice encuadernar de un modo magnífico. En mi lectura personal del Evangelio, en mi tiempo de oración, iba haciendo anotaciones en sus márgenes, subrayaba palabras, marcaba con pinturas de colores algunas líneas. De esta manera, este libro pasó a ser algo personal, algo mío, entrañable. Y cuando era colocado sobre el altar o lo besaba, realmente estaba venerando un libro que formaba parte vital de mi vida.

El evangeliario se deja sobre el altar, porque es algo sagrado. Después al abrirlo se incensarán esas páginas de palabras vivas.

No se coloca cualquier cosa sobre el altar. Se coloca sobre los manteles y no los impurificará, porque son las palabras de Él mismo. Sobre el altar se coloca su Cuerpo y sus palabras, ninguna otra cosa, porque el altar es para Dios y solo para Dios.

No hay tradición de colocar sobre el altar ni el leccionario, ni la Biblia. Realmente podría hacerse porque son palabras santas, también esas páginas son la Voz de Dios. Pero obrando del modo tradicional se quiere afirmar que el Evangelio es un libro dentro del Libro, el centro de ese Libro.

Bendición del diácono, mostración del Evangeliario, procesión, signación del texto: la liturgia como acción, no sólo como lectura.

Aspectos estéticos menores

Era costumbre antigua que el celebrante situase el pañuelo en su manga, entre la manga de la camisa y la del jersey. Hay

albas que no tienen aberturas para llegar a los bolsillos del pantalón. Y lo que queda estéticamente muy feo, desde luego, es tener que sujetar la casulla con una mano y arremangarse el alba con la otra, hasta acceder al bolsillo del pantalón. Hacer eso delante de todos no ofrece un bello espectáculo desde luego.

Por eso, es una buena costumbre el dejar el pañuelo en la manga. Si el celebrante no lleva jersey, el pañuelo no se podrá colocar allí, así que otro lugar alternativo, igualmente digno, es colgar el pañuelo del cíngulo bajo la casulla. Es decir, dejarlo colgando apretado entre el alba y el cíngulo.

No debería ser necesario advertirlo, pero, por si acaso, quede escrito que cuando uno se suena las narices en el altar, se debe ladear la cabeza. Nunca se debe hacer tal operación mirando de frente, sino que la cabeza debe estar totalmente de lado. Si justamente a los dos lados, demasiado cerca, se situasen dos concelebrantes, uno puede dar un paso atrás o ladearse tanto que casi dé la espalda al altar. Cualquiera de esas operaciones siempre será más recomendable que hacerlo mirando hacia delante.

Otra buena costumbre es sacarse el reloj para la celebrar la misa. Esto no sólo porque tal acción es símbolo de que durante la misa dejamos de preocuparnos del tiempo, para ocuparnos sólo de Dios. Sino también porque el reloj no deberíamos mirarlo ni una sola vez durante toda la celebración. No hay cosa que peor quede ante el pueblo fiel que el que un celebrante mire el reloj. Pues aunque sólo lo haga una sola vez, es un modo de hacer consciente a todos los presentes de que quizá es tarde. ¿Tal vez esta misa está durando más de lo normal? ¿Qué es lo que tengo que hacer después? Todas estas cosas pasan por la cabeza de todos, cuando el sacerdote mira el reloj, por muy disimuladamente que lo haga. Precisamente si la ceremonia está durando más de lo habitual, es

cuando nunca debe mirarse al reloj. Recordad: no hay forma disimulada de mirar el reloj, siempre se dará cuenta la gente.

Otra razón para quitarse el reloj durante la liturgia, es porque el reloj despista a los fieles, los cuales tienden a mirarlo preguntándose de qué marca es, si es bonito, etc.

Es una magnífica costumbre al llegar a la sacristía hacer cuatro cosas justo antes de revestirse:

1. Lavarse las manos.
2. Mirar el libro de misas y hacer la intención de ofrecer la misa por esa intención.
3. Sacarse el reloj.
4. Colocarse el pañuelo en la manga o en el cingulo.

Si esto se hace por orden y cada día durante meses, acaba por convertirse en un hábito que acompañará siempre al presbítero.

Ya que me estoy ocupando en este apartado de cuestiones menores de tipo estético, quisiera aconsejar que el mejor modo de estornudar es ladear completamente la cabeza y ocultar la boca con el dorso de la mano apoyando el borde de la palma en la mejilla. No es la mejor solución el poner la palma de la mano sobre la boca. Porque después tenemos que dar la comunión con esa mano. Si, por el contrario, hacemos el gesto descrito, la palma de la mano y los dedos quedan limpios, pues sólo los hemos apoyado sobre la mejilla para ocultar la boca en un gesto que resulta higiénico y elegante.

La misa tridentina y la del Vaticano II

En los últimos años ha ido ganando terreno, sobre todo entre la gente joven, la idea de que el Misal del Vaticano II supone un gran atentado contra la tradición litúrgica. Para todos aquellos a

los que se les ha inculcado una cierta manía contra la misa no tridentina, me gustaría decirles que la Misa del Vaticano II fue el resultado de los estudios realizados por los mejores liturgistas del tiempo preconiliar.

Un conocimiento meticuloso de la evolución de la misa desde los tiempos apostólicos, llevó a la creación de un misal que nos retrotrajera al espíritu litúrgico de los primeros siglos. Se eliminaron repeticiones acumuladas por la Historia, se enriqueció la liturgia de la Palabra, se buscaron las más antiguas liturgias de las que hay constancia para ver qué nos podían aportar a nuestras celebraciones. Y todo esto se hizo con la clara voluntad de tratar de preservar cuanto de bello y positivo habían decantado los siglos en el misal tridentino.

Honestamente, todos los que critican nuestro actual misal no sé cuál es su nivel de conocimiento de los cánones sirios, o de las diversas tradiciones occidentales como la ambrosiana o la visigótica. Cualquiera que conozca de verdad el conjunto de la liturgia, reconocerá que lo que tenemos ahora es un verdadero monumento litúrgico que conjuga a la perfección lo antiguo, la tradición y la sencillez en una magnífica evolución que nos ha llevado a lo que tenemos.

El Misal de Pablo VI es un tipo de misa que encaja perfectamente tanto para un gran pontifical como para una misa en el campo. Pero sobre todo nos aporta algo que se había ido perdiendo con el pasar de los siglos: la misa como banquete, la misa como cena, la misa como participación de la comunidad de una misma mesa. Esos aspectos quedan mucho mejor expresados en la nueva misa, sin quitar ni un ápice de solemnidad.

Para mí la grandeza de la nueva misa radica en compaginar magistralmente el aspecto sacrificial con el recuerdo de que esa celebración es la Última Cena. La misa actual ordinaria está

mucho más cerca de las liturgias primitivas que la misa del siglo XII o la del XVII. Lógico porque esa misa medieval lo que trataba de realzar era el aspecto sacrificial, y hacía muy bien en pretender eso y lo lograba. Cada liturgia expresa algún aspecto concreto. Jesús no pretendió que su Última Cena con los Doce fuera como un esplendoroso pontifical catedralicio. Ni Jesús hubiera querido que todas las grandes liturgias eucarísticas basilicales se vieran reducidas a la simplicidad de doce hombres reunidos en torno a una mesa en un comedor.

Con mis palabras no pretendo desmerecer para nada la misa tridentina. Mi única intención es remarcar los aciertos que supuso la introducción del nuevo misal y recordar que éste no puede ser tan incorrecto, tan inadecuado, como quieren hacernos creer algunos, puesto que Jesús quiso celebrar la Última Cena como la celebró.

Es decir, hubiera podido en esa Cena instaurar una Pascua cuyos ritos recalcaran más los aspectos místéricos, los aspectos culturales del Templo. Incluso podría haber organizado una pequeña liturgia con sus discípulos. Sin embargo, quiso primar la aproximación, la cercanía. La instauración de la Eucaristía es un Misterio que *per se* tiene más de aproximación que de segregación.

No sólo eso. Sino que el mismo Redentor quiso romper en ese acto con el culto del Templo, iniciando una Nueva Alianza. Se instaura una nueva liturgia. El culto del Nuevo Pueblo de Dios no es una reforma del antiguo culto levítico, sino que es una ruptura. Por eso me parece muy bien todo lo que en la actualidad se haga para dejar claro la solemnidad de nuestros misterios, pero recordando que son los misterios del acercamiento de Dios a los hombres. Éste es el espíritu que movió a los sucesores de los Apóstoles autores de la constitución *Sacrosanctum Concilium*.

De ningún modo afirmo que los predecesores tridentinos hubieran traicionado esta verdad. Pero ciertamente los Padres Conciliares del Vaticano II quisieron resaltar estos otros aspectos, que con el pasar de los siglos habían quedado menos claros al Pueblo de Dios.

Por eso le deseo toda la suerte del mundo a la misa tridentina actualmente resucitada. En la Iglesia hay lugar no sólo para esas dos formas de vivir el rito romano, sino para otras muchas liturgias que han pervivido. Lo que no se puede permitir es enseñar el desprecio hacia una determinada liturgia aprobada por la Iglesia. Afirmar que el actual rito ordinario de la misa es menos espiritual, como una especie de misa de segundo orden, como si la buena fuera la otra, es no conocer la historia de la liturgia. Hay un modo integrista de vivir la fe que se corresponde con un modo integrista de vivir la liturgia. Sin duda los tradicionalistas se preguntan una y otra vez porque Nuestro Señor no hizo una Última Cena más tradicional.

Los enemigos de la liturgia

Hay fieles que, al explicarles tal o cual rúbrica, te contestan meneando la cabeza: *Todo esto son tonterías*. Y tienen razón: el amor está lleno de tonterías. Sólo hay que ver la de tonterías y detallitos que tienen entre sí los enamorados. Pues nosotros, enamorados de Dios, tenemos mil detalles para con nuestro Creador. Pero no detalles como los que tendríamos con un amor meramente humano, sino detalles que manifiestan que Él está por encima de todo lo humano. La suma de todos esos detalles es la liturgia, resultado del amor de toda una Iglesia durante siglos.

Estos iconoclastas se presentan a sí mismos como reformadores de los excesos de las ceremonias, pero en realidad son enemigos del mismo concepto de liturgia. Si fuera por ellos, las ceremonias serían frías, desnudas, desencarnadas. Las grandes liturgias bellas de la Iglesia gustan incluso a los no creyentes. Por el contrario, esas liturgias que ellos proponen, pobretonas y estéticamente feas, no gustan ni a los creyentes.

Ante esos fieles de mentalidad luterana y calvinista, los sacerdotes amantes de la liturgia deben actuar sin ningún complejo haciendo las cosas lo más bellas posibles sin preocuparse del qué dirán. Si Jesús está contento, todos contentos.

Conclusión

Unos poquísimos pensamientos generales para despedir esta obra, tampoco los más importantes. Los que me vienen ahora a la mente al escribir las últimas líneas de este libro. Qué grande es contemplar la liturgia contemplar como alimento para el alma, como luz. Ella ya es de por sí un motivo para creer.

La misa como un acto litúrgico grandioso, bellísimo, que traspasa sacralidad. A Dios no lo podemos ver, pero a la liturgia sí que la vemos. Y la celebración de la Iglesia nos habla de Dios, de ese Dios Trino y grandioso, invisible, pero presente. Esas misas en las que nos dejamos llevar por la ceremonia. Esas misas en las que estamos en continua presencia de Dios y que son ceremonias en las que nuestra alma se transforma. Cuando se logra uno sumergir en ese ambiente, el tiempo se detiene, uno entra en un tiempo ceremonial, uno se deja llevar por los ritos.

Entiendo a los monjes zen que se sumergen en sus meditaciones, dejando en blanco sus mentes. La liturgia católica implica, por el contrario, el uso de la mente. Pero se usa de la mente de un modo relajado, orante, tranquilo, como una especie de mezcla entre el diálogo comunitario con la Divinidad y la oración personal interior que ocurre en el corazón del creyente. Como si la liturgia fuera el diálogo de la Humanidad con Dios, pero como si al mismo tiempo uno hiciese su propia oración a través de gestos, respuestas y de la visión de lo que sucede.

Durante el tiempo de esa liturgia transformante, uno entra en otra dimensión. Ya no importan los defectos personales del celebrante principal, o la no siempre perfecta belleza del lugar. El Misterio Divino ante el que se oficia, hace que nos centremos

puramente en el Ser Infinito, Trino y perfecto. La liturgia bien vivida transforma.

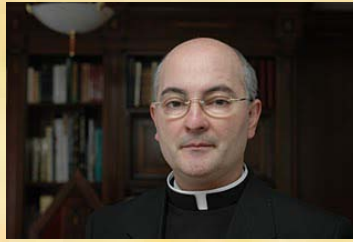
Eso sí, hay que tener cuidado y no bajar la guardia, para que el amante de la liturgia no se desvíe y acabe rindiendo culto al culto mismo. Existe un peligro real de que la liturgia se convierta en fin y no en medio de adoración. El amor a las vestiduras litúrgicas, a las rúbricas, a las ceremonias es correcto mientras es ordenado. En el momento en el que ellas ocupan nuestro corazón, se convierten en estorbo, en piedra de tropiezo, para aquél que ha caído en esa desviación.

Para el que ama a Dios con todo su corazón y crece en ese amor, llega un momento en el que toda liturgia se hace enteramente insuficiente. Es como si ninguna liturgia estuviera a la altura de Dios. Como si todo nuestro culto, por magnífico y grandioso que sea, fuera paja y vacío frente a la dignidad de Dios.

Acabo esta obra sobre la misa sabiendo que si una sola persona se aprovecha de esos pensamientos para amar más a Dios y darle más gloria, habrá valido la pena el esfuerzo de pasar a limpio y organizar mis apuntes personales. Cuanto más sagrado hagas este momento de la misa, más te santificará.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en seis lenguas y diez países.



www.fortea.ws